



**Publicado por:**

**Nova Casa Editorial**

[www.novacasaeditorial.com](http://www.novacasaeditorial.com)

[info@novacasaeditorial.com](mailto:info@novacasaeditorial.com)

© 2019, **Candela Muzzicato**

© 2019, de esta edición: **Nova Casa Editorial**

**Editor**

Joan Adell i Lavé

**Coordinación**

Abel Carretero Ernesto

**Portada**

Vasco Lopes

**Maquetación**

Natalia Sánchez Visosa

**Corrección**

Virna Köhle

**Impresión**

QP Print

Primera edición: Septiembre de 2019

ISBN: 978-84-17589-14-1

Depósito Legal: B 21728 - 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

CANDELA MUZZICATO

# COMPLETAMENTE MÍO

SEGUNDA PARTE DE *ÉL ES MI BOXEADOR*



**Nova Casa** Editorial



# ÍNDICE

<b>9</b>	<b>CAPÍTULO 1</b>	<b>203</b>	<b>CAPÍTULO 16</b>
<b>21</b>	<b>CAPÍTULO 2</b>	<b>215</b>	<b>CAPÍTULO 17</b>
<b>33</b>	<b>CAPÍTULO 3</b>	<b>227</b>	<b>CAPÍTULO 18</b>
<b>47</b>	<b>CAPÍTULO 4</b>	<b>239</b>	<b>CAPÍTULO 19</b>
<b>61</b>	<b>CAPÍTULO 5</b>	<b>247</b>	<b>CAPÍTULO 20</b>
<b>77</b>	<b>CAPÍTULO 6</b>	<b>257</b>	<b>CAPÍTULO 21</b>
<b>93</b>	<b>CAPÍTULO 7</b>	<b>269</b>	<b>CAPÍTULO 22</b>
<b>107</b>	<b>CAPÍTULO 8</b>	<b>281</b>	<b>CAPÍTULO 23</b>
<b>123</b>	<b>CAPÍTULO 9</b>	<b>293</b>	<b>CAPÍTULO 24</b>
<b>139</b>	<b>CAPÍTULO 10</b>	<b>305</b>	<b>CAPÍTULO 25</b>
<b>151</b>	<b>CAPÍTULO 11</b>	<b>317</b>	<b>CAPÍTULO 26</b>
<b>163</b>	<b>CAPÍTULO 12</b>	<b>321</b>	<b>EPÍLOGO</b>
<b>175</b>	<b>CAPÍTULO 13</b>	<b>325</b>	<b>AGRADECIMIENTOS</b>
<b>187</b>	<b>CAPÍTULO 14</b>	<b>327</b>	<b>DIBUJOS</b>
<b>195</b>	<b>CAPÍTULO 15</b>		



*A mi familia, por haber estado siempre ahí para mí,  
y a mis lectores, por el constante apoyo y amor a mis obras.*





## CAPÍTULO



Mi mente no quiere comprender lo que hace algunos minutos dijo el doctor Staller. Es imposible que esto sucediera. Estoy sorprendida, pero sobre todo preocupada. No es para nada lo que me esperaba.

Verlo frente a mí, inconsciente, tendido en la cama de hospital, mientras el doctor me dice lo que tiene, me deja en un estado de shock supremo. Pensé que no sería nada, que todos exageraban. Pero me equivoqué.

Mi cuerpo tiembla con preocupación. No sé qué hacer. No quiero pensar en nada. Pero es imposible no hacerlo cuando tengo al hombre que me salvó del orfanato en esta situación, el que fue un verdadero padre para mí por más que haya cambiado rotundamente desde que mi madre murió. Sigue siendo aún uno de mis héroes.

Con lentitud, estiro mi brazo derecho hacia un lado e intento tocar el respaldo de la silla más cercana para poder sentarme y así intentar captar la información adquirida. Siento cómo todo mi interior se desmorona y le da paso a un sollozo que sale de mí sin darme cuenta. Atónita, furiosa y sin palabras, me pregunto quién podría ser el hijo de puta o los hijos de putas que le hicieron esto a mi padre. Estoy confundida y es por eso que mi mente comienza a pensar en las razones del porqué lo atacaron con tanta brutalidad como para causarle esto.

Dejarlo en este estado.

Otro sollozo de mi parte se escucha en la habitación de hospital.

Mis hermanos, Tyler y Sam, hacen lo mismo que yo: intentan alejarse de la realidad para poder ensimismarse en la preocupación y en los pensamientos sobre esto. No quieren que alguien los sostenga y vea cuán débiles son. En mi caso, no finjo que no me preocupo, dejo ver a todos lo vulnerable y frágil que me encuentro al ver a mi padre en un estado de inconsciencia.

Mi padre tiene un traumatismo cerebral.

Se me para el corazón cuando escucho de forma interna la voz del doctor cuando nos dice aquello. Aquel recuerdo me atormenta. No puedo

comprenderlo, pero luego de varias veces de repetírmelo, logro conseguir información sobre el tema, a pesar de ser escasa.

Mi padre se encuentra sumido en un coma, algo que —al parecer y por lo que entendí de todo lo que dijo el doctor Staller— es parte del traumatismo cerebral.

Recordar las palabras que usó el doctor no hace nada para que mi mente se despegue de esas palabras: «Estado de coma».

En mí todo se rompe cuando me doy cuenta de lo que se trata e intento negarlo, pero sé que es verdad, que está pasando. Nunca pensé que le pasaría esto a mi padre. Por más que Staller me diga que el coma que William tiene es a corto plazo, no hace nada para mejorar mi estado cuando luego me explica que podría tener amnesia al despertar. No es duradera, pero la tendrá por unas semanas y se irá acordando de las cosas poco a poco. Dice que no lo tenemos que forzar a recordar, ya que eso no serviría y lo confundiría más.

Lloro mucho más por la angustia. El hombre que jugó conmigo en cada momento de mi vida, el que me besaba cada noche y me susurraba cosas divertidas al oído, está junto a mí, acostado en una puta camilla de hospital.

¿Cómo me hace sentir eso?

Como la mierda. Me destroza con fuerza y tremenda intensidad. Siento una parte de mí totalmente vacía. Bueno, mejor dicho, otra parte de mí. Ya tengo tres huecos que nadie puede llenar nunca a parte de ellos. La pérdida de mi madre, el alejamiento de Damon y mi padre.

Solo espero que Damon me perdone para que ese espacio se vuelva a llenar y que mi padre se recupere para que pase lo mismo con el hueco que él abarca en mi pecho. Rezo porque eso pase.

Para ningún hijo es fácil recibir esta noticia, mucho menos para mí, una niña adoptada. No sé lo que le pasó a mis familiares biológicos y no quiero saberlo, pero pensar que los perdí y ahora podría perder a un miembro más de la que siempre consideré mi verdadera familia es duro. Solo me quedarían mis hermanos. Son las únicas personas en las que podré confiar si la suerte no está del lado de mi padre.

Les dejo ver a todos que necesito a alguien que pueda abrazarme durante el tiempo que necesite, que intente calmarme y me diga que todo va a estar bien, que no me preocupe, porque mi padre va a despertar.

Necesito a Damon. Sus brazos tranquilizadores y su cuerpo protector para que me sostenga cuando yo caiga en los repentinos ataques de llanto. Pero sé que tendré que aguantarme. No puede estar aquí conmigo y tengo que lidiar con ello a pesar de que me cueste.

Antes de poder seguir pensando en él, Tyler se levanta con lentitud y se encamina hacia mí. Sus ánimos se encuentran por el suelo. Tiene ojeras debajo de sus ojos y su postura es de evidente derrota. Se ve demacrado. Ya son como las dos o tres de la mañana y ninguno quiere irse a casa. Ninguno quiere dejar a papá. Prefiero dormir aquí, en el hospital, que hacerlo en mi casa. Es mucho mejor estar con mi padre cerca, a unos centímetros de mi silla. Su cuerpo está tendido inerte en la camilla, con máquinas y tubos a su alrededor, mientras una sábana blanca cubre la mitad de su cuerpo. Se encuentra pálido, algo que es un poco extraño, porque siempre tuvo la piel bronceada. Muy pocas veces se puso de este color blanquecino, una de esas fue cuando estuvo resfriado.

—Iré a comprarnos algo para comer, Nat —dice mi hermano parándose junto a mí. Estoy encorvada hacia la cama de mi padre, los brazos apoyados a uno de sus costados, mientras mi cabeza está levantada para ver todas las facciones de su cara.

—No tengo hambre —respondo con voz ronca y desanimada para darle a saber, por mi estado de ánimo, que no estoy para comida ahora.

—Te traeré algo; tienes que comer. Desde que vinimos no comiste nada y tienes que hacerlo. —Una vez dicho eso, sale de la habitación.

Durante las largas horas que nos encerramos en la habitación de mi padre, ninguno se movió de su lugar. Sam se la pasó viendo la pared frente a su asiento y Ty movía su pierna de arriba abajo hasta que se levantó y decidió ir a comprar algo para comer. No creo poder ingerir algo ahora. No tengo ánimos ni ganas de hacerlo. Mi estómago no pide nada, pero si alimentarme hace feliz a mi hermano —por más pequeña que sea la porción— comeré. No quiero que se preocupe por mí cuando ya tiene mucho con papá.

Decido probar un pedazo del sándwich de pollo que me trae. Pareciese que no tuviese paladar, porque no puedo sentir nada del gusto del pan ni del pollo. A la vista se ve delicioso, pero no siento nada cuando doy pequeños mordiscos. Mis hermanos lo engullen como si la vida se les fuera en ello; en cambio, yo hago de todo por no vomitarlo. Nada entra en mi estómago, da la sensación de que está más que lleno, por lo que dejo casi más de la mitad de mi comida en la pequeña bandeja y se la regalo a Sam para que la termine.

Las lágrimas ya cesaron, pero mi cuerpo se siente cansado y sin vida. Tantas emociones en un mismo día no me hacen bien. Las preocupaciones dobles —por mi padre y por Damon— hacen que mis ánimos se vayan por el drenaje. Deseo por unas horas no pensar en nada, estar con la mente en blanco, pero no puedo, ni siquiera algo parecido.

Las horas pasan, como si fueran segundos, porque con todos los recuerdos y pensamientos que llenan mi mente, no me doy cuenta de lo que pasa en mi entorno.

Estoy harta de pensar, en hacerme preguntas sobre lo que le pasó a mi padre. Quiero apagar mi cabeza y así no preocuparme por nada.

La mañana en Wesley Chapel aparece a las pocas horas. No logro pegar un ojo en toda la noche. Mi sistema se encuentra en un estado apagado, mientras que mi mente funciona a toda hora como un rayo. La luz anaranjada del amanecer se cuela por las finas cortinas e iluminan la habitación que antes estaba sumida en una penumbra. Pestaño varias veces para acostumbrarme al brillo de la luz y veo a mi alrededor mientras estiro mi cuerpo entumecido, el cual se mantuvo en la misma posición toda la noche.

Veo a mis hermanos con mucha envidia. Ellos sí lograron dormir y ahora se encuentran recostados incómodamente en las sillas, mientras sus cabezas están apoyadas la una contra la otra. Sus pequeños ronquidos y suspiros son los únicos sonidos que se escuchan en la habitación. Los pasos de los doctores y de las personas comienzan a escucharse fuera en el pasillo luego de unas horas después de mi «despertar», si así se le puede decir a no dormir en toda la noche.

Me encuentro sumida en mis pensamientos cuando el doctor Staller entra en la habitación, con su perfumada y bien planchada bata. Es un hombre petizo, de unos 30 años más o menos, con unos pocos músculos en los brazos y unos lentes finos, que hacen que sus ojos negros parezcan aún más grandes. Sus sonrisas siempre aparecen cuando entra en la habitación, mucho más cuando ve que dirijo con rapidez mi vista hacia él. No sé por qué sonrío de esa manera cuando su paciente está en un estado de coma. Pero se lo agradezco. Es el único que tiene ánimos aquí.

—Hola, Natalie. ¿Cómo dormiste? —pregunta, aproximándose a la camilla de mi padre y comienza a hacer una revisión, del modo que dijo ayer que haría. Hago una mueca.

—No dormí —contesto desanimada. No sé de forma exacta cómo me veo, pero tengo alguna clara idea.

—Oh, qué mal. —Se mueve de un lado a otro, toca las máquinas y ajusta algunas cosas, mientras sigue sonriendo. Este hombre nunca saca su sonrisa, a excepción de cuando mis hermanos hablan o hacen acto de presencia. No entiendo por qué—. De igual manera tienes que descansar un poco. Tu padre se pondrá bien. Recuerda que no es un coma a largo plazo. Creo que en pocas semanas se recuperará, y podrás hablarle y reírte con él.

—Eso espero. —Suspiro.

—¿Por qué no vas a comprarte algo para desayunar a la cafetería, mientras reviso si todo está bien? Creo que necesitas una buena taza de café y una buena porción de torta de chocolate.

Me quedo pensando; la duda me llena por completo. Mi estómago no pide comida y la idea de salir de esta habitación no se me hace para nada buena. Siento que tengo que estar aquí. Niego con la cabeza y él rueda los ojos.

—No es que no fuese a estar cuando vuelvas, Natalie. —Bromea—. Ve a la cafetería que hay a media cuadra y diles que vas por mí. Pide lo que quieras y lo cargarán a mi cuenta. Es un regalo. —Me guiña un ojo, mientras sonrío ampliamente—. Te aseguro que no querrás probar la comida de la cafetería que tenemos aquí. —Sonrío con agradecimiento.

—Gracias, pero no creo que...

—Por favor. —Me corta—. Ve, toma aire fresco y pide tu desayuno. —Ahora es más una súplica que una sugerencia. Tomar aire me haría bien. Puede que me ayude a despejar mi mente de todo, mientras pienso qué pedir—. Está bien. Gracias.

Asiente sin dejar de hacer su trabajo, pero cuando me alejo y abro la puerta, puedo sentir su penetrante mirada en mi espalda. Sus miraditas me incomodan, siempre que está en la habitación se dirige mucho más a mí que a mis hermanos. Es bueno, pero no es nada discreto. Me mira siempre fijo cuando habla, y no tiene inconveniente en decir las cosas tal y como son.

El aire fresco choca con mi rostro, mientras me cubro más con la chaqueta. Hago todo lo posible por no pensar en nada y doy varias respiraciones para centrar la mente en algo que no sean problemas. Pienso en lo lindo que está el día de hoy. No hay rastros de nubes grisáceas en el cielo, por lo que no lloverá, aunque eso no evita que el frío gobierne en este lugar.

Las hojas de los árboles cercanos se mueven con cada soplido del viento. A esta hora de la mañana casi no hay nadie en la calle, solo aquellas personas que se levantan para abrir sus negocios. Mis pasos son lentos, las suelas de mis zapatillas resuenan en el pavimento cuando piso una que otra hoja que está tirada por cualquier lugar. Veo cómo el sol resplandece en el cielo. Es hermoso, mucho más aquí que en Filadelfia. Allí el sol no puede apreciarse de la misma manera; un pequeño pueblo donde predominan las casas, el césped y los árboles.

La cafetería que el doctor Staller mencionó se encuentra en una esquina frente al comienzo de un parque. Es pequeña, mucho más de lo que me imaginaba, pero las cosas que se exponen en la vitrina se ven completamente deliciosas y elaboradas. Cuando entro, veo de qué manera perfecta están las paredes pintadas. Son de un color azul oscuro, hay estantes plateados, los

muebles y las mesas son de madera y quedan bien con toda la decoración. La iluminación es fuerte, mucho más de lo que el lugar necesita, pero me gusta.

Me encamino al recibidor y una chica castaña con los ojos color chocolate me sonríe con sus labios gruesos, mientras coloca unos grandes *muffins* decorados en un plato, justo para tentar a los clientes a comprarlos. Estoy más que segura de que ya caigo en la tentación.

—Buenos días —saluda ella, terminando de ordenar los dulces en el plato. Los ordena con lentitud, se fija si están bien puestos y si no se arruinaron por alguna razón. Uno de esos *muffins* tiene una pequeña estrellita caída y ella, con detenimiento y delicadeza, la acomoda en el lugar correcto. Parece ser muy detallista en todo lo que hace, ya que al ver todo el lugar, se nota su forma de perfeccionar las cosas y dejarlas de la mejor manera posible para estar presentables.

—Hola —le devuelvo el saludo y me quedo viendo los sabores que hay de malteadas y bebidas. No sé si necesito más un café para mi estado de ánimo, pero tengo tantas ganas de probar alguna de las malteadas que hay en imágenes pegadas en las paredes que dejo de lado la necesidad del café al instante.

—¿Qué le gustaría ordenar? —Con una pequeña servilleta de papel, comienza a limpiar el mostrador con movimientos circulares. Su voz es suave, pero a la vez insegura. Parece ser de esas chicas tímidas que, cuando agarran confianza, son totalmente diferentes. Al igual que Emma.

—Creo que una malteada de chocolate le sentaría bien a mi estado de ánimo —respondo intentando mostrarle una pequeña, muy pequeña sonrisa.

—Buena elección. El chocolate hace maravillas —concuerta guiñándome un ojo con diversión y se vuelve de espaldas para preparar mi pedido. Me quedo viendo el menú de los pasteles de chocolate que hay y hago todo el esfuerzo posible por no mirar los precios. Me deprimiría aún más si pienso en lo que haré gastar al doctor Staller en este desayuno que «me subirá el estado de ánimo que llevo». Espero que sirva.

—Y... no quiero ser entrometida, pero ¿por qué estás así de mal para comer tanto chocolate? —pregunta mientras va de un lado a otro buscando cosas. Se debe haber dado cuenta de cuánto miro las gigantescas porciones de los distintos pasteles de chocolate. Me encojo de hombros.

—Mí padre, al parecer, está en un estado de coma y mi novio se enojó conmigo porque le prohibí acompañarme —respondo como si esto no me afectara casi en nada, algo que es muy patético, ya que hace un segundo admití que estoy de un pésimo humor.

—Oh, lo siento. Pero... ¿Por qué no dejaste a tu novio acompañarte cuando algo familiar es muy importante para ti? Me imagino que quieres estar con la compañía de tu novio en este momento. —Si pretendía olvidarme de todo, parece que no funcionó. Pero creo que si hablo de esto con otra persona, podré desquitarme o sacar algo de preocupación de mi cuerpo.

—Es luchador y tiene una gran pelea en camino. Tiene que entrenar y cuidar a sus hermanas a la vez. No puedo ser una egoísta y decirle que venga conmigo cuando tiene que hacer otras cosas.

—¿Un luchador? —Hace esa pregunta en voz alta, pero sé que se la hace más para sí misma que para mí. Asiente al estar de acuerdo conmigo—. Hiciste lo correcto. Pensaste en él y no en ti. La verdad es que, si estuviese en tu lugar, le hubiese rogado que me acompañara, porque no soy tan fuerte cuando se trata de algo muy importante como un familiar, pero al parecer tú sí eres fuerte y logras pensar, aunque sea un poco en los demás. —Me sonrío con calidez y termina de hacer mi pedido. Me lo entrega, dejándolo en la mesada con una muy buena decoración antes de seguir hablando—. Dime... ¿Ese novio tuyo es lindo? Por lo que me dicen, todos los luchadores están para darles contra el muro... —Esta vez sí suelto una pequeña risa. Esta chica no tiene filtro con las palabras. Eso me gusta. Es la primera que logra hacerme reír con todo lo que está pasando.

—Pues... sí, es lindo. Muy lindo para decir la verdad. —Me ruborizo.

—¡Qué suerte tienes!

—Lo sé.

—¿Quieres algo más con tu malteada? —Apunta hacia el menú que yo repasaba. Asiento y le muestro cuál quiero.

—Es exquisito. Muy buena elección otra vez. Parece que tienes un muy buen paladar.

—Todos dicen eso, porque me gusta comer y es cierto —conuerdo—. Oh, cárgalo todo a la cuenta del doctor Staller —termino agregando. Asiente, mientras entra por una puerta y unos minutos después aparece con mi porción de pastel.

—¿Cómo es que conseguiste que el doctor Staller te pagara un desayuno completo? —pregunta divertida cuando me siento en el taburete frente a la mesada para seguir hablando con ella. Me encojo de hombros.

—No lo sé. Me dijo que viniera a desayunar aquí y que cargara todo a su cuenta.

—Me sorprende. Cuando se trata de dinero, no gasta en nadie que no sea él. ¿Qué le hiciste?

—¿Yo? Nada que no sea mirarlo sin emoción alguna o darle respuestas cortantes para que no busque algún tipo de conversación conmigo. —Se ríe.

—Entonces tienes suerte.

—Si tú lo dices...—Ruedo mis ojos con diversión. Hablar de esto con ella me hace acordar de Emma. Hace mucho que no hablamos de chica a chica. Conversaciones normales y despreocupantes. Me da pena admitir que en todo este tiempo no pudimos vernos tanto, porque ambas estuvimos ensimismadas en la relación con nuestros novios, incluso llegamos al punto donde no conseguimos tiempo para la otra, aunque fueran unos minutos para preguntar qué tal nos iba. Eso me avergüenza.

—Por cierto, me llamo Yissell. Si quieres hablar de algo o descargarte con alguna sustancia cargada de chocolate, ven a verme cuando quieras. Te recordaré como la chica suertuda con un novio *buenorro*. —Sonríe y asiento agradecida.

—Soy Natalie Lawler. Mucho gusto.

—Igualmente. —Luego de eso, se aleja moviendo su cuerpo bien definido y comienza a atender a algunas personas que entran a la cafetería. Admito que el doctor Staller tenía razón. Los desayunos aquí son los mejores. Hacen que en parte me olvide de todo, pero el pensamiento de ser una mala amiga por no pasar tiempo ni hablar por teléfono con Emma sigue en mi mente.

Tomo el teléfono luego de tomar otro sorbo de la deliciosa malteada de chocolate y, cuando pretendo marcar el número de Emma, por alguna razón marco el de Damon. Quiero contarle todo lo que le pasa a mi padre, mantenerlo al tanto de lo que sucede aquí. Una gran parte de mí sabe que lo llamo más que nada para saber que todavía quiere hablarme, que me contesta el teléfono si lo llamo, que no querrá que nos distancemos ni nos dejemos de hablar durante el tiempo que estoy aquí por mi padre.

Pero luego de unos segundos de escuchar una y otra vez el maldito contestador, decido dejar de insistir. Puede ser que esté entrenando, pero sé que no es así. A esta hora de la mañana no entrena. Ignoro la punzada de dolor que se instala en mi pecho cuando pienso en que no me quiere contestar el teléfono y me decido por fin a llamar a Emma.

Ella no tarda tanto en contestar como su hermano. Su voz medio adormilada me da los buenos días.

—Hola, Emma —contesto medio divertida.

—Hey, Nat. ¿Qué pasó? ¿Estás bien? —Su voz, por más adormilada que esté, se nota preocupada y rasposa.

—Sí, tranquila. Estoy desayunando, mientras intento asimilar todo.



—Lo sé, me lo dijo Sam ayer. Debes estar muy cansada. Lo siento mucho; pasaste por muchas cosas en estos meses. No te mereces esto. —Sé que me lo dice con toda la sinceridad del mundo. Es así de sincera. No creo que haya persona más franca que Emma. Me gusta que sea así, ya que siempre estuve rodeada de personas que mienten u ocultan las cosas. En mi antiguo instituto estaba rodeada de personas falsas y mentirosas. Las odiaba a todas.

—Lo sé, estoy harta de que todo me pase a mí. Pareciese que nunca pudiese dar un respiro antes de que algo malo se abalance sobre mí y comience a desmoronar mi mundo.

—Te entiendo. ¿Cómo anda tu padre? Sam me contó muy poco ayer cuando hablamos.

—No sé qué decirte. Para los doctores esto no es nada del otro mundo y me dicen que se pondrá bien, que no me preocupe. Pero enterarme de que mi padre está en un coma, por más que sea de corto plazo, es como si me apuñalasen millones de veces con trescientos cuchillos a la vez. —Por primera vez me sincero con ella sobre todo lo que siento. Ninguna está apurada por dejar a la otra, por lo que me encuentro bien al confesarle esto. Antes, cuando hablábamos, siempre tenía que ser rápido, porque alguna de las dos tenía que irse con su novio o porque tenía planes. Ahora no. Me siento mal por haberla despertado, pero creo que es la única de las pocas oportunidades en las que puedo hablar con ella.

—Bueno, cree en que se va a poner bien tal y como dicen los doctores. Si te dicen eso, tienes que creerles.

—Eso espero. —Suspiro—. Y... ¿cómo está Damon? —Es la primera pregunta que quería hacerle ni bien me atendió, pero preferí ser una buena amiga y hablar sobre otra cosa que no fueran novios. Suelta una leve risa.

—Sabía que querías preguntarme eso. —Hace una pausa y sé que intenta contener un poco más las carcajadas. Me conoce bastante bien. Su voz cuando vuelve a hablar es más seria que hace unos segundos y lo dice tan convencida que no puedo dudar de nada—. Está enojado... mucho, Natalie. Ayer Rick me llamó para pedirme que saque a Damon del gimnasio, porque iba a destruirlo más de lo que ya lo hizo. Se volvió loco y ni bien llegamos a casa, se encerró en su cuarto. No quiso comer en todo el día. Ignora mis llamados a la puerta y no me habla. Está triste y furioso.

—Me lo imaginaba, pero entiende que no podía dejarlo venir. —Puedo decir que soy fuerte y que no me pondré a llorar, pero dentro de mí ya estoy llorando a moco tendido, porque mi novio no me atiende el teléfono.

—Lo sé, despreocúpate. Lo convenceré y lo haré recapacitar. Te quiere, mucho más de lo que yo esperaba en un principio. Mi hermano no es tan

estúpido como para dejarte. Sabe tan bien como yo que eres buena para él y que eres la única.

—Gracias.

—También intentaré que te atienda el teléfono. Desde mi habitación se escucharon sonar los pitidos de su celular hace un rato.

—Está bien, muchas gracias.

Hablamos durante unos minutos más. Mi estado de ánimo mejora levemente cuando por fin logramos emprender una conversación sobre cosas sin sentido, como los recuerdos de las cosas que hacíamos en clase algunas veces cuando no prestábamos atención. Por un momento disfruto de no preocuparme de nada, pero luego la imagen de Damon invade mi cabeza de repente y todo en mí cae de nuevo. Se instala en mi mente y no sale cuando termino la llamada con mi amiga. Llena mi cabeza y me destruye. Pero sé que no podré sacarlo de mi sistema y olvidarme durante mucho más; me rehúso a que todo mi ser quiere ignorarlo y me permito comenzar a pensar en él.

Lo único que se me ocurre ahora para mantenerlo presente es pensar en todo lo vivido. Solo me quedaré tranquila cuando reciba su respuesta, si es que se decide a dármela. Insistiré hasta que —si se harta de mí— me lo diga, sea por un mensaje, una llamada o una mísera carta. Pero no dejaré de intentar seguir con él. Lo amo mucho como para dejar que lo nuestro se eche a perder como si nuestra relación no significase nada. Pasamos demasiado durante todo este tiempo, pero siempre seguimos juntos a pesar de todo. Quiero que siga así. Si nos peleamos, nos reconciamos a las pocas horas. Una y otra vez. Es obvio que preferiría no pelear, pero a veces las peleas sirven para reforzar la confianza y así superar las diferencias que serían un obstáculo.

Pienso en todo lo que pasamos. Las risas, los abrazos, los besos, las caricias, las sonrisas...

Recuerdo su tacto delicado, pero a la vez posesivo, al igual que sus besos, que pasaban de tiernos a feroces de un segundo al otro. En verdad, me sentía en el cielo cuando estaba cerca y me tocaba. Me deleito ante las imágenes que llenan mi mente de recuerdos maravillosos. Las fotos que me tomó, las noches en las que dormimos juntos, los juegos de seducción que le hacíamos al otro —por ejemplo, el día en el que decidí comer de manera sensual las fresas con chocolate—, pero lo mejor de todo fue nuestra primera vez. Por dios, no puedo creer que después de eso me sintiera adicta al sexo con él. Sigo preguntándome cómo es que pudo contenerse cuando yo era virgen. No puedo imaginarme lo que sentía en esos momentos. Pero por suerte, cedí ante él. Fue... ¿cómo decirlo...? Inesperado, pero perfecto. En un minuto

me contaba su pasado y en el otro, ya estaba dentro de mí, empujándome a la liberación que tanto ansiaba.

Me sorprendo al recordar que no tuve miedo a que me viera o me tocara, a que observara mi verdadero yo, plagado de imperfecciones. No tuve recuerdos ni pesadillas cuando comenzó a sacarme la ropa. No pensaba en nada más que no fueran sus caricias. Mi pasado se mantuvo alejado de mí, como si nunca hubiera existido. Agradezco que haya podido no apurarme a hacerlo con él, ya que hace tiempo, comenzó a tocarme y el horror me invadió por completo. Esa vez, en la que me puse a llorar a causa de los recuerdos, y aquella otra vez que me tocó y me puso su remera para dormir.

Cada vez que me tocaba, el miedo disminuía. Ahora me doy cuenta de ello. Él hace que todo se esfume.

Pero ahora no está y lo único que puedo hacer es recordar.



## CAPÍTULO



Termino mi desayuno con tranquilidad, viendo a Yissell ir y venir con los pedidos, mientras los lleva a las mesas de los que ordenaron.

La cafetería se llenó mucho más de lo que me imaginaba en pocos minutos luego de que terminara la llamada con Emma. Sigo deprimida por todo lo que me dijo. Sé que Damon no me responde, porque no quiere hacerlo; sigue enojado conmigo. Reconozco que no debería desear que me perdonara luego de un día de haber peleado, pero no puedo evitarlo.

No sé cuánto tardará en recibir la carta. Tengo entendido que no se mandan en el momento, sino que tardan varios días en ser enviadas. Eso es lo que más me enoja. Tener que aguantar días y noches con la duda de si la recibió o no, si la leyó o no. Maldita sea. ¿Qué voy a hacer sin él? Es probable que piense una y otra vez en todo.

Eso es lo que menos quiero en realidad.

Es algo que un mensaje en su celular no arreglaría; Damon me importa demasiado para mandarle un simple texto. Escribirle una carta, a puño y letra, tal vez lo haga ver mis sinceras palabras. Damon vale la pena, siempre lo valdrá. Alguien tan especial no puede ser simplemente ignorado, así como algo especial no puede solo ser desechado.

Le dejo un poco de propina a Yissell antes de saludarla con la mano e irme por donde vine. Sin darme cuenta, terminé el desayuno mientras me quedé pensando en Damon. Estuvo muy rico, pero al final, los últimos bocados no los saboreé, porque no me di cuenta de que seguía comiendo. Me alegro de haber salido de ese hospital para haber venido aquí. Si no lo hubiese hecho, ¿cómo estaría ahora? De seguro acurrucada en la silla, con las rodillas contra mi pecho y las lágrimas que se derramarían a cascadas por mis mejillas sonrojadas. Mis hermanos estarían allí sin hacer nada más que guardarse las emociones.

Durante unos momentos, mientras hablaba con la simpática dependiente de ese pequeño local, los problemas se me fueron de la mente, pero solo durante unos pequeños y diminutos instantes. Yissell había sido amable,

buena, comprensiva, de esas personas que saben escuchar a otras sin problema. Agradezco haber podido hablar con alguien que no estuviese metido en todo el caos que conlleva mi vida, una persona desconocida, pero que se ve confiable a la vez. Sacar una parte de mis preocupaciones o siquiera algo que llevo dentro me hizo sentir mucho mejor de lo que estaba, por más que no lo haya querido admitir en ese momento, mucho más al saber que probablemente no la vaya a ver nunca más en mi vida.

Camino con la misma calma con la que caminé a la pequeña cafetería, pero esta vez voy hacia el hospital. Me tomo unos minutos para mí misma, para calmarme y tomar todo el aire fresco que pueda, porque sé que dentro de aquel cuarto volveré a derramar llanto. Es más, creo que allí dentro me faltará el aire, como sucedió siempre desde que estoy ahí.

Desviándome de mi rumbo fijo, me dirijo hacia el gran parque que hay a unos metros de la acera por la que camino hacia el hospital. Ya pasó un día desde que estoy aquí, un día y unas pocas horas, y ya extraño el frío aire congelado de Filadelfia. La nieve en el invierno es lo que más me gusta de allí. Siempre estuve rodeada de esto, pasto, días cálidos en su mayoría y un aire que no llega a satisfacer tu necesidad de algo frío, por lo que ir a Filadelfia con mis hermanos fue un cambio que me favoreció mucho. Ver que dentro de pocos meses la nieve comenzaba a caer y estar allí para apreciarlo y sentirlo, hace que no me quiera ir de ese lugar. Pero bueno, estoy aquí por mi padre.

Mientras me siento en el pasto verdoso del parque, me limito a no pensar en los problemas sentimentales y a concentrarme en todo lo que tengo que hacer cuando vuelva a la ciudad.

Tendré que hacer más tareas, ya que faltan pocas semanas para que la Navidad llegue y, junto con ella, las pequeñas vacaciones de unos días. Cuando vuelva al instituto, tendré que esforzarme bastante para no repetir el curso. Con todo lo que me pasó durante estos meses que estuve en Filadelfia, apenas pude «disfrutar» del estudio. Bien, lo odiaba hasta morir, pero preferiría mil veces tener que ir a clases en vez de ser secuestrada por Matt.

Las tareas que tendré que hacer para aprobar las materias serán puro sufrimiento.

Otra cosa que tengo que hacer sí o sí es volver a mi trabajo en el gimnasio. No puedo creer que apenas trabajé unos cuantos días allí antes de que Matt me atropellara. Me doy pena, pero agradezco que Rick todavía me deje trabajar allí, aunque tampoco es que tenga la culpa de estar metida siempre en los locos planes de Matt. Si fuera por mí, todavía trabajaría, pero el destino y Matt no tuvieron ese plan para mí y decidieron darle un vuelco

a mi existencia, como si todo lo que pasé en mi vida antes de todo eso no fuese suficiente sufrimiento.

Me quedo en la plaza un buen rato, que se pasa volando mientras mi mente se limita solo a torturarme, recordándome todas las cosas que tengo que hacer a la vuelta a casa, ya que sinceramente considero más un hogar nuestro departamento en Filadelfia que nuestra casa aquí, y retomo mi camino de vuelta al hospital, donde de seguro comenzaré con mi etapa depresiva.

Me da pena ver de nuevo a mi padre y reconocer que no cambió en estos largos momentos que estuve fuera. La esperanza de que se haya recuperado en este poco y corto tiempo que no estuve en la habitación con él sigue en mi pecho. Pero lo ignoro, es obvio que no se despertará ahora, pero tal vez podría hacerlo en unas cuantas semanas.

Creo que debo abstenerme a tener el único pensamiento bueno de todo esto: él despertará algún día. No morirá, no le pasará nada *ultramegamálo*. Espero que los doctores estén en lo correcto y que, si tiene amnesia, no dure para siempre y logre recordar poco a poco. Eso me basta con tal de que mi padre recuerde en algún momento.

Tengo que saber todo lo que le pasó para llegar a este estado. No me habría extrañado tanto si le hubiese pasado en el país en el que estaba, como a mí me dijo que iría por trabajo. Pero es incomprensible el hecho de que estuviese de nuevo aquí cuando apenas pasó medio año desde que se fue. Se suponía que volvería dentro de un año, pero solo pasaron unos cuantos meses desde que se largó. Es ilógico, algo que todavía no logro comprender y que algún día sabré si llega a recuperarse. Cuanto antes, sería mucho mejor.

A unos cuantos metros de llegar, suena el celular con aquella música que me gusta y que decidí ponerle al contacto de Emma. No sé por qué me llama cuando apenas hace unos minutos hablamos, pero aun así decido contestar, con la esperanza de que me diga algo bueno sobre Damon.

—Hola, Em —saludo, mientras escucho su respiración agitada.

—Hola, Na... ¡Hey, idiota, casi me atropellas! —La escucho maldecir entre dientes y me río ante su acto. Muy pocas veces Emma maldice a otras personas, o al menos las que yo logro escuchar. Es sorprendente cuánto cambió desde que la conozco. Al parecer las bocotas sucias de mis hermanos, Damon y yo, hicimos que la pobre de Emma llegue a maldecir.

Carraspea a la vez que intenta tomar un poco más de aire y espero a que comience a hablar.

—Bien, siento eso de recién. Prácticamente corro para no llegar tarde al instituto y un idiota en moto casi me lleva por delante, ¿lo puedes creer?

—Está bien, Emma, no hay problema.

—Sé que hablamos hace poco, pero te quería decir que intenté hablar con mi hermano, pero me ignoró por completo y se fue a dejar a Elle al jardín. Me costará horrores hacer que Damon entre en razón y te perdone, Nat — se queja, como si odiara lidiar con su gruñón hermano.

—No te obligaré a perseguirlo por todos lados para convencerlo de que entienda mi situación, Emma. Pero haz el intento de hablar con él cuando puedas. Tómallo como uno de los favores que me debías.

—¿Cuáles favores, Natalie? —Su voz, un poco menos agitada, pregunta con cautela y confusión. Es divertido que no se acuerde de esa noche, ya que fue un momento... «memorable» en el mal sentido de la palabra.

—El día que me rogaste que te acompañara a la fiesta de Jazmín y donde casi termino violada, Emma. Acepté ir si me hacías algunos favores; en ese momento no tenía idea de lo que iría a pedir. Por ahora lo único que te pido es hablar con él. No te pido que me hagas las tareas ni que laves mi ropa durante meses. Es simple; consigue algún tiempo con tu hermano e intenta convencerlo. Es muy importante para mí.

—Oh... ya me acuerdo de ese día...—murmura más para sí misma—. Seguiré intentando y te mantendré al tanto. Tengo que entrar a clases, Nat. Nos hablamos luego.

Por último y antes de colgar, hace un pequeño sonido de un beso de despedida. Me río ante lo infantil que suena eso y guardo el celular de nuevo en mis pantalones.

Retomo mi camino hacia el hospital y me muerdo el labio inferior por distracción.

No le recordé a Emma lo de la fiesta por ser mala amiga y así obligarla a hacer lo que le digo, pero se nota que no le gusta entrar en un terreno importante con su hermano cuando este puede enojarse de forma rápida. Me da lástima pedirle esto, pero no tengo otra opción o esperar a que le llegue la carta que le mandé. Sé que esta esquela no le llegará hoy, ni mañana ni pasado, pero tengo la ilusión de que sea pronto.

Mis pensamientos dan un giro inesperado hasta el punto de comenzar a pensar en mi padre, desterrando a Damon de mi mente: la imagen de mi padre en su camilla de hospital. No quiero entrar a esa habitación, pero tengo que hacerlo. Tengo que estar allí para él.

Mis hermanos se voltean en mi dirección en cuanto entro por la puerta, y la cierro con lentitud y pocos ánimos. La sonrisa, que Emma llegó a pegar en mis labios hace unos minutos, se borra al instante al ver la imagen frente a mí. Todo está igual. Mis hermanos, en sus respectivas sillas, solo que ahora



están despiertos por completo y mi padre, en su visiblemente incómoda cama.

A paso lento, vuelvo a mi respectivo asiento junto a la camilla. Las lágrimas comienzan a salir de manera lenta y silenciosa con cada segundo que pasa. Se ve frágil; nunca me imaginé verlo tan mal desde la muerte de mamá. Él sí que estaba destrozado cuando eso ocurrió. En ningún momento se nos acercó para consolarnos luego del entierro. Tan solo se ensimismó en los recuerdos y comenzó a torturarse con ellos. Se veía vacío y sin la otra mitad que lo complementaba. Es por eso por lo que decidió trabajar mucho más. El hecho de vernos a nosotros le recordaba todo lo que había vivido y tenido con la mujer que amó y sigue amando. No digo que no nos haya prestado atención, pero la mayoría de las veces que queríamos estar con él, su trabajo nos lo impedía. Así es como llegó a ser un espectacular y reconocido empresario.

Yo era lo único que mis hermanos tenían y viceversa, hasta que decidieron independizarse en parte al irse a vivir con la tía. Mi padre con el tiempo se puso insoportable; nos retaba y nos mandaba a hacer cosas que ya estaban resueltas. Mis hermanos se hartaron de eso y tomaron la decisión de dejarme sola, porque no lo aguantaban. No entiendo por qué no me llevaron con ellos. Desde su ida, todo para mí empeoró. Tuve un novio, si eso se le puede decir al chico que solo me usó y me quería para otras cosas. Y desde allí todo se fue por el drenaje.

Escucho unos pequeños ruidos de unas sillas que son arrastradas y luego las voces de mis hermanos, quienes me hablan de muy cerca.

—Natalie, iremos a desayunar. ¿Quieres que te traigamos algo? —pregunta Tyler con la voz cansada. Niego con la cabeza.

—Ya desayuné, gracias.

—Está bien, pero... ¿adónde te fuiste? Estuviste un largo tiempo fuera.

—El doctor Staller me dijo que fuera a aquí a la esquina donde hay un pequeño local de *muffins* y cosas deliciosas; él invitó mi desayuno. —Me encojo, restándole importancia, porque sinceramente no es nada del otro mundo. El hombre solo me pagó un desayuno ¿y qué? No es que haya hecho algo indebido con él.

—¿El doctor Staller? Ese hombre quiere algo contigo, Nat. Vemos la forma en la que te mira el culo cuando tiene la oportunidad de hacerlo —responde esta vez Sam, quien está parado junto a Ty.

—¿Qué quieren que haga? No hago nada para que se comporte de la manera que ustedes dicen, aunque creo que exageran. Por Dios, apenas

llevamos aquí un día y ya dicen que el doctor está coladito por mí. Eso es absurdo, chicos.

—Bien, luego no nos digas que no te lo advertimos. Quiere algo contigo.

—Yo no quiero nada con él; tengo a Damon. El doctor no me importa. No se preocupen.

Asienten sin estar del todo convencidos. Mis hermanos no desconfían de mí, recelan del estúpido doctor que ahora al parecer le gusta ver mi trasero cuando puede. Aquello me molesta, ya que el único que quiero que vea mi trasero es a Damon y no a un hombre que está a cargo de mi padre.

Por Dios, nunca dejaría a Damon, al hombre que amo, por un doctor descarado.

Cuando el sonido de la puerta al cerrarse me avisa que mis hermanos ya se fueron, me armo de valor y me subo a la camilla de mi padre, intentando no moverlo mucho ni tampoco tocar algo que no tendría que tocar. Me acuesto de lado, para poder verlo por completo y agarro su mano. Está fría, demasiado para mi gusto.

Susurro todo lo que llevo guardado dentro, desde rencor hasta miedos y desilusiones que la vida me dio. Creo que es lo mejor que puedo hacer. Con cada verdad que sale de mi boca, las lágrimas fluyen con facilidad de mis ojos. Necesito descargar y me da pena pensar esto de mi padre, pero qué mejor que desahogarme con un ser humano que no puede escucharte. Creo que le cuento mucho más de lo que les confesaría a otras personas. Le digo todo, completamente todo. Mi pasado, la relación con Damon, los problemas que se vieron expuestos en todos estos meses con mis hermanos. No sé qué tengo que sentir al confesarle todo, al descargar de esta manera, pero tengo la sensación de tener un peso menos encima. Por otro lado, me siento más vacía al decirle esto a alguien que puede no escucharme, como si mis palabras fueran solo... nada.

Pero no solo le hablo sobre eso; revelo lo que sentí cuando él se volvió cerrado luego de la muerte de mamá, cuando vi y me di cuenta de que no estaría para mí ni para mis hermanos, que se refugiaría en sí mismo para callar el dolor y olvidar. Algo que es todo lo contrario a lo que hicimos nosotros. Atesoramos los recuerdos y disfrutamos de revivirlos cuando sentimos que no es tan difícil hablar sobre ello.

Cuando termino mi patético discurso, comienzo a acariciar su rostro. Es un hombre grande. Ya tiene barba, canas en todos lados y sus facciones se ven cansadas. Puedo notar unas ojeras debajo de sus ojos y eso me pone triste. No paraba de trabajar. Me da lástima saber que mientras disfruto de mi adolescencia, mi padre se rompía el trasero trabajando. Y por más que

pienso que fue él el que decidió ensimismarse en el trabajo, la culpa sigue estando en un lugar escondido de mi pecho.

No pasa mucho tiempo hasta que escucho abrirse la puerta de la habitación. Decido no moverme de mi lugar, porque estoy más que segura de que son mis hermanos los que entran.

Cierro los ojos e intento dormir por un rato; por suerte, lo logro luego de unos segundos.

Cuando despierto, parece que recién hubiera cerrado los ojos. Me siento cansada, demasiado para ser verdad y tener dos días de insomnio no es algo agradable. La silla en la que mi trasero estuvo pegado todo este tiempo no es muy cómoda tampoco, como para mejorar algo la situación.

Antes de poder conciliar un poco más el sueño, unas manos me sacuden de nuevo, de la misma forma en que lo hacían hace unos minutos atrás.

Me doy cuenta de que estoy en el hospital; el sonido y los pitidos de las máquinas a mi alrededor me lo recuerdan, pero no quiero abrir los ojos. No quiero encontrarme con la realidad otra vez. Necesito seguir sumida en los felices sueños, en esa nube que me aleja de todo lo malo, por más que sea solo por minutos. No soy consciente de cuánto dormí, pero mi cuerpo, al instante, me dice que no lo estuve mucho tiempo. No sé por qué me despertaron, pero no quiero hacerlo. Me rehúso a abrir los ojos.

Sin embargo, como la suerte no está de mi lado, las manos que lograron mi despertar me sacuden levemente una y otra vez hasta que por fin cedo y abro mis ojos, quejándome por la brillante luz que entra por la ventana y no hace más que aumentar mi mal humor.

Los labios de Tyler se posan sobre mi frente y luego me regala una pequeña sonrisa, lo que mejora un poco mi humor. Cuánto me alegra tener a mis hermanos conmigo en estas ocasiones. Sé que ellos, por más que estuviesen todavía enojados con mi padre, lo aman como siempre lo hicieron y no por ese enojo van a ignorar el hecho de que tuvo un accidente; no creo que «accidente» se le pueda decir a ser golpeado con brutalidad. Eso es lo que nos dijo el doctor.

Mi hermano me ayuda a levantarme de la camilla muy a mi pesar y hace que me siente con lentitud en la silla junto a la cama, donde es obvio que nuestro padre está recostado, tal y como estaba cuando me acomodé junto a su cuerpo.

Apoyo los codos en mis muslos y entierro el rostro en mis manos, aguantando las ganas de llorar al seguir viendo que nada pasa con mi padre. Ningún progreso desde que estoy o estamos aquí. Siento que mis manos tiemblan y que eso preocupa a mi hermano.

—Hey, Natalie —susurra con suavidad, intentando que me tranquilice. Pero, aun así, sigo sin verlo a la cara—. Hermanita, tranquila. Se va a recuperar.

—Lo sé, pero... ¿cuándo? —Sollozo.

—Todo a su tiempo. Despertará cuando él quiera.

—Él... él... ¿Cómo es que pudieron hacerle esto? Se supone que papá estaría fuera del país dirigiendo la construcción de su nuevo hotel por un año. Apenas pasaron algunos meses, Ty. Y ya está de regreso...

—Shh..., calla, Natalie. No te preocupes por eso. Nos dirá todo cuando recuerde. También me lo cuestiono, pero lo único que nos causa pensar en eso ahora es preocuparnos el doble de lo que ya lo hacemos. —Asiento al estar de acuerdo con sus palabras, pero aún no puedo evitar pensar en todo.

Limpio mis lágrimas y lo miro; lo encuentro arrodillado frente a mí con una cara de aflicción.

—Papá despertará, no te preocupes. Ahora tienes que dormir. Te llevaremos a casa y todos intentaremos dormir, ¿sí? Creo que valemos mucho más descansados que cansados. Si papá despierta en algunos días o semanas, tenemos que estar radiantes y no con ojeras debajo de nuestros ojos, así que levanta tu hermoso trasero y vayamos al auto que Sam nos espera.

—Está bien.

Respiro hondo y los dos nos levantamos con lentitud. Me despido de mi padre con un beso, diciéndole en murmullos cuánto lo quiero y que espero que se despierte pronto. Estaré aquí cuando lo haga, pero necesito dormir para estar bien cuando por fin abra los ojos.

Salimos del hospital. Sam está en el auto de papá, uno de los muchos que tiene. Nos subimos sin decir nada, todos agotados física y mentalmente. Creo que no solo yo dormiré. Se ven tan agotados... Me parece que tendré que evitar los espejos para no deprimirme más. Me veré tan mal como me siento.

—Hoy dormiremos todo lo que podamos y mañana volveremos al hospital. Tendremos que llevar al menos unas pequeñas almohadas. Mi cuello duele como el demonio —dice Sam, quejándose minutos después. No lo contradigo. Las posiciones en las que estaban esta mañana no eran demasiado cómodas que digamos. Al menos tengo que agradecer haber dormido un rato en la cama junto a mi padre.

—Está bien. Creo que aprovecharé también para juntar algunas mantas. El noticiero de la cafetería decía que mañana va a llover y hará frío, así que tenemos que ir preparados para dormir un poco más cómodos en esas

malditas sillas. —Ty concuerda—. ¿Y tú qué harás, aparte de dormir casi todo el día, Nat?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No creo tener tiempo para hacer nada. Dudo de que me despierte mucho antes de irnos al hospital mañana. Tengo tanto sueño que puedo dormirme por días.

—Bien, entonces ya tenemos los planes para hoy. —Tyler sonrío a medias; todo esto le causa gracia por alguna razón. Sam da la vuelta hacia la derecha, acercándonos aún más a casa.

—Tienes que aprovechar que Fernanda cocina para nosotros. Éstas son tus vacaciones fuera de la cocina, Tyler —dice él y Tyler asiente.

—Lo sé. Tampoco es que tuviese ánimos para cocinar. —Rueda los ojos—. Pero no hay que quejarse. Las comidas de Fernanda son deliciosas, al menos por lo que recuerdo.

—Cierto, lo único malo de estar en casa es su hija. Puedes aprovechar en gastar tus frustraciones con ella en un polvo rápido. ¿Qué piensas, Ty? Admite que está bastante buena.

Me limito a hacer una mueca de asco al escuchar a Sam decir eso. Marisa es... linda, pero insoportable. Muy insoportable.

—Por Dios, Sam. No creo que con ella tenga más ánimos, ni siquiera viéndola mi gran amigo logrará despertarse como para tener algo de acción —replica.

—Claro... —Sam se burla, rodando los ojos con diversión—. Solo con Lili se te para en un segundo.

No puedo creer que hablen de esto ahora mismo. Por Dios, hablaban bastante de sus conquistas frente a mí, pero escucharlos hablar de eso ahora, cuando la situación en la que estamos no es apropiada...

No es hora de hacer chistes, pero dudo de que paren de hablar de eso. Es su forma de distraerse. Reír sin recordar el estado en el que está papá. Necesito hacer lo mismo que ellos, distraerme y borrar, olvidarme de todo. Puede que eso me ayude, aunque sea un poco.

—Oh, cállate. Te pasa lo mismo con Emma. —Ty le pega juguetonamente en el brazo a su hermano gemelo y sonrío.

—Eso es obvio. ¡Cómo no se me va a parar con lo preciosa que es Emma! Dios, ¿la viste? —Ty asiente. Sam, cuando dice aquellas palabras, parece un loco enamorado que habla de su amada. La estúpida sonrisa que crece en su rostro hace que quiera darle palmadas de felicitaciones a mi amiga por cautivar de esa manera a mi hermano y hacerlo sentir cabeza.

—Es linda, pero es tuya. No necesito una relación ahora. No hay nadie con quien quiera estar en estos momentos.

—Oh, vamos, mentiroso. Sé que quieres que la espectacular y ardiente Lili te rodee con los brazos y comience a besarte para sacarte las preocupaciones y...

Desde allí no sigo escuchando nada. El tema se volvió un poco más... extraño. Parece como si no estuvieran conscientes de mi existencia. En algún momento de su charla, la imagen de Damon sobre mí invade mi cabeza y casi hace que suspiro por el recuerdo excitante de sus labios contra los míos mientras entra y sale de mí en lentas y profundas embestidas.

Maldita sea... estoy caliente. Algo que me avergüenza bastante admitir.

Me sorprende ante la facilidad con la que esto me pasa. Pensar un poco en nuestros momentos ardientes hace que al instante todo lo que siento se intensifique el doble y que las hormonas bullan con fuerza. Tengo tantas ganas de verlo, tocarlo, hablar con él, y escuchar su espectacular y gruesa voz, aquella que se vuelve ronca en los momentos en los que estamos pegados, él encima de mí sobre la cama mientras me toca y...

Cierro mis ojos con lentitud para revivir una y otra vez esos momentos en mi mente, ignorando el hecho de que eso me pondrá aún más excitada y que no tendré con qué saciarme, si no es con Damon.

Pero justo cuando mi mente intenta revivir el momento justo en el que Damon entra en mí con su Gran Damoncito, el auto se detiene y hace que todo aquel pensamiento disminuya. Mi pulso vuelve a la normalidad y creo que, por la mirada que mis hermanos me dan, estoy bastante sonrojada de pies a cabeza, ya que me parece que escucharon el pequeño quejido que solté cuando nos paramos frente a casa.

¡Qué vergüenza!

Salgo con rapidez del auto y me dirijo a zancadas hacia la casa.

Mientras subo las escaleras casi corriendo, escucho sonidos provenientes de la cocina, y sé con certeza que Fernanda, nuestra cariñosa mucama, cocina algo muy rico. No es eso lo único que escucho a esta distancia. La voz de la perra de Marisa resuena en las paredes y hace que mis oídos rueguen que la pendeja se calle. Ella chilla con emoción, no sé si fingida o no, cuando ve a mis hermanos. Algo que es obvio, ya que hace años no los ve y, evidentemente, tuvieron un gran cambio que logró que su instinto de zorra se activara al instante.

¡Cómo la odio!

Subo el último tramo de escalones y corro hacia mi habitación. Necesito un baño urgente. Me siento bastante sucia y no solo por los pensamientos

con Damon, sino por estar un día o dos sin bañarme. La ducha de agua fría no hace nada por calmar mi fuego. No logra bajar mi pulso que con los minutos va aumentando. No sé lo que me pasa. Desde nuestra primera vez juntos de ese modo, es como si no pudiese dejar de pensar en él tocándome. Creo que me volví adicta a su cuerpo. Damon es mi droga y sus besos son mi perdición, tienen el poder de llevarme a la ruina con solo un toque de sus labios. Daría lo que fuera por tenerlo aquí tocándome, respirando el mismo aire que yo en este frío baño.

Termino de enjuagarme luego de unos largos minutos intentando que el agua fría me haga efecto. Ya más calmada, me cambio con mi cómodo pijama y me acuesto en mi cama. No tengo hambre. No pasó mucho tiempo desde que comí la exquisita torta de Yissell, aparte el sueño supera —en esta ocasión— el hambre. No dormir en toda la noche me causa eso. Si tengo ahora una oportunidad muy buena de descansar por unas largas y reconfortantes horas, las tengo que aprovechar. De seguro, mañana tampoco podré dormir, así que tengo que hacerlo ahora sí o sí.

Me arropo con las mantas, mientras siento que mi perra sube, no sé de qué manera, a la cama y se acurruca a mi lado. La cama es bastante alta para que se suba así de rápido, pero deduzco que ya estuvo practicando. Le doy un vistazo a sus tazones, los cuales todavía tienen comida y agua, y luego acaricio con tranquilidad a Burry. Cuando me despierte, cambiaré su agua por una más fresca.

Me quedo dormida no mucho tiempo después, al igual que mi perra. Las caricias que le doy hacen que rápidamente sus ojos se cierren. Me limito a dejar mi mente en blanco para no soñar con nada o, si no es el caso, aunque sea soñar con Damon a mi lado.

Pero por ahora no pasa nada. No sueño nada.

El sonido de unos pitidos agudos hace que mis ojos se abran y que, frente a mí, no pueda distinguir ningún objeto. Al parecer ya es de noche. No hay ninguna fuente lumínica que me haga reconocer los armarios de la habitación.

Los pitidos siguen sonando y me levanto con rapidez para buscar mi celular. Intento no pisar nada ni chocarme con algún mueble, pero la maldita punta que sobresale de mi mesa de noche hace que mi pie palpite de dolor. Con algo de dificultad, encuentro los pantalones con los que fui al hospital y busco en sus bolsillos mi jodido móvil, el cual interrumpió mi exquisito sueño. Cuando lo encuentro, mis ojos se entrecierran ante la brillante luz que proviene del aparato. Mis ojos intentan acostumbrarse con rapidez, pero en un momento tengo que alejar el celular de mi cara para parpadear

varias veces hasta poder fijarme otra vez en la pantalla del aparato que sigue sonando con fuerza. Una llamada entrante.

Una llamada que me deja muda.

Damon.



## CAPÍTULO



Me dejo caer en la cama, atónita y con el pulso acelerado a tal punto de no poder creerlo. La esperanza llena mi pecho y lo único en lo que puedo pensar es que Damon me llama, pero estoy tan shockeada que mi cuerpo sigue sin reaccionar.

Por un instante, algo dentro de mí me dice que no atienda, tal y como él lo hizo con mis llamados, pero otra parte aún más grande me dice que aproveche la oportunidad e intente arreglar las cosas con mi novio, si es que todavía sigue considerándonos así.

Me debato internamente si atender o dejar que siga sonando, pero luego recuerdo todo lo que sufrí en estos días sin su compañía y decido descolgar.

Al instante, el sonido fuerte de una canción de rock se escucha con claridad y los deseos de colgar comienzan a aparecer al notar que, si sigue así de fuerte, terminaré sin tímpanos. Alejo un poco el celular de mi oído y llamo el nombre de Damon una y otra vez hasta que por fin decide hacer un pequeño ruido antes de decir algo.

—Nat... —Es apenas un susurro, pero el escuchar su ronca y hermosa voz hace que casi me eche a llorar como una niña pequeña. El alivio me invade y no puedo creer que me llame.

—Damon...

Nos quedamos callados, sin saber qué decirle al otro. Quiero abrirle mi corazón, pero no puedo, porque los nervios me invaden. Quiero que primero vea mi carta y entienda por lo que estoy pasando para luego sí abrirle en persona todo lo que mi corazón siente.

—*Nathalie...*

—Damon, ¿estás ebrio? —pregunto atónita, sintiendo que todo mi interior se destroza por primera vez. Nunca se emborrachó frente a mí ni tampoco me habló de esta forma.

Se ríe a medias, una risa como la que siempre me gusta escuchar, solo que esta es de un Damon borracho.

—No... bueno, *sholo* un poco —admite, sin una pizca de arrepentimiento.

—¿Solo un poco? Damon, balbuceas.

—No me retes, *Nathalie*. No *eresb* mi *madrrrrrre*.

—No, no lo soy —conuerdo.

—Menos mal, porque me gustas mucho como para *conshiderarte* mi madre —dice arrastrando cada una de las palabras, mientras suspira y suelta otra risa, por la razón que sea.

Tengo que admitirlo, escuchar a Damon ebrio es divertido, pero aun así no pienso que esté bien. Deseo hablar con él cuando esté puramente sobrio y no sedado por el alcohol.

—¿Por qué bebiste, Damon? —pregunto con cautela. No me gustaría arruinar su buen humor y convertirlo en el mismo agrío y enojón Damon de siempre. Me gusta que suene así de despreocupado al hablar por teléfono conmigo.

Tengo intriga, sí, mucha para decir verdad. ¿Por qué comenzó a beber? Nunca, desde que estoy con él, tocó una botella de alcohol. Mucho menos se emborrachó en mi presencia. ¿Ya lo hizo antes? Supongo que sí. Todo adolescente se emborracha, pero Damon se toma en serio su carrera de boxeador y es por eso que no anda por ahí de fiesta en fiesta bebiendo hasta quedar inconsciente.

—Yo... *the* extraño. —Suelto un suspiro al escucharlo decir aquello. Temía que no me quisiera hablar de nuevo y que me diga que me extraña llena ese vacío que en un principio se creó en mi pecho.

—Yo también. Ahora, respóndeme.

Hace una pausa y no sé si se quedó dormido o si piensa en alguna excusa para darme, hasta que unos segundos después, escucho que la música baja su intensidad hasta quedar como un sonido de fondo.

—No puedo estar sin ti, *Nathalie*. ¿Por qué *meh* dejaste? No quería que te fueras y no me prestaste atención... Te necesito.

Se me rompe el corazón al escuchar cómo poco a poco su voz se va apagando hasta quedar en silencio absoluto. No lo dice con reproche ni con furia, solo con tristeza y angustia.

—Damon, te lo dije, estoy aquí por mi padre...

—Mi madre me dejó, *Nathalie*. No quiero que me *dejesb* tú también. Te necesito —suplica con la voz ahogada.

Entonces, escucho algo que tan solo lo pude escuchar una vez en la vida, cuando me contó un poco sobre su pasado. Está llorando; solloza por mi

culpa. Piensa que lo voy a dejar, no del mismo modo que lo hizo su madre, pero que voy a desaparecer de su vida. De su mundo.

—No podría soportar que me apartes de ti, Nat. Por favor, no me dejes.

Mi corazón comienza a partirse en pedazos lenta y dolorosamente, mientras lo escucho casi agonizar en la otra línea.

—Damon, no te dejaré. Lo prometo.

—No te puedes alejar, *Nathalie*, ni siquiera si me pides espacio. No puedo estar sin ti. Me destroza no dormir contigo... —Se atraganta y es allí cuando me doy cuenta de que también estoy llorando junto a él.

Me llevo la mano a la boca para callar mis entrecortadas respiraciones y los pequeños sollozos que salen al compás de los suyos. Nunca podría alejarme de él. No puedo hacerlo por voluntad propia. No hay parte en mi cuerpo que desee que me aparte de su lado. Me tiene atada, encadenada a su cuerpo y alma, como un lazo invisible que nos mantiene unidos. Un lazo tan poderoso que es imposible de romper. La distancia que ahora nos separa no es impedimento para que siga sintiendo lo mismo por él. Nada puede hacerme cambiar de opinión.

Necesito tener mi postura de antes, sentirme segura de que lo nuestro no se está rompiendo, porque no es así. Tengo que hacerlo entrar en razón, por más que esté bastante borracho, y decir todo lo que él y yo queremos escuchar para darnos cuenta de que es verdad.

—Damon, por favor, deja de pensar que no me tienes más, que no te pertenezco, porque sabes perfectamente que estoy anclada a ti, que soy tuya al igual que tú eres mío. Solo... espera un par de días o semanas para poder estar con mi padre en su recuperación y luego todo volverá a ser como antes. Estaré a tu lado, dormiré abrazada a ti y podrás tenerme junto a ti todo el tiempo que sea necesario para que vuelvas a tener la certeza de que te quiero, que no me alejaré así sin más, sin dar explicación alguna.

Escucho que suelta un suspiro tembloroso y rezo para que entienda mis palabras entre toda esa neblina de alcohol que tiene a su alrededor.

—Te necesito.

—Lo sé, Damon, yo también.

—No *podreb* estar sin ti mucho tiempo.

—Tendrás que aguantar un poco, tal y como yo pretendo hacer. No será fácil.

—Me gustas mucho.

—Tú a mí también, Damon.

—Quiero tocarte, saborearte y besarte de una manera *taaaann* mala.

Algo dentro de mí se agita ante las palabras que salen de su boca. No de una forma mala, sino una ardiente y excitada. Desde nuestra primera vez juntos, las palabras de Damon para mí comenzaron a tener doble sentido. No podía —todavía no puedo— evitar pensar en cosas sucias con las que experimentar con él. No sé qué me sucede, no sé en lo que me convirtió, pero deseo tenerlo cada segundo a mi lado. Me tiene hechizada desde que nos peleamos mi primer día de clases.

—Menos mal que piensas lo mismo que yo. Pretendo tenerte todo para mí cuando regreses a casa. —«Casa», esa palabra es correcta para mi oración. Él es mi casa, todo sitio en el que esté con él es mi hogar. No siento que este lugar, mi antigua casa, sea mi hogar. Dejó de serlo hace mucho tiempo, cuando las personas más importantes para mí se alejaron y desaparecieron, con el agregado de que este es el lugar donde todas mis pesadillas se encuentran y me recuerdan mi pasado.

—Ya estoy deseando *día* ese. —Se ríe, tan ebria como suena su voz—. *Ups...* creo que *meeee* equivoqué. *Ya estoy des...eando ese día.* —Vuelve a reír y sin poder evitarlo, suelto una risa también. Nunca lo vi tomarse el pedo de su vida, pero ahora sé que es muy gracioso escucharlo alargar las palabras y oírlo saborear cada letra, mientras intenta hablar lo más normal posible. Trato de no pensar en que ahora sí le hace mucho más efecto el alcohol a su sistema; sin embargo, sigo sin saber dónde se encuentra. El sonido de fondo se escucha bastante y puedo deducir que está en un lugar cerrado por la forma en que retumba la música. Espero que esté acompañado de alguien o que sea un sitio donde no corra peligro. Damon puede ser una bestia al pelear, pero nunca se sabe si podrá golpear como siempre lo hace ahora que está borracho. Eso me preocupa aún más.

—Damon, ¿dónde estás? ¿Quién está contigo?

—*Etoy* en...—Hace una pausa y me lo imagino viendo a su alrededor. En ese momento me doy cuenta de que no está en su departamento, no solo por el hecho de que en su casa la música nunca se pone a ese volumen y segundo, porque esta resuena con intensidad, por lo que es un lugar pequeño, mucho más que su habitación. —Ni idea. Veo muchas luces, *Nathalie*. Y hay mucho ruido, no sé de qué es, pero no lo soporto. Afuera se ve *to... do* borroso. Es de noche y...

—Damon, dime concretamente dónde estás, si es que puedes hacerlo mejor —suplico. Con la descripción que me da no puedo hacer nada. Podría ser cualquier lugar, un bar, una discoteca... no lo sé. Puede estar en cualquier parte.

—Yo... creo que estoy en un auto...

—¿En el tuyo o el de otra persona? —Tengo que saberlo. No es que desconfíe de él, pero uno, al estar borracho, puede hacer cualquier tontería. Puede que lo hayan seducido y lo hayan llevado a un auto para hacer guarradas con su cuerpo ebrio. Pero si fuera así y me quisiera engañar —algo que creo que nunca pasaría—, ¿por qué me llamaría? ¿No se supone que tendría que pensar en otra persona si quiere engañarme? Tendría que estar ocupado y no me hubiera llamado.

Bien, creo que necesito sacarme eso de la cabeza. Es absurdo. Nunca me engañaría. Las posibilidades de que eso suceda son escasas, casi inexistentes. Nunca dio señales de querer estar con otra persona, nunca —mientras estuvo conmigo— lo vi con una mujer que no fueran sus hermanas y yo, o también las hermanas de Christian. Todo lo que Damon hizo a lo largo de nuestra relación reforzó mi confianza en él. No intentó ponerme celosa con ninguna mujer, si mal no recuerdo, nunca me hizo dudar de si me engañaba o no. Siempre noté que hacía lo posible por quedarse a mi lado, aunque sea tocarme o abrazarme para callar su ansiedad. Eso es lo que me hace amarlo; logró que las paredes que construí y reforcé con los años se rompieran poco a poco con sus actos.

—En el... ¿mío? Creo que sí, es igual, solo que en frente hay alguien igualito a mí... —Suelta una carcajada—. Oh, espera... ese soy yo en un pequeño espejo. ¿Quién diría que soy tan *herrrrroso*? Porque lo soy. ¿No estás de acuerdo, *Nathalie*? —No sé si se ve en los espejos retrovisores o en el que está entre medio de los dos asientos delanteros.

—Lo eres, Damon. Todo un dios griego —conuerdo divertida. Todo el sueño que hace unos minutos tenía dada la hora, se esfuma mientras la conversación sigue. Escucharlo decir incoherencias y cambiar de tema de un minuto para el otro es algo que no se ve todos los días, mucho menos en el perfecto y espectacular Damon.

—Qué bueno que te parezca así, porque es lo único bueno que tengo. Mi cuerpo y cara —dice con un tono triste que me destruye. Triste y borracho, una mala combinación si no quiero deprimirme. ¿Por qué pienso eso de él? Cada vez que puede me intenta convencer de que no es bueno para mí, de que me hará daño en algún momento. Lo niego, ¿cómo no hacerlo si lo único que puede hacer para dañarme es dejándome? Es perfecto, con o sin defectos, con o sin pasado.

—No digas eso, muchachote, eres perfecto por dentro y por fuera.

—Dices eso porque eres mi novia y porque tienes que decirlo sí o sí.

—No es cierto, ¿por qué estaría contigo si no pensara aquello? Es absurdo, Damon. Deja de menospreciarte.

—*Nathalie...*

—No. No quiero seguir escuchando cómo te echas bronca a ti mismo. Creo que te tendría que bastar y sobrar mi opinión sobre ti si soy tu novia.

—Y me basta. Pero...

—Ningún pero, Damon. Déjalo. —Suelta un suspiro y escucho que gruñe con irritación y molestia.

—La música me está dejando sordo.

—Entonces apágala, muchachote —digo más calmada. Me irrita que piense así; lo primero que haré cuando lo vea en persona es hacerlo entrar en razón. Odio que piense así de sí mismo, pero no puedo ayudarlo a recapacitar cuando está así. Con un suspiro, escucho su respuesta.

—¿Dónde está? No puedo apagarla, no sé de dónde proviene. —Me sorprende que haya podido encontrar mi nombre entre los contactos de su celular y que le resulte difícil apagar el estéreo del auto.

—Fíjate junto al volante. Es una especie de... pequeña rueda, gírala para bajarle el volumen o aprieta el botón de apagado —murmuro despacio y puedo escuchar alguno de sus movimientos torpes.

Me lo imagino recostado en los asientos traseros, sus piernas elevadas y dobladas, mientras su cabeza se apoya en la ventana. Me gusta tener la imagen de él tan relajado, pero la verdad es que no sé cómo se encuentra en realidad. La música comienza a sonar más fuerte y, en todo ese minuto donde gruñe más de una vez, mi humor crece y llego hasta a reírme por lo gracioso que es esto. Luego de unos segundos, ya no se escucha nada más, aparte del suspiro de gratitud de Damon.

—Gracias por eso. Me eshtaba *talhadrando* la cabeza... —susurra con agotamiento, algo que hace que me comiencen a pesar los párpados, pero me niego a dormir. Es mi oportunidad para hablar con Damon, por más de que no sea algo importante, ya que no está en condiciones para mantener una conversación seria.

—Damon, ¿por qué bebiste y por qué estás solo en tu auto con alcohol en la sangre? —O eso espero, que sea su auto.

—Beber me relaja, lo malo es que no me hace olvidar todo lo que siento por ti. Sobre la segunda pregunta... ¿puedes *depetidla?* No le recuerdo. —De suerte logro entender el «repetirla» y «la». Con cada minuto que pasa, su lengua parece más pesada, o eso es lo que me hace parecer su tono de voz y la forma con la que habla.

—Te pregunté por qué estás solo en tu auto y con alcohol en la sangre, Damon.

—Oh... —Se queda mudo y temo que se haya quedado dormido allí mismo sin ninguna protección. Espero que si es así, le haya puesto el seguro a la puerta para que nadie pueda entrar y hacerle daño solo por el auto—. Te tengo que dejar, *Nathalie*.

—No, Damon, dime por qué estás solo y bebido en un vehículo. Por favor.

—Yo... lo siento. —El enojo comienza a bullir en mi pecho, mientras escucho a mi novio balbucear cosas sin sentido. Quiere evitar ese tema, no sé cómo ni por qué lo hace. No me gusta que no me cuente las cosas que piensa o lo que hace. Se supone que estamos en una relación; por más que ahora tengamos unos pequeños problemas, seguimos estando en una. Bueno, eso es lo que espero, ya que yo lo considero así.

—Respóndeme con la verdad, Damon. ¿Por qué intentas evadir el tema? —admito que aprovecho su estado de ebriedad para sacarle información. No sé si insisto y le pregunto varias veces las cosas, conseguiré mi objetivo, pero al menos tengo que intentarlo.

—Lo *sbiento*.

Luego corta la llamada, lo que hace que casi me dé un ataque de llanto en mi oscura y solitaria habitación. Pensé que con esta llamada arreglaríamos algo, pero lo arruinó al estar borracho en un principio. Quise tanto que me llamase que al principio no me importó que estuviese tomado, pero luego comprendí que era inútil hablar de algo importante de nuestra relación con un Damon que de seguro al otro día no recordaría nada. No es que no estuviese feliz de su llamado, estoy más que emocionada por saber que llamó, pero preferiría no escucharlo así cuando estamos en medio de un conflicto en nuestra relación. Quiero tenerlo sobrio, escuchar su voz ronca y ruda, sus gruñidos molestos que dan a saber su estado de ánimo, y sentir su tacto, su piel, sus labios sobre los míos. Me tiene desesperada y van dos días que estamos separados. ¿Qué me hizo? No entiendo cómo una persona puede cambiarme así. Antes no necesitaba a nadie, prefería estar sola o con mi familia en vez de desconocidos. Pero cuando llegó, cambió mi mundo, lo dio vuelta y lo hizo girar a su alrededor, de modo que lo más importante fuera... Damon. Que nada más importe.

Dejo de lado el deseo de llamarlo de vuelta y volverle a preguntar mis dudas, y devuelvo mi teléfono a mi mesa de noche. De repente, me doy cuenta de que ni Chris ni Carter saben que me fui de Filadelfia. Tengo que decirles antes de que se enteren por otra persona. No me gustaría que se enojen conmigo por haberme olvidado de ellos, de decirles que por un tiempo no voy a volver hasta ver a mi padre recuperarse. También me hago la idea de hablar con Rick. Tengo que preguntarle por qué deja que Damon tome; se supone que con la competencia que se aproxima tendría que poner toda

su concentración y esfuerzo, en vez de tomar y emborracharse por ahí sin pudor hasta la inconsciencia. Necesito que lo tenga cuerdo y concentrado; quiero al mismo Damon, no quiero a uno bebido. Necesito que pueda hablar y solucionar todo conmigo cuerdo.

Teniendo planes para el día de hoy, ya que es de madrugada, me recuesto sobre mi cama y el cansancio con el que me levanté para atender el teléfono vuelve con rapidez. No lo ignoro, lo tomo con gusto y me dejo absorber por el sueño, para intentar soñar con unos ojos azules y no con mis oscuras pesadillas.



Cuando despierto, no es por nada en especial. Nadie vino a despertarme ni tampoco fue mi celular el que lo hizo. Comencé a desperezarme sola hasta por fin tener los ojos bien abiertos.

No sé cómo me siento. No sé en qué pensar. Parece que nada me ocurriera mientras me levanto de la cama y camino hacia el baño. Parezco un cuerpo sin alma, que tan solo es dirigido por un control. No soy la que lo mueve. Tengo la mente en blanco y no entiendo si es por no querer pensar o si es por querer olvidar algunas cosas. Me da igual. Hay algo de paz en mí que me hace no darle tantas vueltas al asunto. Sé que me recuperaré dentro de poco y volveré a ser la Natalie que siempre tiene que pensar en todo, sea bueno o malo.

Hay veces, muchas veces, que deseo que la Natalie controladora y pensativa, que tiene que tener respuestas o teorías para todo, desaparezca, por lo que ahora aprovecho el momento.

Me ducho con lentitud, dejando que el agua relaje mis músculos y caliente mi piel. En el ambiente se siente la pesadez, la humedad de la lluvia y el frío. Por más que el agua esté bastante caliente, mi cuerpo sigue temblando. La habitación y el baño están llenos de aire gélido que no entiendo cómo es que llegó a colarse. Me siento tiritar, pero me da igual. Supongo que con mi estado de ánimo todo me da lo mismo y siento que nada es realmente importante, mucho menos este frío que siento.

Cuando salgo, me coloco lo primero que encuentro en mi armario, algo que hago desde que estoy aquí, y luego realizo con mi pelo una cola de caballo bien alta. Refriego mis ojos para sacar el poco rastro de sueño que me queda y camino hacia la puerta de mi cuarto con la intención de bajar a desayunar, pero el cuerpo corpulento y semidesnudo de mi hermano me lo impide al chocarse con el mío ni bien doy un paso fuera de mi habitación.

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que se trata de Sam.



—Hola, hermanita. —Su voz suave y ronca me habla en un susurro. Se nota que está feliz, sea la razón por la que fuera. No entiendo el motivo de su emoción. Nuestro padre está en el hospital y para mí los días son un infierno, mucho más sin la presencia de mi novio. Pero una vez más tengo que recordarme que entre él y Emma no hay conflictos, y siguen tan bien como siempre lo estuvieron.

—Hola —respondo con desgana, mientras lo rodeo y sigo mi camino hacia las escaleras.

—Hey, ¿qué sucede? —Viene detrás de mí.

—No tuve una buena noche que digamos. —Aunque parte de la conversación que tuve con Damon me divirtió bastante—. ¿Y tú por qué estas tan... radiante? —Sus ojos adquieren un familiar brillo cuando hago la pregunta.

—Bueno, me mantuve despierto gracias a una muy desesperada Emma. Me sorprendió bastante que me haya llamado tan tarde, pero no me quejo. Creo que fue la mejor noche que pude haber pasado aquí. Y eso que solo fueron unos pocos días.

—Me alegro mucho, Sam. Espero que en alguna parte del día tu alegría se me pegue. —Él sonríe.

—Yo también lo espero. Ahora vayamos a desayunar.

Tyler se nos une unos minutos después en la cocina, mientras desayunamos. Mi estómago no quiere probar nada de comida por ahora, por lo que solo me limito a tomar la necesaria cafeína de mi preciado café. Ty aparece con el mismo aspecto de Sam, semidesnudo y sin vergüenza de aquello. No sé si tiene o no una buena mañana como la de su gemelo, pero se nota que no llega a estar tan deprimido como lo estoy yo.

—Hoy almorzaremos fuera de la habitación de hospital —avisa Sam. Tyler y yo lo miramos con el ceño fruncido—. No quiero quejas. No podemos estar todo el día y la noche con cara de muertos, mientras nos deprimimos más al ver a papá así. Sabemos que va a recuperarse, por lo que no tenemos que parecer unos muertos vivientes.

—Sam, papá está en coma y, por más que sepamos que estará bien, no es motivo por el que estar tan felices. Puede que algo le pase y quiero estar allí para intentar hacer algo —responde molesto Ty.

—¿Qué puedes hacer, cocinarle un pastel? Por Dios, Tyler, está rodeado de doctores, lo único que haremos en esa situación es molestar con nuestra presencia. Aparte, papá no despertará por ahora, ni en estos días ni en esta semana, eso te lo aseguro, por lo que podemos ir a comer algo por ahí.

Además, no querría que estuviésemos así de deprimidos por su estado, lo sabes.

—No sé, Sam...

—¿Qué dices, Nat? ¿Te apuntas? —Me encojo de hombros. En parte, los dos tienen razón. ¿Qué daño haría salir a un almuerzo? Papá no despertará en esos minutos que no estaremos. Por Dios, hace poco que entró al hospital. No puede despertar así de rápido por más que lo desee con toda mi alma. Supongo que esta salida nos hará bien. Por fin podremos estar tranquilos y podremos hablar como los hermanos tan unidos de antes. Sin embargo, entiendo la preocupación de Ty. Siempre piensa en lo que podría pasar y me encanta eso de él. Pero nos deprimiremos mucho más al estar días y noches en vela por causa de ver a nuestro padre postrado casi sin vida en un estado de inconsciencia frente a nuestras narices.

—Creo que estaría bien tomar un respiro, Ty. Dime, ¿qué podría pasar mientras no estamos? Estarán los médicos. ¡Apenas nos iremos una hora y media, a lo sumo! Por favor, ven con nosotros. Nos hará bien.

Veo que debate internamente si ceder ante nosotros o seguir con su postura de no ir a este almuerzo. La verdad es que lo necesitamos. Pasar un tiempo solos, como hermanos, y hablar de los que nos preocupa.

—Está bien, iremos.

Sam y yo sonreímos de forma leve ante la respuesta de nuestro hermano. Llevo mi taza llena de café hacia mis labios, doy un largo trago y siento que la garganta quema ante el líquido humeante, mientras mis hermanos comen con entusiasmo las tostadas que se prepararon antes de sentarnos todos en la mesa.

Se quedan hablando un rato más, a la vez que terminan sus desayunos. Por mi lado, me limito a ver hacia fuera por la ventana. Como ya había previsto, es un día lluvioso y frío. El cielo gris refleja mi estado de ánimo apagado. Me sirvo otra taza de café y doy un sorbo corto para no quemarme la lengua otra vez.

No deben ser más de las siete de la mañana, por lo que Fernanda se encuentra todavía en la cama. Sus cafés son los mejores, y por un momento deseo que se levante y me haga uno. Recuerdo cuando yo vivía aquí. Todas las mañanas eran un infierno para mí. Apenas podía dormir. El último año y medio fue una odisea para mi mente, mi cuerpo y mi rutina. Cambié, y lo único que hacía que sonriera apenas por un segundo era el café delicioso de Fernanda y sus alegres buenos días pronunciados en un perfecto español. Lo malo de ella es la hija que tiene. No entiendo cómo una mujer alegre,

simpática y amable puede tener una hija así. Por favor, uno nunca imaginaría que Marisa es hija de Fernanda.

Termino mi bebida luego de unos cuantos minutos, mientras escucho a mis hermanos hablar de lo quieren comer en nuestro almuerzo. Me da igual, no sé si vaya a tener hambre en todo el día. Dudo de que mi estómago pida que lo alimenten. Ayer pensé que hoy estaría feliz por haber hablado con Damon y, en parte, lo estoy, pero por otro lado, estoy enojada y dolida. Sigo queriendo hablar con Damon, pero esta vez lo quiero sobrio y no diciendo bobadas. Me dejó con la intriga de saber el por qué estaba bebido, solo, en su coche.

Saco todo de mi cabeza, ya que comienzo a notar que vuelvo a ser poco a poco la Natalie pensativa y preguntona, y sigo a mis hermanos por las escaleras, no antes de lavar mi taza de café. Me abrigo con un suéter de lana negro y un gorro. Uno de los tantos que le saqué a Damon en una ocasión. Aquellos gorros lo hacen ver aún más comestible, mucho más sexi de lo que ya es. Cada vez que se lo digo, intenta no ruborizarse, pero noto ese leve sonrojo en sus mejillas antes de que vuelva a tomar la misma postura arrogante de siempre.

Sonríó ante aquellos recuerdos y bajo de nuevo hacia la sala de estar, donde me encuentro con la sorpresa de que mis hermanos están vestidos y abrigados, para luego salir de la casa en dirección al auto de mi padre y montarnos en él.

Salimos hacia el hospital, por más que sean ya casi las ocho de la mañana y las visitas empiecen a las nueve; de seguro nos dejarán entrar. Ya nos quedamos allí una noche por pura suerte; no me importa cuánto tenga que pelearme con las enfermeras o los doctores para poder entrar, haré todo lo posible.

Supuestamente para mis hermanos, el doctor Staller está interesado en mí por la forma en que me mira, así que podría sacar provecho de eso y convencerlo de que nos deje pasar. No quiero darle esperanzas, ya que no me gustaría que se imagine que le doy carta blanca para invitarme a tomar algo. Mataría al que me hiciera eso. Fingir que me interesa cuando solo lo utilizo.

A la media hora llegamos y rápido todos bajan, excepto yo. Tengo que llamar a Rick antes de deprimirme y convencerme de que luego lo llamaré. Quiero sacarme algunas cosas de encima, porque, si no, sé que me va a hacer mal tener tantas cosas acumuladas dentro de mí.

Mis hermanos se me quedan mirando confusos y les hago una seña con el teléfono para darles a entender que haré una llamada. Asienten y se alejan, pero no llegan a entrar al hospital. Me esperarán hasta que termine la llamada

para enfrentarnos solos a la depresión que nos dará el ver a nuestro padre de nuevo en la camilla.

Marco el número de mi antiguo jefe, quien espero que me deje volver a trabajar allí cuando todos los problemas que me rodean se arreglen y se desvanezcan, y espero a que conteste. Ignoro el hecho de que es bastante temprano y me convenzo de que ya está en el gimnasio. Hay muchos madrugadores que deciden comenzar su mañana con un buen entrenamiento, por lo que espero que Rick sea uno de los muchos que abren sus gimnasios a una hora muy temprana.

Luego de escuchar tres tonos, atiende con su demandante y gruesa voz, tan dominante como lo veo ser al enseñar y supervisar. Lo saludo con el mejor ánimo con el que puedo hacerlo y voy directo al grano; no quiero que me haga un lío la cabeza con otras mierdas.

—¿Desde cuándo dejas que Damon tome, Rick?

—¿De qué hablas, Natalie? —pregunta brusco y confundido. Me imagino que no vio a Damon, mucho menos escucharlo hablar como si no tuviese lengua.

—Ayer me llamó muy borracho. Solo... estoy confusa. ¿Antes lo hacía? ¿Lo sigue haciendo? Se supone que tiene una competencia importante, no tiene que ir por ahí emborrachándose.

Escucho que suelta un suspiro y luego maldice entre dientes.

—Dejó de tomar por un tiempo, Nat. Antes... tomaba mucho, mucho más de lo que podrías pensar. Luego... tuve una intensa charla con él y, por suerte, logró superar esos días con el tiempo.

—Entonces... ¿por qué volvió a empezar? —No puedo creer que sea un... exborracho. Nunca me hubiese imaginado a Damon como un borracho. Es un hombre con un exceso de furia contenida y el único lugar en la que lo descarga es en la bolsa, pero nunca me imaginé aquello. No quiero pensar que hay otras cosas que aún no sé y tampoco deseo enterarme de nada de ello ahora.

—Mira, Nat, Damon tuvo un pasado asqueroso, algo que nadie realmente quiere vivir nunca. Sé pocas cosas de él, pero lo que conozco me basta para comenzar a vomitar. Siempre lo dije, nada se resuelve con la bebida, pero no escuchaba y seguía tomando. Quería olvidarse de todo el sufrimiento. Pero no tomaba en su casa; hacía todo, menos beber en su casa. No le importaba dónde tomar; con tal de que no fuera en su propio departamento, para él estaba bien. Tomaba por todo. Su cabeza es un lío; se cuestiona todo lo que hace. Se reprocha todo el tiempo; el enojo es mucho más contra sí mismo que contra otras personas. Se pone furioso consigo.

—Yo...

—Pero no entiende que no fue su culpa. Nunca nada fue su culpa. Hace todo lo posible por proteger a las personas que quiere y se esfuerza para destruirse con tal de conseguirlo. Dime una cosa... ¿no te dijo alguna vez que no era bueno para ti?

—Sí, sí, me lo dijo...

—Pues eso es lo que piensa de sí mismo. No está conforme con él mismo. Solo... intenta protegerse de una manera que no es buena. En este caso, se emborracha. De seguro piensa que con unas horas borracho, olvidándose de todo, no hará daño a nadie, porque no puede ni pensar ni moverse, porque cuanto más piensa, mucho más daño le hace a otro. —Termina de explicar y la respiración se me entrecorta. No tengo palabras para decir lo que siento, lo que pienso acerca de todo esto.

—Por Dios, no puedo creerlo. —Susurro mientras siento que mi mano tiembla. Sé mucho menos del pasado de Damon que Rick, pero por lo que me dice, no es nada lindo. No creo que pueda ser mucho peor de lo que ya es. Joder, su madre se suicidó.

—Nat... hablaré con él. Está así de deprimido desde que apareciste en el gimnasio. Casi destroza el vestuario cuando te fuiste. Estoy seguro de que relaciona tu ida con su pasado. Su madre se fue, no quiere que también te vayas.

No sé cómo es que Rick puede analizar tan bien las situaciones y no volverse loco con Damon y sus cosas. Yo no podría haber entendido todo si no me hubiese hablado sobre algunas cosas. Ahora logro entenderlo un poco más. Antes, cuando ni siquiera estábamos en una relación, se alejaba durante días hasta que por fin volvía disculpándose. Una y otra vez. Ahora entiendo un poco los motivos. Supongo que Damon pensaba que cuanto más estuviese con él y me enterara de algunas cosas, lo dejaría; solo intentaba protegerse a sí mismo al alejarse y no comenzar nada conmigo.

—Tranquila. Estoy seguro de que entiende tus motivos de irte. Pero comprende que nunca se sintió así por una persona. Nunca le interesó nadie más que su familia. Ahora formas parte de su vida —dice, y puedo escuchar a lo lejos el sonido de las máquinas y de las pesas que las personas usan en el gimnasio.

—Está bien, Rick. Gracias por contarme lo que sabes. —Mi voz suena dolida y entrecortada. Siento que voy a llorar en cualquier momento. ¿Es por ello por lo que Damon no quería responderme las últimas preguntas? ¿Porque no sabía qué responder o porque no quería que supiera alguna de sus cosas o motivos?

—No hay de qué. Ahora, Natalie, tengo que volver a mi trabajo —dice, con ese tono de voz que usó la primera vez que fui al gimnasio y lo conocí.

—Muy bien, vete. —Me río, un poco nerviosa y triste—. Muchas gracias y lamento molestarte en horas de trabajo.

—A veces prefiero hablar que entrenar a la gente —carcajea, algo que me sube mucho el ánimo—. Todos aquí son unos prostitutas que piensan que son los mejores, por lo que nunca puedo tener una conversación con alguno sin que se sientan los reyes. Ahora sí, adiós.

Lo saludo de vuelta y corto la llamada antes de apoyar mi cabeza en el respaldo del asiento que tengo delante de mí. Maldita sea... Damon, ¿qué fue lo que te pasó?

Salgo del auto, negándome a pensar más de lo debido en todo esto y dejarme todas las dudas para cuando pueda hablar con Damon. No necesito carcomerme la conciencia con todo esto cuando ya estoy saturada con lo de mi padre. Me da tanta pena saber que Damon se emborrachaba con frecuencia para olvidar su pasado y así también no hacer daño a otras personas si está sobrio.

—¿Todo bien? —pregunta preocupado Tyler cuando camino hacia su lado en la entrada del hospital.

—No del todo. —Eso es lo único que me limito a responder. No puedo ni quiero hablar con nadie. No tengo ánimos y el día tampoco ayuda para subírmelo. Mi ropa apenas está mojada gracias a la pequeña llovizna que me la mojó en el trayecto desde el coche hasta la entrada.

—Bien, si no quieres hablar, no te voy a obligar. Solo tenemos que convencer a los doctores para que nos dejen pasar antes de tiempo a ver a papá —dice ahora Sam—. Oh, espera. No es necesario convencer a los doctores, solo tenemos que convencer al doctor Staller. —Me lanza una mirada llena de inocencia fingida antes de seguir hablando—. ¿Podrías usar tu belleza y convencerlo?

Y allí está; mis hermanos que me piden hacer lo que no quiero, pero lo hago; yo también deseo entrar a ver a papá.

Suspiro y comienzo a caminar hacia el doctor.

Espero que piense que intento coquetearle. Se me da fatal.

## CAPÍTULO



Al mediodía, salgo antes del hospital para buscar algún restaurante en el que podamos comer. Mis hermanos, más a pedido de Tyler, deciden quedarse un poco más con papá. Por el contrario, yo necesité aire. Estar todo el día encerrada, mucho más con mi depresivo estado de ánimo, hace que quiera tirarme de los pelos con desesperación. No puedo esperar más a que mi padre se recupere. Es toda una agonía verlo día y noche de la misma forma.

Por eso decidí buscar un restaurante en el que podamos almorzar al aire libre; si es uno de esos que tienen el toldo para que la gente no se moje cuando llueve, sería mucho mejor, y así usar esa excusa para poder respirar y tranquilizarme. Tengo la sensación de que allí adentro me ahogo, que no puedo respirar al ver a mi padre en esa camilla. Necesito tiempo para recomponerme y así enfrentar de nuevo todo.

Camino un rato sin rumbo fijo. Paso por algunos restaurantes que se ven bien, pero no tengo ganas de pararme. Caminar me tranquiliza y los deseos de correr se hacen cada vez más grandes. Hace mucho que no lo hago y ya veo que es hora de empezar de nuevo con el ejercicio si es que quiero despejar la mente.

No sé cómo me siento, no tengo ganas de hacer nada. La depresión que tenía hoy a la mañana sigue dentro de mí; no quiero sonreír, no quiero comer, no quiero hacer nada. Simplemente estar en un solo lugar y ver la nada, disfrutando de este silencio que tengo en la cabeza durante el lapso que se me permita. El tiempo hoy es perfecto para eso; quedarse mirando el paisaje lluvioso y las hojas de los árboles que vuelan con el viento. Eso es lo que necesito, lo que quiero. La lluvia me tranquiliza, hace que de alguna manera la paz se instale en mí. Toda esa tranquilidad que no consigo desde que estoy aquí.

Las gotas que caen del cielo me mojan con cada paso que doy más cerca de aquel restaurante que veo a lo lejos. Se ve perfecto para que almorcemos allí, por lo que no espero más y acelero mis pasos para llegar a una de las mesas vacías que hay fuera, bajo el toldo.

Mi ropa chorrea cuando llego y me siento. Los toldos logran que la lluvia no me siga atacando mientras pasan los minutos. Ya van dos veces que la camarera se acerca para preguntar si ya estoy lista para pedir, pero le digo que prefiero esperar un poco más. No noto cuánto tiempo me quedo mirando hacia el cielo, pero el celular es el que me trae de nuevo a la Tierra cuando comienza a vibrar.

Lo tomo y leo el mensaje de Sam.

«¿Dónde estás? ¿Encontraste un restaurante?»

«Sí. Ahora te paso la dirección» respondo al instante. No me di cuenta de que no les había enviado la dirección a mis hermanos. Por un momento me olvidé de que me iba a juntar con ellos, pero gracias a Dios, Sam me lo recuerda.

Aprovecho que ya tengo el celular en la mano y marco el número de Chris. Mi mejor amigo debe estar arrancándose los pelos por no saber de mí o de mis hermanos. Tan solo me fui de la nada sin dar explicaciones a nadie. Estaba tan desesperada por ver a mi padre que me olvidé de mis amigos. Le debo esta explicación; lo último que me falta es que mi amigo, Chris, y su hermano, Carter, se enojen por no contarles lo que pasa. Espero que de igual manera no esté enojado ahora. Me parte el alma pensar que Chris podría enojarse conmigo. Nunca lo hizo y no quiero que esta sea la primera vez.

Un pitido y luego otro se escuchan en la línea antes de que la voz de mi amigo suene con preocupación.

—¡Al fin, Natalie! ¡Te mandé millones de mensajes, maldita sea!

No sé qué responder. Está enojado y molesto; la irritación se percibe en su voz. Pero no puede enojarse mucho tiempo conmigo, él me adora como nadie. No puedo formular ninguna excusa antes de que vuelva a hablar, ahora un poco, solo un poco, más tranquilo.

—Dime dónde estás, o están, mejor dicho. No hay nadie en su departamento. Damon no atiende su teléfono y no sé el de su hermana como para llamarla a ella. Y tus hermanos... no tengo idea. El teléfono se me cayó y se me perdieron todos los contactos. De suerte pude sacarle el celular a Carter para mensajearte —comienza diciendo a modo de reproche. A la vez, su preocupación me hace sonreír. Solo bastaba escuchar su voz, por más molesta que suene, para que me ponga de un mejor estado de ánimo.

—Chris, tranquilízate y te lo explicaré —intento tranquilizarlo mientras le hago una seña a la camarera que de nuevo volvió a mi mesa para de seguro preguntar si quiero pedir algo. Ella se aleja con una expresión de exasperación en la cara mientras guarda de nuevo la libreta en el bolsillo



de su delantal blanco. Me encojo de hombros; no me importa su actitud; escucho que Chris suelta un bufido.

—¿Me dirás la verdad o me mentirás?

—Nunca te mentiría —contesto dolida.

—Estuviste días ignorando mis llamadas y mensajes, ¿por qué no me creería que podrías decirme mentiras? Puede ser que me hayas ignorado, porque no puedes decirme algo y ahora que puedes hablar conmigo te hayas inventado alguna excusa fácil.

—¡Chris, no pienses eso! Nunca te mentiría, no es necesario que te la agarres así conmigo. No vi tus llamadas, lo juro.

—Bien, bien, dime la verdad. —Al fin se rinde, pero sé que lo hace a regañadientes. Quiere seguir discutiendo, por la razón que sea. Al parecer tuvo un mal día, nada le afectó tanto como el que no le haya devuelto las llamadas, las cuales nunca vi, por cierto.

—A mi padre lo atacaron, ¿sí? Tuvimos que venirnos y me olvidé por completo de avisarles. Lo siento mucho.

—¿No me mientes? —pregunta susurrando y sé que mi respuesta le duele, porque todo lo que me duele, lo siente él también.

—No te mentiría con algo así. ¿Entiendes lo que te digo? Solo... no se me pasó por la cabeza llamarlos y tampoco vi tus llamadas, mejor dicho, las de Carter si es que usaste su celular.

—Está bien, te creo —sentencia y suelto un suspiro—. Pero... ¿qué pasó con Damon? Él... lo sabe ¿no es así?

—Sí, lo sabe —confirmo cambiando de forma radical mi tono de voz sin darme cuenta.

—Y... ¿Qué hizo? —La pregunta del millón. ¿Es que todos ahora quieren preguntarme sobre la actitud que tuvo Damon al saber esto? ¿Por qué?

—Bueno, se enojó y mucho. Evitó mis llamadas todos estos días hasta que hoy a la madrugada me llamó totalmente borracho.

—¿Damon borracho? ¡Qué locura!, nunca me lo imaginé ebrio...

—Ni yo —suspiro y comienzo a jugar con la punta de una servilleta que tengo en la mesa.

—Entonces... ¿por qué se embriagó? ¿Te dijo algo? —pregunta y quiero encogerme de hombros, pero no me vería.

—La verdad es que apenas podía decir alguna palabra bien. Aun así, llamé a Rick, quien me dijo que es difícil para él tener que alejarse de las personas, bueno, que las personas que quiere a su lado se alejen, mejor dicho.

—Pero... ¿por qué?

Dudo en decirle la respuesta a esa pregunta, pero es mi amigo y nunca le mentaría. Tengo que contarle, aunque sea un poco, lo que le sucedió a Damon. No puedo mentirle ni tampoco ocultarle la verdad. Me odiaría a mí misma. Sin embargo, también deseo descargarme, liberarme de aquel peso, de la preocupación que llevo encima. Es mi amigo, confío en él. Quizá hasta pueda darme consejos sobre mi siguiente movimiento.

Antes de contestar, respiro hondo para intentar que mis palabras no me hieran más de lo que ya lo hacen al decir las en voz alta.

—Al parecer relaciona mi ida con algo de su pasado, siente que lo voy a dejar de la nada, sin explicaciones o algo así.

Sinceramente, lo entiendo. Perder a alguien es lo peor que te puede pasar. Mi madre murió también, solo que no se... mató como la de Damon. Ese vacío que dejó en mí nunca se fue, tan solo... lo dejé muy dentro. Damon debe estar mucho peor que yo, pasó por peores cosas en relación con su madre; ella y todo ese pasado le dejaron ese trauma.

—Mmm... entiendo, sigue —murmura y sé que piensa en todo esto con detenimiento. Me duele hablar de esto, mucho más sin Damon presente. Es como si contara un secreto muy íntimo a todo el mundo, pero no lo hago. Solo... necesito contarle algo de lo que siento y pienso acerca de Damon a alguien y qué mejor que mi querido Chris. Sabe escuchar y no critica, da buenos consejos y nunca juzga. Es el mejor de todos.

—Tan solo... pensar en esas cosas hace que me sienta mal y, a la vez, enojada. Mal por el hecho de que su pasado fue un horror, y enojada por lo que lo hicieron vivir y presenciar, sea o no intencionalmente.

Me abro con mi mejor amigo de la única manera que puedo. Hablar de cosas profundas y personales nunca fue mi fuerte. Lo típico de mí es guardar todo dentro y hacer que no existe, o bueno... ignorarlo también es la palabra correcta. Pero no siempre puedo pasar por encima de ello sin tener algún recuerdo en el camino. No sé cómo expresarme o sacar todo lo que hay dentro, en lo más profundo de mi interior.

—Bien, no sé qué decir. Es duro haber pasado por tanto, pero lo entiendo. Supongo que Carter pasó por algo horrible antes de que mis padres lo adoptaran. La verdad, nunca quiso hablar de eso con detalle.

—Qué pena por Carter. Es bueno que los tenga a ustedes.

—Sí, eso creo.

En ese momento, la camarera vuelve, me hace un gesto y se marcha, por lo que decido hablar con mi amigo después, para estar más tranquilos y sin interrupciones. Podríamos hablar de otra cosa no tan importante para que mis ánimos se recuperen.

—Chris, mis hermanos llegaron, tengo que colgarte —anuncio con una pequeña e inocente mentira, mientras escucho un ruido bien fuerte del otro lado de la línea.

—Está bien, Nat. Carter acaba de llegar, así que le contaré dónde estás. Por cierto... no me lo dijiste. —Suelta una leve risa y puedo escuchar que la voz de Carter resuena cerca de Chris que anuncia su llegada.

—Estoy en Wesley Chapel. Por cierto... ¿cómo es que atendiste tu teléfono si me dijiste que estaba roto? Te llamé a tu número, no al de Carter, Chris. —Eso es algo que quería preguntarle desde el principio.

—Uso uno de mis antiguos celulares, con el mismo número. Es feo y viejo, pero es todo lo que tendré hasta que me compre otro —contesta restándole importancia, mientras luego le grita a Carter dónde se encuentra.

—Oh, bien. —Me río y me despido rápido cuando, esta vez, es un mesero el que se acerca a mi mesa y no la mujer irritante de antes.

El chico me sonrío y no puedo esperar más a que mis hermanos lleguen. El aire gélido que viene a la par de la lluvia ataca durante un segundo más fuerte de lo normal. Mi piel se eriza debajo de mi suéter de lana y, como reflejo, me paso la mano por mi brazo para calentarme un poco. Mientras, veo al camarero llegar a mi mesa y me pregunto si allí dentro también está tan frío. No lo creo, el tipo lleva apenas una camisa larga junto con unos pantalones de trabajo negros y el mismo delantal que llevaba la anterior mujer.

Acomodo mi gorro de lana en mi cabeza y le sonrío de vuelta al camarero.

—Disculpe, señorita —dice con su voz ronca y con un acento un tanto... peculiar. Eso es lo que más llama la atención, aparte de sus hermosos ojos de color azul celeste, los cuales resaltan de forma espectacular gracias a su cabellera negra muy despeinada, sin mencionar que la palidez de su piel le da un aire tierno, todo lo contrario a la frialdad de sus ojos. De lejos parece tener un cuerpo común, apenas con músculos, pero ahora lo miro con más detenimiento y me doy cuenta de que es bastante fornido a comparación de lo que me imaginé. Su sonrisa es perfecta y sé al instante que es la imagen publicitaria del lugar. Tal vez lo utilizan para hacer llegar más clientela. Hay personas que quizá asistan aquí solo para verlo. Las adolescentes de mi antiguo instituto lo harían, al menos.

Flexiona levemente su brazo y busca en el bolsillo de su delantal, para luego sacar una libreta de allí dentro. Ante tal movimiento, su brazo se hace aún más grande y tengo que apartar la vista para no ruborizarme. Es el primer chico que veo que está cerca de tener la misma medida de músculos en los brazos que Damon, aunque mi novio por ahora lo pasa por mucho,

pero algo es algo. Este chico no debe tener más de 18 años, por lo que es una gran sorpresa encontrármelo en esta forma... tan parecida a la de Damon.

Da igual, siempre voy a elegir a Damon por más que el chico frente a mí tenga más músculos que él.

Le sonrío, pero parece ser más una mueca que una sonrisa en realidad.

—Señorita, creo que ya es hora de pedir. Lleva aquí más de cuarenta minutos y si quiere quedarse, tiene que pedir algo —dice y asiento con entendimiento. Supuse lo que quería decir, pero me da risa que la mujer que me quería atender haya tenido que recurrir a este lindo chico para hacerme pedir algo.

—Claro, solo querría esperar a mis hermanos, pero por lo que me dices no tengo opción más que pedir. —Él asiente mientras una mueca parecida a la mía se hace presente en su nariz—. Por ahora pediré un café con leche, por favor. Esperaré a mis hermanos para pedir otra cosa. Gracias.

Anota mi pedido en su pequeña libreta y me sonrío, dejando ver unos blancos dientes que parecen de propaganda mientras guarda su libreta de nuevo en su delantal.

—Por cierto, soy Sebastian West. Si necesitas algo, para comer o cualquier cosa, estoy a tus servicios —comenta y de inmediato sé que esas palabras tienen doble sentido y que me coquetea. No se me da bien coquetear; la verdad se me da fatal. Pero aun así me da gracia verlo intentar algo. «Lo siento, lindura, mi corazón pertenece a otro.» Quiero decirle eso, pero creo que sería de muy mala educación, así que afirmo con la cabeza, haciendo como si no hubiera entendido su doble sentido.

—Está bien, gracias. —Está por darse la vuelta, pero lo llamo para hacerle la pregunta que tanto quería desde que me habló—. Uh... ¿podrías decirme de dónde eres? Sé que suena raro, pero tu acento hace que me interese saberlo. Me tiene algo... intrigada.

—Soy de Italia, pero viví también en el Reino Unido antes de mudarme aquí —responde con algo de dureza. Al parecer no le gusta que le pregunten eso, pero lo tenía que hacer. Los acentos son algo que intriga a las personas por más que sea un desconocido al que le preguntes. No es mi culpa estar interesada en saber de dónde viene ese acento.

—Está bien, otra vez gracias.

Se aleja con rapidez, tomando distancia del aire frío y se adentra en el que parece un interior cálido, todo lo contrario a lo que es aquí afuera.

Mis hermanos llegan un poco después, justo cuando termino mi café; se ven agitados por la corrida que de seguro se tuvieron que dar para llegar del auto hacia el restaurante y no mojarse.

Me sonríen levemente los dos antes de sentarse uno al lado del otro frente a mí.

—¿Por qué tardaron tanto? —cuestiono para comenzar alguna plática.

—Ty no se quería ir; con suerte logré sacarlo del hospital a empujones. —Sam es el que contesta, reprendiendo a su hermano con el ceño fruncido.

—No es mi culpa querer quedarme con papá —se defiende el otro gemelo volteando los ojos con molestia.

—Bueno, no importa. ¿Qué quieren comer? —Sam nos da una ojeada antes de adentrar su mirada al menú que me saca de las manos.

—No tengo mucha hambre. —Jugueteo un poco más con la servilleta mientras miro a mi alrededor. Tan solo unas pocas y solitarias personas decidieron sentarse al igual que nosotros afuera. Todo en mi entorno es colorido, todo lo contrario al grisáceo paisaje de hoy.

—Tienes que comer, Natalie. Hoy no desayunaste, tan solo tomaste café al igual que lo hiciste ahora. Te voy a pedir un sándwich, simple y rico. Puedes comer solo la mitad si quieres, pero come.

Asiento. Mi hermano odia cuando no como, porque sabe que algo anda mal. Soy de esas personas que aman la comida y cuando la rechazo, es porque algo me pasa. Por eso, no quiero preocuparlos por mi falta de apetito, por lo que acepto aquel medio sándwich que me trae el mesero italiano. Está rico, pero no hace nada por quitar ese malestar que siento.

Mis hermanos piden lasaña, algo perfecto para el tipo de clima que tenemos hoy. Tiene una pinta estupenda, lo tengo que admitir, y ellos la degustan con admiración absoluta.

—Bueno, ahora sí podemos hablar de lo que quieran —comienza diciendo Sam—. Pueden... abrirse con sinceridad. Es nuestro almuerzo de hermanos, no nos vendría mal sincerarnos ¿no? —Se detiene y lleva otro pedazo de lasaña a su boca con el tenedor—. Habla tú primero, Ty. Cuéntanos sobre Lili y su «relación de amor odio». Lo único que sé es que te la follaste y la dejaste.

Esperen, eso no se lo dije, nada de lo que Tyler me contó. ¿Es que Ty se lo dijo? Eso debe ser, porque mi boca no fue abierta.

—Le pedí disculpas por todo e intenté que confiara de nuevo en mí. ¿Saben? Lili no es una mujer fácil. —Ty niega con la cabeza, pero luego sonrío inmensamente—. Pero nadie puede ignorar y rechazar el encanto Lawler.

—¿Y qué hiciste? Bueno... ¿Ella qué hizo?

—Me dio una oportunidad. Estuvimos bastante tiempo saliendo a escondidas para que ninguno de ustedes nos viera y piensen que podría haber mucho más. No pensábamos que iba a funcionar, pero me sorprendió el hecho de que disfruté de cada momento con ella. Las salidas, las comidas... y todo eso.

—¿Te dejó sin sexo, no es así? —lo corta Sam con una mirada divertida. Mi otro hermano suspira aún sin quitar la sonrisa de sus labios.

—Durante más de un mes —afirma.

Sam comienza a carcajear, pero aun no logro entender algunas cosas. ¿Qué es lo que tienen ahora entonces?

—¿Ahora qué son? —cuestiono con el ceño fruncido. Por más que no pase mucho tiempo con la hermana de Chris, no me gusta pensar que mi hermano y ella podrían estar tan solo jugando. Eso no me gusta, la idea me aterroriza. No me gustaría para nada que salga herida al final de todo esto y mucho menos quiero que de alguna forma mi hermano se perjudique también. Él es sensible, pero supongo que Lili lo es mucho más. Los dos estarían destrozados si sus sentimientos crecen y, en realidad, no son nada. Pueden engañarse entre sí. —Digo... ¿novios, amigos con derecho...?

—Ni idea. —Tyler se encoje de hombros.

—¿Y quiere tener algo contigo?

—Yo... no lo sé.

—Dime algo. —Ya estoy enfadada por la poca cooperación que da mi hermano—. ¿Quieres algo serio o solo probarte a ti mismo que puedes volver a tener a la chica que te rechazó? —Soy directa. No me gusta que mi hermano juegue con las mujeres solo por su orgullo. Los hombres son estúpidos cuando de orgullo se trata y no excluyo a mis hermanos de ese pensamiento. Todo lo contrario, los incluyo y los pongo en la cima de la lista.

Veo la duda en los ojos de mi hermano y de reojo noto que Sam presta suma atención a su gemelo. Está tan interesado como yo de lo que nuestro hermano pueda responder.

—Me... me gusta... —susurra tan bajo que, si no fuera por el hecho de que estoy casi pegada a su cara, no lo hubiese escuchado. Aun así, me hago la estúpida y le pregunto de nuevo. Lo repite, solo que un poco más fuerte para que nosotros lo escuchemos—: Ella me gusta.

—¿Y por qué no le pides ser novios? ¿Qué esperas? —Sam hace la pregunta que yo quería hacer.

—Porque no sé si querrá o no. No sé lo que piensa de mí...

—Eso es lo más estúpido que escuché en mi vida —prácticamente exclamo—. ¡Por Dios! Aceptó salir más de un mes y medio, ¿por qué no querría estar contigo? Vamos, todos sabemos que se hace la dura para hacerte sufrir.

Tyler lleva su mirada hacia la de su hermano gemelo, para que le confirme que mis palabras son ciertas, que Lili está colada por él. Sam afirma con la cabeza y Tyler deja caer la suya para enterrarla en sus manos con gesto de derrota.

—Sé que ella es difícil, pero ¿no crees que vale la pena ese esfuerzo? —susurra Sam.

—Sí, lo vale.

—Entonces ni bien volvamos a Filadelfia, quiero que tu gran trasero se dirija directo a la casa de Lili para pedirle ser tu novia.

—Lo haré. —Tyler, ahora mucho más decidido que antes, sonrío levemente, y sé que lo que siente es terror por lo que ella pueda responder, pero estoy segurísima de que le dirá que sí. Sería una estúpida si no lo hace. No sabe lo que se pierde.

Seguimos comiendo mientras hablamos de nosotros mismos y nos sinceramos como nunca lo habíamos hecho. Ninguno tiende a abrirse con frecuencia y siento que necesitábamos con urgencia hablar de lo que nos preocupa y de lo que no. Por más que dejé de comer antes de terminarme medio pedazo del sándwich que me pedí, disfruté de la alegría que vive Sam con Emma.

Nos relata de forma breve sus aventuras y excursiones, o citas también, que tuvo con mi amiga. Me hace feliz oír lo bien que la pasan. Por una vez desearía tener la paz que ellos tienen. No hay problemas en su relación, no hay boxeadores secuestradores que le hacen la vida imposible. Tan solo... tienen un noviazgo tranquilo y común. Una parte de mí quiere tener esa paz, pero a la otra parte le encanta toda esta emoción que la vida da como obstáculo. Al final de todo siempre me siento orgullosa de haber salido adelante.

Aun así, el miedo de no poder sobrellevar esos obstáculos me persiguen de manera constante.

Por mi parte, les cuento sobre todo lo que viví con Damon desde el principio hasta el final, algo que con insistencia pide Tyler que cuente. Por eso hago todo un resumen de mi vida con Damon desde que lo conozco. Obvio, les cuento todo a excepción de las cosas íntimas que tuvimos Damon y yo, como nuestra primera vez y todas las demás veces que hicimos el amor

(las cuales las dejo para nuestra preciada intimidad), al igual que también omito su pasado.

Me escucharon con atención, suma concentración en mis palabras, mientras que a la vez mis hermanos pidieron postre. Supuestamente querían escuchar nuestra loca vida con algo de dulce. Dicen que el dulce lo hace mucho más emocionante de lo que es, tal y como son las películas. Son sus palabras, no las mías.

El tiempo se nos pasa volando; no sé cuántas horas nos quedamos en ese restaurante, pero cuando pagamos y nos vamos de allí, miro el reloj y veo que son más de las cuatro de la tarde. No me había dado cuenta de todo el largo rato que hablamos hasta ahora.

Vamos hacia el auto caminando, ya que tan solo está aparcado a unos pocos metros del restaurante. Tyler juguetea con las llaves del coche, Sam manda mensajes a alguna persona y yo me limito a caminar detrás de ellos con la vista fija en el cielo. Sigue lloviendo, esta vez un poco menos que antes, pero sé que solo es el comienzo de otra gran lluvia. Sam frunce el ceño y eso lo noto ni bien bajo la mirada del cielo grisáceo cuando llegamos al auto. Un segundo después intenta disimular una sonrisa. Pero la veo, es imposible no mirarlo cuando se sonroja por contener aquella carcajada que sé que quiere soltar. Estoy tentada por preguntarle qué sucede, pero me retracto al instante. Puede ser una conversación íntima con Emma y no quiero meterme en eso.

El viaje es un poco más largo de lo que pienso. Tardamos veinte minutos en llegar de nuevo al hospital. Los caminos están mojados, por lo que la velocidad con la que Tyler conduce es mínima. Por más que casi no haya autos en la calle, ninguno quiere correr el riesgo de chocar y ser otro de los Lawler que esté tendido en una cama de hospital.

El doctor Staller se encuentra tocando botones y supervisando todas las máquinas cuando entramos en el cuarto de mi padre, quien sigue en la misma posición, con la piel pálida y unas ojeras enormes bajo sus ojos cerrados. Todos saludamos al doctor con un leve «hola», que es mucho menos entusiasta que de costumbre. A todos se nos baja el ánimo ni bien entramos al hospital.

Sin embargo, el doctor Staller no hace caer su sonrisa, sino que esta crece un poco más cuando todos nos sentamos en nuestras respectivas sillas, en las cuales de seguro estaremos sentados hasta altas horas de la noche.

Acercó mi silla mucho más a la camilla y recuesto mi cabeza en el colchón, junto a la mano grande de mi padre. No dejo que las lágrimas salgan de mis ojos, las retengo lo más que puedo. No quiero llorar. No tengo ganas, ni fuerzas. Estoy cansada de hacerlo. Tan solo espero el momento en el



que William abra los ojos y nos encuentre allí. Quiero que sea pronto, ya si es posible. Lo necesito y lo quiero a mi lado. Las millones de preguntas que tengo para él son para mucho tiempo después, para cuando esté lo suficientemente bien como para responder a todas con claridad y sin dudas.



Tan solo unas horas después, mis hermanos deciden volver a casa. Me niego de forma rotunda; quiero quedarme toda la noche con mi padre, ya que la anterior no lo hice, pero ellos no aceptan un no por respuesta.

Se me hace extraño, ¿por qué no querrían que me quede en el hospital con papá?

En toda la tarde se comportaron extraños. No entendía por qué miraban sus celulares con frecuencia, tampoco el motivo por el que se comportaban con nerviosismo al hablarme o mirarme. Me pregunté aquello, sin intención de decírselo de frente, mientras las horas pasaban cada vez más con mayor lentitud.

Insistían e insistían en dormir en casa, algo que no me agradaba mucho. Los recuerdos son lo que odio; revivir a cada rato lo sucedido, caminar una y otra vez por uno de los lugares en los que aquello sucedió. Me avergüenza recordar, me enoja, me frustra, me pone mal. Odio las miles de emociones y sensaciones que mi pasado me hace vivir en el presente.

En algún momento me decidí a llamar a Carter y hablarle sobre cualquier cosa para nada importante. Intentamos charlar tanto como pudimos, pero tuvimos que cortar en el momento en el que se tenía que ir a no sé dónde. No me preocupé y lo saludé de manera afectuosa antes de colgar la llamada.

Mientras ahora me levanto de mi asiento, luego de escuchar de nuevo la voz de Sam pedirme (obligarme) a irme con ellos a casa, pienso en el hecho de que hoy no recibí ninguna llamada de Damon.

Eso me preocupa. Puede ser que se haya olvidado de toda la conversación que tuvimos, por menos importante que fuese esta, y eso no me cae bien. No me gusta la idea de que se olvide de alguna conversación que tuvo conmigo. O puede ser también que se haya acordado de todo, pero que lo haya tomado como un sueño.

Uf, me irrita pensar en estas cosas malas.

Refunfuñando, por no querer volver a casa, pero haciéndolo de igual manera gracias a que prácticamente me arrastran con la silla por el pasillo del hospital a los ascensores, me subo al auto mientras miro cómo mis hermanos hacen los mismos sonidos desganados que yo hice con anterioridad.

No les hablo, no los miro ni les dirijo nada de atención, o eso es lo que les hago creer al recostar mi cabeza sobre la ventana. Sigue lloviendo con fuerza y eso es lo único que hace que quiera salir para tomar aire. No lo hago, sin embargo, muy a mi pesar.

De reojo, veo que Sam, antes de arrancar el coche, se pasa la mano por su desordenado cabello mientras mira directo a los ojos a Tyler. No sé qué se dicen con esa mirada, pero sé que traman algo. No estoy muy convencida de qué, pero de seguro es algo grande. No creo que mis hermanos puedan ocultar mucho tiempo algo pequeño por decir, pero si es algo grande, hacen todo lo posible por callar la ansiedad que les crece dentro por decir lo que se traman.

Los conozco lo suficiente para decir con certeza que lo que tienen entre manos es algo grande.

Minutos después llegamos a casa y Fernanda tiene preparado para la cena unos fideos con salsa que tienen un olor exquisito que te hacen desear probarlos con desesperación.

En verdad, están tan buenos como lo imaginé. Pensaba que no tendría hambre, pero los fideos de Fernanda siempre pueden conmigo. Mis hermanos comen a la par, saboreando a medias y tragando casi sin masticar. Fernanda come con nosotros; su hija por suerte decidió llevarse la comida a su habitación. Estoy segura de que solo lo hizo porque estaba yo. Si no hubiera estado yo sentada aquí, gustosa comería en esta mesa con la vista de mis hermanos casi al desnudo. Tan solo llevan puesto sus pantalones de pijama, con el torso descubierto y los pies descalzos; algo que de seguro no notó o se habría quedado aun con mi presencia.

Como dos platos repletos de fideos casi sin respirar. Están tan buenos que no puedo parar de servirme más y más. Prácticamente me los devoro yo sola.

Mis hermanos no se quedan atrás, pero Fernanda se limita a servirse media porción de lo que yo me habría servido.

Cuando terminamos todos, hago el intento de lavar los platos, pero rápido Fernanda me echa de la cocina para que no haga su trabajo. Me molesto con eso. No la considero un ama de llave como otras personas la considerarían; la trato más como a una madre.

Sam me despide con un beso rápido en la frente y, para mi sorpresa, lo hace con una sonrisa inmensa. Pensaba que me harían algo, pero al parecer no es así. Por ahora no logro ver ningún signo de maldad hacia mí, sea por jugar o no.

No sé qué les pasa por la cabeza a mis hermanos. Sonríen mucho hoy y eso me da mala espina. Tendríamos que estar todos deprimidos por papá, pero solo tienen una sonrisa feliz en la cara... sea por la razón que sea.

No le doy más importancia y abrazo a Ty antes de entrar en mi habitación. El pijama me lo puse un segundo antes de cenar, por lo que solo me meto en la cama con rapidez y cierro los ojos, con la intención de dormir, pero la voz de mis hermanos en el pasillo hace imposible mi misión.

No puedo evitar escuchar.

—...que nos culpe por no decir nada... —Tan solo son susurros, pero de tan silenciosa que está mi habitación, pueden escucharse mucho más que las gotas de lluvia chocar contra la ventana. Mis hermanos no quieren que nadie los escuche, pero para su mala suerte lo hago con bastante claridad.

—Estará tan distraída que no nos prestará atención. —Esa es la voz de Sam, quien le responde con un tono bajo a su hermano gemelo. No sé de qué hablan, tal vez tenga que preocuparme, o no. Estoy confusa y desconozco qué pretenden. Me intriga, pero a la vez me aterroriza.

—Cierto, de igual manera no quiero llevarme su bronca solo por no decir nada con anterioridad.

—Falta poco, hermano, y podremos ver una sonrisa genuina de su parte. Solo espera.

Así es como termina la conversación, o eso supongo al notar que cada vez sus voces se hacen más bajas. Sé que se alejan, pero no tengo ni idea si es porque terminaron con su pequeña charla o por otra cosa.

Un segundo después, no tengo nada más en la cabeza que no sea dormir y soñar con algo lindo, nada del otro mundo. Con tal de despertar con buen humor, no algo como hoy a la mañana, y ser «la misma» Natalie de siempre, a excepción de que no quiero tener nada de pensamientos, sobre todo. Odio esa parte de mí, así que casi rezo para que mis deseos se cumplan. Pasé por mucho y no quiero estar con más problemas sobre mis hombros. Los pensamientos son mi peor enemigo.

Caigo en un profundo y relajante sueño minutos después, deseando que la mañana siguiente sea mucho mejor.



## CAPÍTULO



Tengo la sensación de que me estoy ahogando. Hace calor, un calor que no se puede soportar. Mi cuerpo no puede moverse por más que haga fuertes intentos, solo logro respirar con dificultad mientras mi cabeza, aún sumida en un profundo sueño, comienza a revivir mi pasado como si fuese una vieja película de terror.

Recuerdo las manos de todos sobre mí, mi piel arde con terror y confusión. Furia. Enojo. Todo tipo de emociones que no sabría describir. Entro en pánico con rapidez y me siento sacudir, pero no reacciono ni doy señales de despertar. El pasado atormenta mi cerebro con imágenes asquerosas que no quiero recordar. Las caras de los tres hombres frente a mí, que quieren paralizarme sobre mi cama, los gritos de ayuda que salían de mi garganta con pánico resuenan en mi cabeza y me hacen estremecer. Sé que solo estoy soñando, un sueño tan realista que llega a asustar mucho más, pero no puedo despertar, por más que quiera abrir los ojos y alejarme de este sufrimiento vivido hace casi dos años, no puedo hacerlo.

De un segundo para el otro, ya no soy la Natalie que lo vive en carne propia, sino que soy un... espectador más, viendo todo desde otro ángulo.

Había una expresión de terror en mi cara, la recuerdo muy bien. Pensaba que era un chiste de mal gusto, pero luego de pelear, o de intentarlo, con ellos, los golpes que vinieron después no eran pertenecientes a un chiste o sueño. Eran duros, fuertes, las manos de todos estaban sobre mí sin pudor, me tocaban, se aprovechaban de que no podía defenderme, me pegaban, me hacían sufrir algo que nunca creí.

Pero intenté ser fuerte. En este sueño no soy la que lo vive, pero siento el dolor que una vez sentí. Puedo verme en esa situación de alguna manera, pero ninguno de los tres hombres se percató de mi presencia. No sé si es porque no me notan o porque soy invisible. Sin embargo, me acerco un poco más para seguir mirando la escena frente a mí, por más que no quiera revivirlo. No puedo alejarme ni dejar de mirar.

Mi ropa ya ha sido rasgada, y las últimas prendas que me quedan son la remera de pijama y las bragas. No hay casi nada de luz en la habitación, a excepción de la única lámpara prendida sobre mi mesa de noche, la cual es la única que me ayudó en ese momento a reconocer a dos de las siluetas de las tres que estaban junto a mi cara cuando estaba dormida en mi cama.

El cuerpo frente al mío, en esta pesadilla, casi desnudo, comienza a temblar mientras se escuchan más y más gritos. Los tres tipos no tienen intenciones de soltar mi cuerpo o de parar de tocarlo y de pegarle. Lastiman mi abdomen, mi rostro, tiran de mi cabello y me dan puñetazos cuando me defiendo rasguñando la primera parte que encuentro de sus cuerpos.

Desde mi posición, veo mi cuerpo que es torturado, y todo lo que doy por defenderme y no dejar que sigan con su diversión. No tengo tiempo de sentirme raramente orgullosa, porque de repente, uno de los tres tipos comienza a desabrocharse el cinturón que sostiene sus pantalones. Es un hombre bajo, con un poco de barriga y de unos 50 años, más o menos. Me aterro mucho más. Es el hombre que no logré reconocer, el único que no pude identificar de los tres que estaban en la habitación.

Cuando ya sus pantalones están bajos y su cinturón se mantiene en su mano, decido hacer lo que menos debería hacer; «mi otra yo» golpea su parte íntima ni bien se acerca lo suficiente y sigue dando patadas a todos lados para que no se acerque. Pero el hombre no se queda parado sin hacer nada y lleva a cabo algo mucho peor. Toma de nuevo el cinturón, el cual se le había caído cuando lo «pateé», y comienza a golpearme por todos lados. Los otros dos me retienen y aprecian con los ojos bien abiertos cómo voy teniendo cada vez menos fuerzas. Pido a gritos ayuda, pero la casa es tan grande que de seguro nadie escuchará. En realidad, no hay nadie, por lo que mi futuro de seguro terminaría aquí, sola y sin compañía. No resistiré al sufrimiento que me hacen experimentar.

Mi cuerpo en esta pesadilla comienza a sangrar, los cortes causados por el grueso cinturón se hacen menos visibles cuando la sangre me cubre por completo. Son tantos tajos que no pueden contarse ni con las dos manos. Me siento desfallecer por unos segundos, por más que solo lo vea todo desde lejos, también lo siento como si lo viviese de nuevo, pero luego reacciono y no sé con qué fuerza vuelvo a patear a mi agresor y lo dejo en el piso con un dolor de huevos.

Los dos individuos hacen el intento de sostenerme con más fuerza, pero logro zafar mi mano de uno de sus agarres para tomar algún objeto cercano a mí y golpear al tipo que más próximo tengo de ese lado.

Lo golpeo con fuerza, temblorosa y rudamente sin pudor; no lo pienso dos veces. Aquello causa que caiga hacia atrás con las manos apretados con fuerza sobre la cabeza.

Mi cuerpo casi fantasmal se acerca con rapidez al de mi sueño e intento ayudarme a mí misma a levantarme, pero mi ayuda no sirve para nada. No soy de carne y hueso, solo soy un ¿espíritu? que presencia todo esto.

El «otro yo» de mi sueño grita cuando un puño choca contra su mejilla y sigue pateando para alejar a la última persona que la mantiene agarrada. Veo que, con cansancio, mi cuerpo se zafa de nuevo de un agarre y se arrastra lo más lejos posible de aquellos hombres.

Sé que mi yo del sueño no quiere mirar hacia atrás para no ver cómo los hombres se levantan para dar pelea. Pero de igual manera los siento correr hacia mí con rapidez justo cuando llego al borde de las escaleras. Estoy cansada, sin fuerzas y adolorida de pies a cabeza. No puedo hacer nada más que arrastrarme. Noto que mis ojos pesan al estar hinchados por los golpes.

Pareciera que estoy viviendo en vivo y en directo una película de terror, solo que la mía es real.

Pero antes de que suceda otro de los peores momentos de mi vida frente a mí, escucho una voz entrecortada penetrar esta neblina de recuerdos que hay a mi alrededor. En el pasado nunca hubo una voz que me llamara de esa forma. No había nadie más que yo en la casa.

Busco con desesperación el sonido de una voz ronca que hace que me olvide al instante de lo que acabo de presenciar. Me distraigo y ya no me importa ver lo que sucede frente a mí. Lo viví una vez, no quiero volver a vivirlo. Pero algo me retiene a seguir viendo otra vez todo lo que quiero dejar atrás.

—¡Nat! ¿Natalie? Por favor, reacciona, Nat.

La voz suena desesperada y corro de un lado a otro para encontrarla. El lugar frente a mis ojos comienza a desfigurarse hasta el punto de desaparecer y en su lugar deja una habitación blanca. No entiendo qué me sucede, tengo tantas ganas de escuchar más de cerca esa voz que no sé qué hacer para lograrlo. Corro y corro de un punto al otro, pero no hay nada, no hay objetos, ni paisajes. Solo... blanco y más blanco.

Un sollozo retenido sale de mí. No solo por ver el pasado, sino por frustración al no poder despertar del sueño.

Poco a poco, comienzo a sentir cosas. Son... tranquilizadoras. Mi piel hormiguea con una sensación cálida que me cubre por completo. Ya no soy un fantasma sin vida en el sueño, veo mi piel y la percibo tal y como normalmente la siento. Carne y hueso.

Sonríó apenas, mientras aún las lágrimas corren por mi mejilla y miro otra vez a mi alrededor, el cual comienza a hacerse más y más brillante hasta cegarme por completo y hacerme cerrar los ojos con fuerza por la intensidad del brillo.

Allí es cuando despierto. Me reincorporo en mi cama, asustada y no quiero abrir mis ojos por las dudas de seguir viviendo la causa de mis pesadillas. Siento algo que acaricia mi brazo y abro los ojos al instante, sin quererlo en realidad. Pero la curiosidad y el horror hacen que mis párpados se abran sin mi consentimiento.

Sin embargo, lo que veo hace que me replantee de nuevo si estoy o no en otro sueño, alguno mejor esta vez.

Damon está frente a mí, con el ceño fruncido por la preocupación, mientras sus manos y su cuerpo me envuelven de forma protectora para alejar los demonios que me rodean. Un sollozo tras otro sale de mi garganta y mis ojos se empañan con alivio al notar que no es de nuevo el mismo sueño de mi pasado.

—Natalie... —susurra con su voz ronca, lo que logra que mi llanto aumente. Lo siento junto a mí, apretándome. Percibo cómo transpiro y acepto que esto es la realidad, el presente, que está a mi lado y me abraza con fuerza para que no me aleje.

No tengo pensado irme, necesito sus brazos a mi alrededor, lo necesito a él. No sé por qué está aquí, pero se lo agradezco demasiado. Doy gracias de que haya aparecido en el momento justo para alejarme de la pesadilla.

—Por Dios, Nat, respira. No lo haces.

Hago lo que me dice mientras miro aquellos ojos que tanto me cautivan. Mi respiración es rápida, aún con signos de miedo por aquel recuerdo tan vívido.

El aire llena mis pulmones con rapidez, pero no dejo de llorar. Me acerco más al cuerpo de Damon y entierro mi cara en su torso desnudo. Los dos nos encontramos metidos en la cama, solo que estamos sentados en vez de acostados.

El frío de la habitación causa que escalofríos me recorran el cuerpo. Lluève con mucha fuerza allá afuera, y el sonido es el único que se escucha en la habitación, aparte de su respiración agitada y mi llanto. El cuarto está helado, pero el calor que Damon desprende hace que casi al instante me caliente por completo. No sé cómo no tiene frío, mi habitación está congelada y está en cuero, tan solo con bóxer.

No hago preguntas de por qué esta aquí, solo quiero disfrutar de su cercanía y cariño. Está tenso, preocupado y sin saber qué hacer, aparte de



abrazarme y acariciarme mientras sigo moqueando y mojando su torso duro y esculpido que ni siquiera puedo apreciar de la manera que me gustaría.

Minutos después, los signos del sueño espantoso disminuyen una gran cantidad. Percibo que me relajo y dejo que me sostenga en este momento en el que solo puedo pensar en olvidar mi pesadilla. Necesito tenerlo así, abrazándome todo el tiempo, tenerlo a mi lado sin darle explicaciones. Sé que me vio tener este asqueroso sueño e intentó despertarme, pero por alguna razón yo no podía despertar por más que quisiera. Pero ni bien escuché su voz, reaccioné y pude despertar luego de varios intentos. Si él no hablaba, no sé cuánto más tendría que haber sufrido. Tengo la certeza de que tendría que haber vivido por completo todo, sin quedarme a la mitad del sueño como lo hice hoy.

—Chis... tranquila. Sigue respirando que lo estás haciendo bien. Estoy aquí, te tengo. Descansa, cuando despiertes, estaré a tu lado. Estoy contigo, cielo. Te lo juro, no me iré —murmura y cada palabra hace que el corazón comience a latirme con fuerza, tal cual lo hizo siempre.

—¿Qué haces aquí, Damon? —Mi pregunta sale casi inaudiblemente gracias a que mi rostro está pegado a su pecho, pero logra escucharlo.

—Mañana hablamos, Nat. En serio, descansa, estaré abrazándote cuando despiertes.

—No es un sueño, ¿no? —Temerosa, subo mis ojos para encontrarlos con los suyos. En la oscuridad de la habitación, con la luz de la luna como única fuente lumínica, veo sus facciones casi con claridad. Es tan hermoso, que sigo sorprendiéndome al darme cuenta de que es todo mío.

—No lo es —niega con la cabeza con lentitud—. No lo es —repite con más seguridad, logrando que mi pecho se infle con alivio.

«No es un sueño, no lo es.» Está aquí, junto a mí. Y aún no lo puedo creer.

—Por favor, duerme, Nat. Tranquila, estás en mis manos.

No logro responder, porque me quedo observando su belleza, aquella perfección que hace días no veo y que extrañé con desesperación. Su voz está tan ronca como siempre, sexi y cautivadora. Atrayente.

El cansancio va en aumento y me pregunto qué hora es. Es de noche y la luna sigue en el cielo, sin ningún rastro de querer desaparecer durante algunas horas más.

Me acurruco más junto a Damon antes de cerrar los ojos. Él se tira lento hacia atrás para que los dos quedemos tendidos de nuevo en mi cama. Nos tapa con las frazadas, que se encuentran desparramadas por toda la cama. Están arrugadas y un poco mojadas con mi sudor causado por la pesadilla.

Escucho palabras tranquilizadoras que salen susurradas de su boca, lo que causa que el sueño aumente y me da la esperanza de no tener otra pesadilla. Coloco mi cabeza en el hueco de su cuello mientras le rodeo el torso con mi brazo y enredo mis piernas con las suyas.

Me quedo dormida casi al instante, luego de convencerme de que sus palabras son verdaderas, que estará conmigo al despertar.



No sé cuánto logro dormir, pero cuando salgo del sueño, me siento descansada. No me despierto ni por la luz que entra por la ventana, ni por ningún sonido extraño, mucho menos por alguna rara pesadilla, sino gracias a los dulces besos que se esparcen por mis mejillas, mis labios y mi cuello. Son tiernos y cálidos, un delicioso roce sobre mi piel.

Damon se encuentra rodeándome la cintura, pegado a mi cuerpo mientras disfruta de besarme libremente por donde gusta. Lo disfruto también: tenerlo, tocarlo, sentirlo, olerlo... abrazándome de manera protectora me hace sonreír como tonta aún sin abrir mis ojos. El aroma inigualable de Damon hace que lo pueda reconocer con facilidad y por un momento olvido la pesadilla que tuve en la noche. Es tan reconfortante olvidar durante un rato todo lo malo y disfrutar con tranquilidad de las atenciones mimosas de mi novio.

—Sé que estás despierta, Nat.

Abro un ojo y me lo quedo mirando. Se ve tan lindo con la poca luz que entra por la ventana y que lo ilumina desde atrás. Está tan pegado a mí que dudo de que algo de aire pueda pasar entre nuestros cuerpos.

Mis manos están apoyadas en su pecho y siento el calor que desprende. Sigo sonriendo y mirándolo como si fuese todo un dios caído del cielo, porque para mí lo es. Joder, lo amo tanto.

—¿Cómo estás? —pregunta, llevando sus labios de nuevo a mi cara y comenzando con su travesura de besarme por completo.

—Supongo que bien. ¿Qué haces aquí, Damon? —Mi pregunta es seria; sin embargo, mi sonrisa de felicidad no deja mis labios.

—Viajé para verte. No pude aguantarme mucho tiempo sin tenerte cerca. Estos días sin estar contigo fueron toda una odisea.

—Pienso lo mismo... —murmuro y le devuelvo con gusto el beso que se posa en mi boca, cerrando los ojos a la vez.

Me aprieta más contra sí mismo, si eso es posible, y me devora la boca lenta y tortuosamente. Nada desesperado, pero todos sus besos son excitantes, sean lentos o arrasadores.

—Uhm, espera. Necesito lavarme los dientes —le susurro, alejándome un poco de sus insistentes labios, que quieren seguir con el dulce vals, pero en serio necesito ir a lavarme.

—Sabes que no me importa, pero si te sientes más cómoda...

Le sonrío y me alejo corriendo. Cuanto antes termine, más rápido podremos terminar lo que empezamos. Me cepillo los dientes en menos de tres minutos y cuando vuelvo a la habitación, se encuentra en la misma posición, esperándome. Me acurruco en su calor, deseosa por volver a unir mi boca con la suya.

No tarda en corresponder a mis deseos internos; sus labios se acercan a los míos y se mueven con lentitud; las sensaciones dejan mis vellos elevados.

Paso mis manos desde su pecho hasta su nuca e intensifico el beso, quiero que me tome la boca como tanto deseé estos días. Pero no hace caso a mi insistencia y se mantiene firme con lo del beso lento y suave. Me frustró, pero lo disfruto de igual manera. Su lengua se encuentra con la mía y es allí cuando me quedo sin aliento. Quería sentirlo con tal desesperación que, cuando lo siento, no puedo evitar gemir por el contacto tan deseado y anhelado.

Mis piernas, como si tuviesen vida propia, se enredan con las suyas para mantener el calor, mientras Damon recorre mi muslo con la mano para que suba una pierna y la enrolle en su cadera, en tanto que la otra sigue con sus piernas.

Mi pecho, el cual sube y baja con las respiraciones entrecortadas, está pegado al de Damon, mi estómago y pelvis también. No puedo dejar de querer sentirlo por completo. Lo quiero, lo amo, lo necesito. Quiero tocarlo, recorrerlo con mis manos, tenerlo dentro de mí. Sentirlo.

Recorro con mis uñas todo su torso hasta llegar al elástico de su bóxer, pero antes de poder seguir, me detiene colocando su mano sobre las mías y despegando sus labios de los míos.

—¿Qué sucede?

—Nat... solo quiero hacerlo bien. Ni siquiera hablamos de todo lo que pasa y no puedo hacerte el amor hasta que nos arreglemos —dice luego de soltar un suspiro y cierra sus ojos con fuerza antes de abrirlos un segundo después—. No sabes lo que me cuesta no tomarte aquí y ahora, pero no quiero joderlo más. Quiero hacer las cosas bien y no dejarme llevar por los impulsos. ¿Podríamos hablar antes de hacer cualquier otra cosa?

Asiento con la cabeza, mientras miro con anhelo sus labios; los quiero sentir de nuevo sobre mi boca.

—Claro, pero antes necesito un café para enfrentar esta charla.

—Está bien, lo que la dama quiera. —Nos destapa y me encojo por la ráfaga fría que me golpea en ese instante. Tiemblo.

—Si supieras lo que quiero, no estaríamos levantándonos de la cama. Mejor no digas esas cosas. —Ruedo los ojos, un poco frustrada por no poder sentirlo todo lo que quiero.

—Bien, bien. Bajemos, Fernanda tiene nuestros desayunos listos.

—¿Cómo conoces a Fernanda? —Frunzo el ceño y me abrigo a la vez que Damon también lo hace antes de bajar por las escaleras.

—Bueno... me desperté hace una hora y la conocí cuando bajé a prepararte el desayuno. Me lo negó rotundamente, diciéndome que ella lo haría por mí. Es una mujer muy simpática, por cierto.

—Lo es, la adoro —admito y me ruborizo por alguna razón desconocida—. Por cierto... ¿Y mis hermanos?

Llegamos a la cocina y no hay rastros de Fernanda por ningún lado. Hay bandejas de plata repletas de comida para Damon y para mí sobre la mesa. Tiene un olor espectacular y la panza me ruge por probarla. Me sorprende lo rápido que el apetito me cambia. Damon causa eso. La falta de apetito se debió al hecho de estar triste y deprimida por todo lo malo que me pasa en la vida, pero cuando Damon llega, todo siempre mejora de algún modo. Ahora, tengo un hambre tan atroz que hasta podría comer ocho vacas sin problema.

Nos sentamos uno frente al otro antes de que Damon responda.

—Se fueron al hospital.

Me sobresalto al no recordar que tenía que ir al hospital. Me olvidé por completo. Ninguno de mis hermanos me despertó para acompañarlos. Sin duda me dejaron de lado y no entiendo por qué.

—Antes de que hagas todas las preguntas que sé que harás, te las responderé sin que abras la boca. —Sonríe y me guiña un ojo, luego se lleva el vaso de vidrio lleno de jugo de naranja exprimido a la boca. Las ganas de besarlo se intensifican y tengo que morderme el labio para no gemir por lo sexi que se ve al hacer eso.

—Bien.

—Decidimos venir porque...

—¿Decidimos? ¿De qué hablas, tus hermanas también vinieron? —lo interrumpo abriendo los ojos lo que más puedo, sorprendida.

Damon gruñe con frustración.

—Sí, Nat. Ahora cállate así sigo.

—Bien, bien. —Levanto mis manos en forma de rendición y luego le hago un ademán para incitarlo a seguir.

—Al parecer el instituto, por alguna razón que no me acuerdo, dio toda la semana libre de clases. Por lo tanto, le dije al jardín de Elle que no iba a ir durante una semana y le avisé a Rick que me iría. Él pensó que me ayudaría y, en efecto, lo hará, así que me dejó venir. Sin embargo, tengo que entrenar todo lo que pueda. —Sonríe, mostrando todos sus dientes blancos. Me gusta verlo feliz y también poder hablar con normalidad con él. Quiero preguntarle si recibió mi carta, pero no quiero arriesgarme a que me diga que no y así delatarme a mí misma; además, me preguntaría a cada rato qué es lo que decía y en algún momento se lo tendría que contar. Esperaré a que saque el tema si es que la recibió.

A la vez, tengo curiosidad de si me dirá la verdad de por qué se emborrachó. ¿Se acordará?

De igual manera, es un alivio para mi sistema y cabeza que haya decidido venir. Siento todo mi cuerpo relajado desde que me desperté. Ya no tengo tanto peso sobre mis hombros, mucho menos en mi corazón, que está más que lleno de alegría y emoción. No se enojó conmigo por mucho tiempo, vino aquí por mí. No dejó de quererme a su lado, yo tampoco. Tan solo es... perfecto a su manera, con sus cambios de humor, su enojo e impulsividad. Puedo soportarlo de vez en cuando, si tengo la certeza de que no dejará que nuestra relación se eche a perder. No lo haría; me necesita a cada rato y quiere estar constantemente cerca.

Si eso no fuera verdad... ¿por qué habría venido hasta aquí en tan solo unos días de no vernos?

Así que esto me da a saber que Damon me quiere mucho más de lo que se atreve a decir y aun así, me lo demuestra con todos sus actos, sus besos, sus caricias, sus sonrisas... con todo. Su enojo, en parte, demuestra que también me quiere y se preocupa. Es obvio que prefiero estar feliz a su lado que peleándonos, pero bueno, lo amo tal y como es. Con o sin errores.

—Me alegro mucho de que estén aquí, en serio. —Sonríe y comienzo a devorar mi comida. Pero la intensa mirada de Damon hace que me remueva en mi asiento.

—Puedes... —Se aclara la garganta con nerviosismo y vergüenza—. Puedes decirme todo lo que quieras, todo lo que piensas...

—Damon.

—Sé que estuve mal al no llamarte y al no contestar tus...

—Damon...

—...llamadas. Pero estaba enojado con todo el mundo y...

—¡Damon! —chillo su nombre para callarlo. Mueve su cabeza hacia mí y me mira con pena y tristeza. No me gusta verlo así, pero se llena la cabeza con mierda que solo él puede crear—. Tranquilo, ¿bien?

—Natalie, necesito que por una vez me digas qué es lo que piensas. Estuve preguntándome todos estos malditos días qué es lo que tu cabeza imagina que soy...

—Eres perfecto. Eso es lo que creo, pero te dejas llevar mucho por los impulsos. Damon, la verdad es que me encantaría escucharte hablar de lo que te hizo enojar tanto cuando te enteraste de que me iba para ver a mi padre. Te lo expliqué y no me escuchaste para nada. Seguías con la loca idea de que te dejaría.

—Lo estabas haciendo.

—No de la forma en que crees. Solo me iba, pero nunca te dejaría. Damon, era importante para mí venir. Es mi padre el que está en cama y tú solo pensabas en ti, mientras que yo me decía que no me podías acompañar, porque tenías que quedarte con tus hermanas. Pero nunca dejé de quererte o de pensar en ti. Tenía tantas ganas de que vinieras, que... —«Mandé una carta diciéndote lo que pensaba», quise decir, pero no me salieron las palabras. Me quedo callada y cierro los ojos para tomar un respiro hondo.

—Yo solo... estaba enojado. Pensaba que me dejarías al igual que mi madre lo hizo. Yo... no quería que eso pasara. Actué de una manera estúpida, porque me importas. No puedo soportar que te vayas, Nat. Que te alejes de mí me destroza.

—Nunca te dejaría, Damon, cree en mí. Sé que lo sabes, pero hay algo en tu pasado que sigue haciéndote creer que... nadie te quiere o que solo te quieren dejar. No lo haré por ninguna razón. Solo pienso que tendremos que superar todo lo que se nos venga encima para mejorar nuestra relación. Tenemos que ser sinceros, contarnos todo. Con el tiempo todo se irá. Comprendo esa parte de tu pasado que me contaste, en serio que lo hago, y saberlo solo porque me lo quisiste contar hace que te... —«ame»— ... quiera mucho más.

No responde y sé que algo le molesta bastante. No quiere decir algunas cosas, pero no lo fuerzo a hablar. Tiene que organizar sus pensamientos antes de hablar por impulso y eso es exactamente lo que hace. Amo que me escuche e intente hacer lo que le digo, que puede hacer sin ningún problema para mejorar.

Segundos después, abre la boca.

—¿Algún día me contarás tu pasado? —Me quedo pasmada en el lugar, mi tenedor a mitad de camino de llegar a mi boca con un poco de mi desayuno.

Al instante dejo el tenedor sobre el plato. No sé qué responder; es obvio que algún día se lo contaré. Quiero hacerlo, pero no creo que se lo vaya a tomar bien. Quiero y necesito decirle todo con desesperación. Sacarme todo mi pasado de encima para que no vuelva a pasarme lo mismo que en la noche. Por Dios, se merece saberlo. Me contó sobre su madre y, como mínimo, tengo que decirle parte de mi pasado o de qué se trató este.

—Nat —llama para sacarme de mis pensamientos; lo miro—, no necesito que me lo cuentes ahora. Tengo suficiente con verte mover en la noche de la forma en la que lo hiciste solo por tener una pesadilla. No quiero arruinar nuestra semana aquí por pensar en tu pasado. Me conozco lo suficiente para saber que me afectará mucho más de lo que debería y quiero disfrutar de estar contigo sin tener que preocuparme por otra cosa. Solo... quiero saber que me lo contarás algún día.

—Lo haré —afirmo convencida.

—Entonces... —Sonríe, una sonrisa perversa y llena de intenciones que desconozco.

—¿Entonces qué? —Río, pero enseguida me quedo mirando cómo sus dientes atrapan levemente su labio interior, mordéndolo de una forma sexi y tentadora que hace que dentro de mí crezca aquel deseo inigualable por él.

—¿Sabes qué quiero hacer ahora? —pregunta pícaro levantándose de su asiento —aún la mitad de nuestros desayunos está intacta en nuestras bandejas— y tendiéndome la mano para que la tome. Lo hago gustosa, sin sacar la sonrisa alegre de mi boca.

—¿Qué?

—Bueno... —Me acerca a su duro cuerpo y me abraza para que no pueda escapar—. Quiero pasar todo el día contigo.

—¿En serio? ¿Y qué haríamos?

—En la cama —termina por decir y, en este instante, la boca se me seca. El corazón me da un vuelco por la emoción y las ansias. «Oh, sí. Sí, quiero estar en la cama contigo, Damon. Día y noche, a todas horas.»

—Pero tengo que ir al hospital... —murmuro un poco decaída por arruinar sus planes.

—Irás mañana. Tus hermanos y Emma están con él. No creo que por un día que no vayas tu padre se enoje.

—Entonces... ¿Qué quieres hacer? —Sonríe mucho más que antes y tomo su mano para arrastrarlo por las escaleras hacia mi habitación con rapidez. En el camino, me tomo la libertad de preguntar: —¿Dónde está Elle?

—Sigue durmiendo, así que podremos hacer lo que queramos por al menos unas horas. Duerme como una morsa. —Se ríe y gruñe cuando me lanzo a sus labios para devorarle la boca como tanto quería hacer.

Me alza rápido y sube lo que queda de escaleras para luego llevarme a mi habitación, la cual sigue fría igual que el hielo. Mis piernas se aprietan más a su contorno, mi pecho sube y baja con respiraciones dificultosas, y mis labios saborean con ansias los suyos. Su boca es la cereza que deseo devorar con desesperación cada vez que lo veo.

Damon muerde mi labio inferior antes de separar su rostro del mío y hacer que nuestros ojos se encuentren. Los suyos están oscuros y llenos de lujuria. De seguro al igual que los míos. En tan solo unos segundos, me encuentro de espaldas contra el colchón de mi cama y con su cuerpo arriba del mío. Noto que toda su dureza está controlada para no mandarme su peso, pero no me importa. Quiero tenerlo todo lo cerca posible. No quiero que se aleje. Lo necesito más de lo que ahora puedo pensar.

Mi mente se nubla cuando sus húmedos labios se posan en mi cuello y comienzan a recorrerlo con lentitud, besando, mordiendo y saboreando. Mis manos pasan por sus brazos y por su espalda para tocar y sentir que sus músculos se contraen cuando paso por arriba de ellos. Mis uñas se clavan levemente en su piel cuando Damon hace alguna maniobra excitante contra el hueco de mi garganta y luego sopla contra ella. Me estremezco y gimo de forma entrecortada. Siento como si estuviese en una nube. Me parece estar en el cielo. Necesito más, mucho más. Quiero tenerlo contra mí, sentir su piel con la mía.

La respiración se me entrecorta cuando se aleja y suelto una pequeña queja al quererlo de nuevo que me toque.

Sus manos toman el cierre de mi abrigo y lo abren para sacármelo. Toda nuestra ropa ahora no sirve. Necesitamos quitarla de encima para poder sentirnos piel contra piel. Sigue sacándose las prendas y, en verdad, estoy desesperada por tenerlo dentro de mí.

Lo ayudo a quitarme la remera y los pantalones, para luego solo quedarme en ropa interior. Él sigue vestido, por lo que comienzo a sacarle todo con las manos temblorosas por la excitación.

Cuando termino, no pierdo más tiempo y lo beso con todo lo que tengo; adentro mi lengua hasta lo más profundo de su boca y la saboreo de arriba abajo. Damon está tan desesperado como yo. Pasa sus manos con lentitud por mi cuerpo, sube por mis brazos, mi cintura hasta llegar a mis pechos cubiertos por el sostén negro que llevo puesto. Los aprieta con ganas, sin importarle que el sostén esté o no, y sigue besándome y asaltando mi boca como él sabe hacer.



A su vez, mis dedos recorren con lentitud el contorno de sus hombros, delineando cada línea o bulto que pueda existir en su perfección. Enredo mis piernas alrededor de su cadera y lo atraigo hacia mí para sentirlo mucho más que antes. Su virilidad oculta entre su bóxer negro está viva y a la espera. Gimo de nuevo cuando se refriega sobre mí y me hace sentir cuán duro está, cuán duro está por mí. Suelto aire y tomo de nuevo para seguir besándolo con ansias.

El beso termina cuando él se aleja, pero antes de que pueda protestar, sus labios se posan en la cima de mi sostén y mi quejido se convierte en un gran y fuerte gemido ahogado que resuena por toda la habitación. Intento tomar aire, pero se me dificulta aquella acción. Todas las sensaciones y las emociones que me hace sentir están el doble más vivas que nunca.

Dejo caer los brazos a mis costados mientras que la lengua juguetona de mi novio viene y va sobre mi piel desnuda. Va desde mi pecho hasta el otro, mientras a la vez baja las copas de mi brasier, y así poder saborear más y volverme loca con su boca sobre mi pezón.

La vista se me nubla en ese instante y ya no me importa nada ni nadie. No me acuerdo que Fernanda está abajo, ni que Elle, a un par de puertas de la mía. Ya no me interesa nada, solo seguir sintiéndome viva como ahora.

Me desabrocha con manos expertas el sostén, cuyo broche, para mi suerte, está en la parte delantera y luego me lo saca con rapidez para seguir con su labor de darme más placer. Siento que toda mi piel hormiguea con expectación. Mi cuerpo tiembla no solo por el frío, sino por lo que Damon me hace sentir al tocarme de la manera en que lo hace.

Baja con sus labios por mi estómago, dejando un recorrido eléctrico por toda la zona que me toca, y llega hasta el borde de mis bragas para bajarlas lenta y tortuosamente. Abro mis ojos, los cuales no me di cuenta de que estaban cerrados, y me incorporo un poco para poder verlo. Levanto mis muslos para que pueda sacármelas por completo y cierro un poco las piernas por pura vergüenza. Por más que lo hayamos hecho un par de veces, no me acostumbro a que me vea desnuda. La vergüenza siempre está cuando me recorre con la mirada. En todas las veces que hicimos el amor, me decía cuán linda y hermosa era para él; también me decía palabras sucias que me hacían quererlo mucho más dentro de mí.

Y es justo lo que quiero ahora cuando Damon sube de nuevo con suaves y lentos besos húmedos por mi cuerpo hasta llegar a mi boca para comérmela, mordiendo y saboreando. A su vez, mis manos al instante van hacia su duro y espectacular trasero para apretarlo contra mí y apurarlo a que me penetre. Pero su bóxer es lo único que impide aquello, por lo que separo apenas mis

labios de los suyos y sin abrir los ojos, gimo las palabras que salen de lo más profundo de mí:

—Por Dios, Damon. Te quiero dentro... —Sale más como un susurro que en voz alta, pero por el tono en que lo dije se nota cuán ansiada estoy.

Escucho resonar su risa ronca y sexi en mi cuarto, pero no le prestó atención, sino que le entierro mis uñas en su trasero y él deja de reír solo para soltar un sonido cuando su parte baja se encuentra con la mía gracias a mi acción.

Mis dedos llegan al elástico de su bóxer y comienzan a ayudar a Damon a sacárselos. Está tan necesitado por el tacto mío como yo por el de él. Necesito esto y también lo necesita desesperado igual que yo.

Su última prenda cae al suelo y me quedo quieta, con las piernas abiertas y enroscadas a su alrededor a la espera de que se decida a entrar. Antes de que se deje llevar por la excitación, estira su mano y toma su billetera de mi mesa de luz, para luego sacar un condón. Se lo coloca con tal rapidez que me estremezco con solo verlo.

Me quedo casi sin respiración cuando lo siento entrar poco a poco y gimo, soltando quejidos por la excitación. Tan solo hace unos días que no nos vemos ni nos tocamos, por lo que agradezco inmensamente que haya vuelto. Es impresionante sentir cómo se adentra con lentitud para no dañarme. Odia hacerlo duro o rápido al principio, porque piensa que me lastima, pero lo que no sabe es que estoy tan preparada y ansiosa por hacerlo duro que se sorprendería si se lo digo.

Tomo su cuello y estampo mi boca con la suya mientras termina de entrar por completo. Se queda unos segundos quieto y me sigue el beso, rápido y lleno de amor a la vez. Su cuerpo encaja a la perfección con el mío, es mi otra mitad, mi complemento. Mi todo.

Comienza a moverse y mis caderas siguen su lento ritmo. Me hace el amor de la forma que tanto deseo, pero a la vez me deja queriendo llegar con rapidez al orgasmo. Cada investida me sacude por dentro y remueve todo tipo de pensamientos. Me gusta, me gusta mucho tenerlo allí dentro. Me hace feliz, no solo por ser bueno en la cama, sino porque su presencia también causa que mi corazón se hinche hasta tal punto de querer explotar.

Lo incito a subir el ritmo y acelera cada vez hasta que grito por más. Me besa para callar mis gritos, pero sus labios logran que chillé con mayor fuerza aún. No digo que él sea muy silencioso, pero en comparación conmigo lo es.

No sé cuánto pasa hasta que siento que mi parte baja se tensa y aprieto mis piernas a su alrededor para sentirlo más dentro. El vaivén de su cuerpo contra mí se hace más rápido, mucho más rápido. Me lleva a la locura en tan

solo unos segundos de movimiento. Toca mis pechos para que mi liberación sea mucho más fuerte y lo logra con mucho éxito. Exploto con fuerza a su alrededor. Me estremezco, tiemblo y gimo, diciéndole que siga y no pare. Es divertido escucharme decir aquello, pero no me importa con tal de poder llegar a tocar el cielo de la excitación.

No lo suelto, lo aprieto contra mí mientras escucho sus gruñidos que no tardan en ser mucho más fuertes. Mis temblores se van apagando y me quedo a la espera de que Damon llegue también a su propia liberación. Me quedo mirando embobada, con la respiración agitada, y con la piel y vellos erizados, cómo sus facciones se contraen un segundo antes de poder sentirlo llegar. Damon cae sobre mí, temblando y moviéndose dentro de mí lentamente antes de detenerse.

Lo recorro con las manos mientras intenta tranquilizarse. Sus manos aún me tocan y me recorren con lentitud por más que ya todo se haya tranquilizado. Los dos respiramos con fuerza, sintiendo todavía el resto de nuestro orgasmo.

Intento respirar, tomar aire y exhalar. Paso mis manos por su cabello todo sudoroso y sus ojos se cierran para poder respirar, no sé si mi aroma u otra cosa. Los dos estamos húmedos y pegajosos, pero a ninguno le importa. Sus dedos acarician mi cadera y a la vez él sale de mí cuando cree necesario para tirar el condón al tacho de basura que hay en mi habitación. Extraño ese segundo en que se aleja, pero luego vuelve junto a mí para seguir dándome mimos.

Me besa en los labios y sonrío con pereza.

—Te extrañé muchísimo... —susurra con voz ronca, acariciando mi mejilla con su dedo pulgar.

—Yo también. —Sé que hay que hablar de otras cosas, que no deberíamos habernos acostado con tanta rapidez sin haber hablado todo lo necesario. Pero no podía esperar más para tenerlo así de cerca. La espera fue toda una odisea, por lo que esa desesperación ganó la batalla. Los dos queríamos sentirnos de esta manera, tan conectados y unidos como nos sentimos al hacer el amor.

—Tenía tantas ganas de estar dentro de ti. De tocarte y escucharte gemir. Espero que por tus gritos mi hermana no se haya despertado... —agrega eso último, y yo me río y le pego de forma juguetona en el hombro con la mano que no uso para tocar su pelo—. Quiero hacértelo de nuevo —agrega, moviendo su cadera para que pueda sentirlo otra vez duro contra mí. Me río.

—Qué rápido eres... —Él se encoje de hombros.

—Teniéndote desnuda y sudorosa frente a mis ojos, no es extraño. Eres hermosa.

Me ruborizo. Allí está esa palabra saliendo de su boca. Tengo que admitir que me encanta parecerle hermosa. Nunca me consideré ni siquiera linda, pero viene Damon y comienza a decirme esas cosas... Por Dios, no soy la única hermosa aquí.

De repente, una pequeña brisa llena la habitación y hace que tiemble. El calor que me envolvía comienza a dispersarse mientras el frío de esta mañana se hace más y más presente en la habitación. Damon se da cuenta de que empiezo a removerme y me abraza aún más fuerte.

Sinceramente, me encantaría repetir con Damon, pero no creo que mi cuerpo pueda tener otro orgasmo. El anterior fue devastador y arrasador. No creo poder aguantarlo. Sacia toda el hambre que hay dentro de mí con tan solo hacerlo una vez.

Damon nota mi cara y rueda divertido los ojos antes de darme un beso en la boca.

—Bien, lo dejaremos para después. Quiero pasar todo el día de hoy acurrucado junto a ti, desnuda. —Los colores se me suben a las mejillas y me ruborizo con fuerza al pensar que sería espectacular estar los dos desnudos y acurrucados.

—Pero... pero está tu hermanita y no podemos... —Maldice entre dientes y gruñe con frustración.

—Cierto... entonces solo tendremos que quedarnos aquí sin hacer nada. —Lo dice como si fuera malo, pero sé a lo que se refiere. Estoy con el mismo sentimiento.

—Podemos ver una película con tu hermanita y comer chatarra —propongo, intentando subirle el ánimo, pero niega con la cabeza.

—No puedo comer chatarra. Rick me hace mantener una dieta y blablablá. De suerte pude comer un poco del desayuno de Fernanda, por lo que solo comeré unos fideos; tú puedes comer toda la chatarra que quieras junto con Elle. No te preocupes por mí.

—Bien. —Me acerco a su cara mirándolo fijamente a los ojos y le robo un beso rápido—. Ahora, mientras esperamos a que tu hermanita se despierte... podemos jugar... —susurro con lujuria, sin importarme si puedo o no aguantar lo que se viene. Solo espero que Elle no se despierte dentro de un rato. Haré todo lo posible por no hacer ruido si eso significa tener a Damon un rato más.

—Mmm... eso me parece estupendo.

## CAPÍTULO



Cuando Elle se despierta, Damon y yo estamos desayunando de nuevo. El anterior desayuno que nos hizo Fernanda quedó en el olvido, demasiado frío y feo. Pero lo entiendo. Nos pasamos horas en la cama acurrucados, sin salir ni siquiera para ir al baño.

Habíamos decidido bajar a comer algo cuando mi estómago rugió en medio de nuestro beso tierno y delicioso. Lo había incitado a que me siguiera besando, pero se alejó y casi me arrastró a la cocina para prepararme algo de comer. Apenas me hizo unas tostadas con mermelada y una leche chocolatada, pero me encantó su gesto involuntario. Lo hizo de forma inconsciente, lo cual me hace saltar de alegría por dentro al recordarlo.

Mientras tomo mi último bocado de mi tostada, algo quemada, pero de todas formas perfecta, Elle me abraza con fuerza y alegría. Le devuelvo el gesto gustosa. Sigo sin poder creer que ella aceptara mi tacto como si fuese verdaderamente de la familia, o sea, uno más en su mundo de personas importantes en las que cree y confía.

Mastico con rapidez, y trago antes de sonreírle y apretarla más contra mí. Sus pequeñas manos juegan con mi cabello, el cual logré desenredarlo a duras penas y hacerme una trenza desordenada, mientras que a la vez sonrío a más no poder, con sus ojos arrugados por el sueño y su cabello alborotado.

Ella se aparta de mí ni bien Damon se acerca con sus tostadas y se las da junto con un vaso lleno de leche. Coloca todo al lado mío para que su hermanita tome su desayuno tardío y luego se sienta a mi otro lado, en la silla más cercana a la mesada de mármol, donde hay un cuenco lleno de fideos con salsa para almorzar cuando nosotros queramos, hecho por Fernanda.

Es en ese momento en el que Damon abre la boca, dirigiéndose a su hermanita: —¿Dormiste bien?

Elle asiente sin dejar de comer sus tostadas con manteca. Ni siquiera se digna a mirarlo. Tengo tantas preguntas en mi cabeza, no solo por su viaje imprevisto hacia aquí, sino por el pasado de Elle y Damon. Pero tal y como dijo unas horas antes, no hay que arruinar estas pequeñas vacaciones de

una semana por contar nuestros pasados y deprimirnos o pensar en ello todo el tiempo. Sé con certeza que eso pasaría si abro la boca y le cuento lo sucedido. Lo mismo sucedería al revés. Le preguntaría y analizaría sus palabras, su pasado, e intentaría solucionarlo de alguna manera, querer remediarlo de alguna forma que no estoy segura de poder lograr. No sé si estoy preparada para ello, ya tengo bastante con todo lo que me pasó en tan solo unos meses. Mi existencia dio un giro completo al ir a vivir con mis hermanos. Bueno, más bien siempre fue mala. Primero fui agredida en el orfanato, luego fui usada por mis compañeras de mi colegio de primaria, mis hermanos se fueron y me dejaron sola, luego viví el peor momento de mi vida gracias a él, logré dejar un poco atrás lo sufrido antes, pero luego fui con mis hermanos y todo cambió.

Luego estuvo Matt, quien me hizo un infierno de mi estadía en Filadelfia, y luego mi padre y su misterioso motivo por el cual entró de tal forma al hospital. ¿Es que no puede pasarme algo normal, como torcerme un pie y listo? Pues al parecer no, la vida es injusta conmigo. Siempre lo fue.

De alguna manera, el asentimiento de Elle en respuesta a otra pregunta de Damon hace que mis pensamientos se borren y vuelva a la realidad en un segundo.

—...genial, porque mientras juegas en el parque, yo entrenaré ¿bien? —dice Damon, mirando directamente a su hermanita y pasando un brazo por mis hombros. Me recuesto más cerca de su cuerpo y me acurruco. Me siento bien de alguna manera, más serena, tranquila, contenta, lo cual no entiendo del todo, pero me alegro mucho no estar molesta e intranquila, como estoy desde que llegué aquí.

—¿De qué hablan? —pregunto.

—Llevaré a Elle al parque mañana. Ella jugará, mientras yo entreno un poco. Solo espero que no esté tan mojado el pasto. —Sonríe—. Aunque de igual manera, con toda la ropa que le traje a Elle, no me importaría que se ensuciara con barro. —Se encoge de hombros, no dándole importancia al asunto, y me pregunto por qué cambió tan pronto de actitud. Apenas llegó hace unas horas y ayer a la noche me había llamado ebrio. Pero ahora parece que nada ha pasado. Sé que yo debería hacer lo mismo hasta poder volver a sacar el tema cuando estemos listos, por más que tarde o temprano tendríamos que hacerlo, pero hay veces que es imposible. De todas formas, la tranquilidad y todos los sentimientos similares siguen en mi sistema. La calma abarca cada centímetro de mi ser y no me preocupo por nada ahora. Disfruto de este rato que tengo con esas dos personas que de un modo rápido llegaron a mi vida y la cambiaron por completo. Destruyeron mis barreras y llegaron a tocar mi corazón.

—Genial, mañana iré al hospital, así que no podré ir con ustedes.  
—Apenada, hago una mueca y retuerzo mis manos con nerviosismo al pensar que se enojará por no acompañarlo mañana al parque. Sin embargo, no hace nada de eso.

—Bien. ¿Puedo invitarte a comer cuando salgas? ¿A qué hora saldrás?

—No lo sé. Te llamaré cuando lo haga para que vengas a buscarme. Supongo que saldré a la tarde. Quiero compensar las horas que no fui hoy.

—Claro. Supongo que también terminaré tarde. Llevaré a Elle a tomar un helado. Hace tiempo que no pasamos tiempo solos como hermanos. ¿No es cierto, Elle? ¿Te gustaría? —Mira a Elle justo cuando esta afirma con un movimiento de cabeza.

—¿Ahora qué podemos hacer? —cuestiono.

—Mmm... no lo sé, supongo que con el día de mierda que tenemos hoy no podremos salir. Hay una gran tormenta. No sé cómo tus hermanos y mi hermana lograron irse. Cuando se fueron, creo que estuvo peor que ahora. No me extrañaría que se hubiesen atascado en algún lugar, esperando a que la lluvia pare.

—¿No crees que deberíamos llamarlos?

—Nah, sabrán arreglarse. Obvio, podrían llamarnos si nos necesitaran e iríamos a ayudar.

Quiero decirle lo contrario, convencerlo de llamarlos para ver si están bien, pero es terco y siempre termina convenciéndome de sacar mis ideas de la cabeza. Bueno, intenta persuadirme con palabras hermosas que me hacen derretir y con palabras sucias que me hacen quererlo de otra manera. Es magnético, imponente y nunca se rinde. Sé la fuerza que tiene, y no solo en su cuerpo, brazos y manos, sino en su interior. Es fuerte y siempre convence con su figura y palabras, o amenazas también.

Por eso, me callo la boca. Mi interior quiere que le dé pelea para poder hacer esas cosas sucias que siempre tiene en la cabeza, por supuesto que yo también las tengo, y así poder saciarnos otra vez de la forma en que lo hicimos hace unas horas. Pero decido no hacer nada. Su hermanita ahora está despierta y, mientras lo esté, tenemos que comportarnos.

Dejo pasar el tema y me encojo de hombros, haciendo que su brazo caiga de mis hombros. No pasa un segundo hasta que lo vuelve a colocar en su anterior lugar. Abrazo mucho más mi abrigo y me acurruco todo lo que puedo al costado de Damon y quedo así casi sobre su regazo. De igual manera, él lo disfruta. Sonríe con pereza; sus ojos, con indicios de cansancio gracias a las pocas horas de sueño que tuvo. Me da pena no poder hacer nada por mi novio. Si le digo que se vaya a dormir, se negará, porque querrá seguir

conmigo o querrá que vayamos a dormir juntos. Pero alguien se tiene que quedar con Elle y no puedo hacer que Fernanda ni Marisa, mucho menos esta última, se queden con ella. Tienen trabajo que hacer y, por más que quiera dejarles el día libre, Fernanda no aceptara mi oferta. La rechazará. Le gusta trabajar en esto, dice que la despeja.

—Podríamos ver una película —ofrezco.

—No tengo ganas de ver ninguna película. Siento que me quedaré dormido en cualquier momento —se queja Damon, haciendo un puchero y creando así que mi interior me obligue a acercarme a su rostro y morderle aquel labio que sobresale. No me importa hacer este tipo de demostraciones frente a Elle. Creo que está mucho más concentrada en su desayuno que en nosotros. De igual manera, ya nos vio besarnos antes.

Recorro su mandíbula con cálidos y lentos besos hasta llegar a su oído y mordérselo con descaro, pasando mi lengua y saboreando su piel con tortuosos lengüetazos. Puedo sentir que su cuerpo se tensa, e instantáneamente sus manos vuelan y toman mi cintura con fuerza, sosteniéndome donde estoy para que no me aleje. Traga fuerte un gruñido y aprieta los labios para no decir ninguna guarangada como sabe hacer en los momentos en los que me pongo juguetona. Pero sé que no pasaremos a un nivel más alto. Está su hermanita despierta, y por más que quisiera escaparme con él a mi habitación en este momento y pedirle, rogarle, que me haga el amor, no puedo hacerlo.

Suelto un suspiro entrecortado cuando, sin que su hermanita lo note, mete sus manos por debajo de su abrigo que tengo puesto y toca mi piel. Aquel acto lo hace inspirar hondo y la piel se le pone de gallina. Me acerco más a su oído y dejo de besarlo por unos segundos.

—Sí, pero podemos acurrucarnos en el sillón y ver la película calentitos bajo una manta, Damon. ¿No quieres eso? Podríamos armarle una cama en el suelo a tu hermana para quedar solo nosotros en el sillón.

Gruñe, bajo y ronco, y miro alarmada de reojo a Elle para ver si lo escuchó.

Pero no, no nos presta ni la mínima atención. De seguro está acostumbrada a los gruñidos de Damon como para no darle importancia, así que no me preocupo mucho por los ruidos que él puede hacer. El problema soy yo, que mientras frota sus pulgares fríos en mi caliente piel, las ganas de gemir y retorcerme cerca se hacen más y más fuertes.

Vuelvo mi mirada hacia Damon y me lo encuentro con sus ojos más oscuros de lo normal pegados a mi rostro. Sé lo que piensa, lo sé muy bien. Lo conozco más de lo que alguien podría creer, incluso de lo que él cree. En algunos momentos Damon piensa que desconozco algunas de sus cosas, que no lo conozco lo suficiente. Pero eso no es cierto. Lo conozco



más que a mí misma, más de lo que puedo admitir. Conozco su actitud, su comportamiento en distintas situaciones. Este tan poco tiempo en el que estuvimos juntos fue más que suficiente para conocerlo a fondo, solo que hay veces que lo hago inconscientemente. Él se abre a mí y lo agradezco. Adoro conocerlo, adoro saber el efecto que tiene cuando me pongo así de juguetona. Es por eso que sé con exactitud lo que ahora piensa su cabeza. Las imágenes de mí en su mente, desnuda debajo de su cuerpo, se reflejan en sus ojos azules casi negros. Su mirada manifiesta todos sus sentimientos y emociones, lo que me lleva a desearlo más, a él y a su cabeza que piensa cosas sucias en todo momento.

—Bien, vamos a poner alguna puta película. —Su ronca voz se escucha antes de que sus manos tomen con más fuerza mi cintura bajo la gruesa capa de tela de la campera de Damon y me levante en el aire para ponerme de pie. De todas maneras, no despega sus manos de mí y me lleva casi arrastrando hacia el sillón. Su hermanita viene detrás de nosotros, con la mitad de su última tostada en la boca.

Río ante su desesperación ni bien me deja tirada en el sillón y lo veo caminar hacia una puerta que hay junto a las escaleras que dan al segundo piso. Lo veo hurgar dentro antes de sacar de allí unas mantas. Me sorprende al notar que las encontró con facilidad, cuando ni siquiera conoce la casa. Estoy tentada a preguntarle cuando se acerca a mí con ellas en la mano, pero me responde sin siquiera yo abrir la boca.

—Fernanda me dijo dónde estaban cuando llegamos aquí. Nos preguntó si necesitábamos más mantas para abrigarnos en la noche y me señaló el lugar.

Por mi parte, asiento, me aproximo a la habitación de huéspedes que hay del lado contrario a la escalera y saco de allí el colchón para Elle. Lo coloco frente a la tele de la sala de estar, en el suelo, y ella se sienta allí con la tostada que le queda, acurrucada bajo la manta que le da Damon. Este se recuesta a mi lado, pasa un brazo por debajo de mi cuerpo y me coloca sobre su regazo mientras con la mano libre nos envuelve con la otra manta que sacó del armario. Tengo ganas de cerrar los ojos y sumirme en un sueño bien profundo, ignorando que hace unas pocas horas me desperté. Pero hay una razón concreta para que el sueño no llegue al límite y así poder quedarme dormida sobre el pecho de Damon. Ese motivo es simple; no quiero pensar que al despertar todo esto podría ser un sueño. No lo quiero, todo lo que viví en este poco tiempo en el que me desperté junto a Damon me pareció tan perfecto que a veces pienso que es imposible, que es un sueño. Temo despertar en cualquier momento, y ver que la casa sigue vacía y sin vida.

Mis brazos se enroscan en su cintura y lo abrazo hasta ya no poder. A Damon no le importa, ya que hace lo mismo conmigo y besa mi cabeza a la vez que le indica a Elle que ponga la película que quiera. Me da igual qué veamos, supongo que lo único que miraré será el perfil de mi novio.

En ese momento, la puerta mosquitera que da hacia la parte trasera de la casa resuena y unos ruidos se escuchan cada vez más cerca. Burry entra corriendo, toda embarrada y sucia, con un olor tan espantoso que todos los presentes se tapan la nariz, inclusive yo. Intenta subirse al sillón, pero justo antes de que lo haga, Fernanda llama a la perra y gustosa la sigue.

—Ven cosita linda, te daré un poco de carne. Estarás harta ya de comer esa asquerosa comida de perros... —Fernanda desde que vio a mi perra se enamoró completamente, por más que no lo quiera admitir. Primero mencionó que los perros destruyen todo, pero cuando vio lo linda y tierna que es Burry, dejó aquellos pensamientos y la adoptó como suya. Puedo ver ese brillo en sus ojos cuando la perra la sigue a todos lados.

Sin decirnos nada a nosotros, Fernanda se va hacia la cocina y desaparece murmurándole lo linda que es a mi perra. La trata igual que si fuese un bebé humano, es más, hasta creo que la coloca en sus brazos como si fuera uno.

Sonrí y suelto una pequeña risa al notar lo feliz que mi perra agita la cola e intenta ir lo más rápido que sus patas la dejan hacia la cocina. Por fin, desaparece y nos deja a todos sumidos en un silencio cómodo, interrumpido por el sonido de la película que Elle decidió poner.

Me mantengo sumida en mis pensamientos por un rato, dejando que mi mente divague entre todo y nada. Disfruto del silencio que hay en mi cabeza, de lo poco importante que ahora me parece todo a mi alrededor. Él hace que me sienta así de vacía, pero a la vez tan llena.

La prenda de ropa que tiene puesta lleva su olor impregnado en ella, al igual que el abrigo que llevo puesto. Inspiro hondo su aroma y me deleito inmensamente. Su cuerpo está cálido, mientras que yo estoy fría. Necesito calor con desesperación. Mis dientes tiritan y siento algunos escalofríos que me recorren con frecuencia el cuerpo mientras la película llega a la mitad. Damon frota mis brazos y me acurruca más contra sí, pero es imposible que deje de temblar. No sé si hay algo abierto que deje pasar el aire de afuera, pero estoy muerta de frío.

Damon besa mi mejilla y me sonrío con pereza.

—Hey, relájate. Abre el abrigo y déjame abrazarte.

—¿Qué? No. —Está loco si piensa que lo haré. Aparte de sacarme a rastras de mi habitación hoy para ir a desayunar de nuevo, no me dejó ni siquiera vestirme antes de ponerme su campera y así llevarme en sus brazos hacia la

cocina, donde después nos encontramos con Elle. De suerte pude colocarme mi ropa interior y mi pantalón de pijama. La remera que pretendía ponerme quedó del otro lado de la habitación gracias a que Damon me la sacó de las manos y la revolvió con todas sus fuerzas. Ni siquiera me dejó decir algo cuando ya me encontraba con su abrigo y entre sus brazos bajando por las escaleras. No sé si lo hizo a propósito o no, pero estoy segura de que quería tener al menos mi imagen desnuda debajo de su gigantesca prenda.

—Oh, vamos. —Me pica una mejilla con su dedo pulgar, haciéndome ruborizar con fuerza al instante. Me provoca, como siempre lo hace para que acepte sus peticiones.

—Damon, está tu hermanita. —Sé que no le importa, aparte tenemos la manta y su campera para que no sospeche ni nos vea. Pero me da vergüenza. No solo lo hicimos en mi cuarto, mientras dormía a poca distancia, sino que ahora quiere que nos provoquemos casi frente a ella. ¿Qué clase de hermano pervertido es?

—Sé que quieres jugar tanto como yo.

—Sí, pero no con tu hermana en frente. Eres un pervertido, Damon.

—Sé que te gusta ese lado de mí. Admítelo, te pone que te diga que quiero tenerte gritando debajo de mí y que te siga dando duro. —Sonríe.

—No es cierto, yo no hago eso. —Pero sé que sí lo hago, por más que no lo quiera admitir frente a él. Es vergonzoso que saque este tema. Por más que susurremos, temo que su hermanita tenga superpoderes y nos escuche decir estas suciedades.

—Oh, sí, lo haces.

—Tú no eres muy silencioso que digamos. —Entrecierro los ojos y levanto una ceja a la espera de que se digne a mentirme diciendo todo lo contrario.

—Al menos no chilló. —*Touché.*

—Entonces tápate los oídos si te molesta. No, mejor dicho. Si tanto te molesta, no lo hagas más conmigo y ya está.

No me importa que le hayan dolido mis palabras. No me gustó que me diga que chilló por más que sea muy cierto. No es mi culpa que él lo haga tan bien y me haga desesperar pidiendo más.

—Oh, no te enojés, Nat —pide sonriendo, sin darle importancia a mis palabras—. Sabes que eres la única y por más que chillas tan alto, te quiero y seguiré queriendo escucharte pedirme por más.

—Mierda, ya cállate. —Mi frente se arruga y un suspiro de derrota sale de dentro de mí. Si sigue diciendo estas cosas, dentro de poco nos encontraremos en el baño más cercano haciéndolo sin importarnos la

presencia de su hermanita. Me frustra no poder controlarme. Desde que fue nuestra primera vez, en todo lo que pienso es en estar desnuda con Damon mientras me hace sus cochinadas.

Los dos nos quedamos mudos, intentando concentrarnos en la maldita película de Disney que Elle puso. No sé ni cómo se llama y no me importa tampoco. Con tal de que ella se mantenga interesada viéndola, me da igual. Solo quiero que, en su estancia aquí, se sienta bien y como en su propia casa.

Minutos después, siento que Damon intenta abrirse paso con su mano debajo de su campera, que tengo puesta. Es obvio que no la abrí cuando me lo pidió, así que entiendo su necesidad de, al menos, tocarme un tramo de piel. Lo quiero tocar también, pero tengo que mantener esta fachada de Nat enojada y frustrada. No sé por qué tendría que estar enojada, pero me gusta ver la manera en la que Damon intenta que mi enojo se evapore. Golpeo su mano con indiferencia, haciendo como si solo espantara un mosquito inexistente. Pero él solo suelta una risa entre dientes y sigue intentando colarse entre mi única prenda de ropa que tengo en mi parte alta del cuerpo.

En ese momento, Elle se levanta y tengo que quedarme estática en el lugar por miedo a que la hermanita menor de Damon descubra lo que está haciendo debajo de las mantas que nos cubren. Pero solo nos mira con inocencia pura y nos hace un ademán de escribir o dibujar en algo inexistente. Allí entiendo lo que quiere decirnos, que irá a buscar algo con lo que dibujar o escribir.

Damon y yo asentimos, tan quietos como podemos estar.

Elle, con su pequeño cuerpo, sube las escaleras hasta que ya no la podemos ver. Es en ese instante en el que Damon entierra su rostro en mi cuello y comienza a rozar la punta de la nariz en mi piel sensible. Cierro mis ojos para disfrutar de sus caricias y permito casi sin darme cuenta el acceso a su mano para tocarme debajo de su abrigo que me cubre.

—Te extrañé tanto —dice el aire cálido saliendo de su boca y haciendo que mi piel se erice. Tiemblo en sus brazos.

—También te extrañé.

Paso mis brazos por su cuello y lo abrazo más contra mí, sintiendo su duro cuerpo relajarse, a la vez que su respiración se acelera con cada movimiento de mano que hago al pasar mis dedos sobre su pelo desordenado.

—Quiero olvidar todo. Quiero hacer como si nada hubiese pasado —murmura y otra vez mi cuerpo responde ante esa caricia de labios que me da al hablar—. ¿Podemos, Nat? No quiero saber nada de lo que pasó en estos días en los que estuvimos separados. Fui un estúpido; solo quiero dejarlo pasar y hacer que no existió.

—¿Quieres olvidar nuestra pelea?

—Así es. No quiero preocuparme por eso. Ya sabes por qué actué así y no quiero seguir carcomiéndome la cabeza pensando en que me recordarás lo idiota que fui al no pensar en ti y en mis hermanas al decir que quería venirme aquí contigo. En serio, lo siento.

Niego con la cabeza, apretando más cerca su rostro en mi cuello.

—No te preocupes, creo que sería lo mejor. Tampoco quiero preocuparme y me alegro de que hayas entendido por qué tuve que venirme aquí.

—Entonces... ¿hacemos como si nunca hubiera pasado? —pregunta cauteloso.

—¿Hubiese pasado que cosa? —cuestiono sonriendo, a la vez que él hace lo mismo, devolviéndome el gesto.

Entierra de nuevo su cabeza en el hueco de mi garganta, ya que antes la había sacado para verme a los ojos, y comienza a darme besos inofensivos en forma de agradecimiento. Lo disfruto enormemente durante los minutos largos en los que dura allí, pero cuando vuelve a verme a la cara, su ceño se encuentra fruncido.

—¿Y Elle? Hace más de diez minutos que se fue a buscar las cosas para dibujar.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera le dije dónde había hojas y lápices para que pinte. Solo... se fue a buscarlos.

Damon me levanta y me coloca en el suelo antes de levantarse. Toma mi mano y nos dirige con tranquilidad hacia las escaleras, jugando con mis dedos y acariciando con su pulgar mi piel. Me arrepiento de no haber envuelto la manta a mi alrededor antes de subir las escaleras. Por algún motivo que desconozco, el piso de arriba está mucho más frío que el de abajo y la campera de Damon no hace mucho por calentarme.

Buscamos en mi habitación algún rastro de Elle, pero no encontramos nada. Aun así, dejo hojas y lápices de colores en mi escritorio por las dudas de que la pequeña no los haya encontrado. Luego, revisamos el dormitorio de mis hermanos y luego el de Elle. Pero no se encuentra en ninguno. La llamamos mientras caminamos por el estrecho pasillo donde se encuentran todas las puertas de las habitaciones que hay en la casa. Vemos cada una de las restantes hasta quedar al final del pasillo. Intento no hacerle caso al golpeteo que mi corazón da al estar más cerca de aquel lugar que tanto odio. Intento hacer que Damon dé la vuelta y volvamos a buscarla en otros dormitorios, pero se resiste al ver que un poco de luz sale por la puerta entreabierta de ese mismo cuarto.

A pesar de saber que Elle se encuentra allí, todo dentro de mí se niega a entrar. Suelto la mano de Damon y retrocedo algunos pasos con la cabeza agacha, sumisa en los recuerdos. Estos me invaden y palidezco, sintiendo el miedo que comienza a correr por mis venas. «No, no, no.» No quiero volver a ello, no quiero entrar ahí. Mi pasado y esta maldita habitación hicieron que por motivos de terror me mudara al cuarto en el que estoy ahora; del otro lado del pasillo, muy alejada de estas malditas cuatro paredes.

Damon se me queda viendo extrañado y confuso, sin saber qué hacer, aparte de tomarme de nuevo la mano y guiarme otra vez cerca de esa habitación. Me niego, no puedo dejar que me haga entrar a ese lugar. Mis miedos y terrores están allí; los recuerdos, cada uno de ellos, hacen que se me corte la respiración y que las lágrimas aparezcan detrás de mis ojos, a punto de salir a cascadas.

Aprieto con fuerza la mano de Damon, pidiéndole en silencio que no me fuerce a entrar, pero parece no notar mis plegarias silenciosas. El pánico domina cada paso que doy. Mi corazón corre a gran velocidad hasta ser lo único que mis oídos captan. Con cada pisada siento que las paredes del pasillo me encierran hasta asfixiarme. Mi cabeza palpita y mi corazón está a punto de desbordarse. No puedo, simplemente no puedo.

Él toma el pomo de la puerta y empuja. Cierro mis ojos y fuerzo a mis pies a detenerse con toda la fuerza que puedo hacer para que también Damon se detenga. Lo hace y sé que me mira confundido. No sé qué decir, no puedo emitir ningún sonido. Estoy callada, deseando desaparecer de este lugar. Sus manos grandes y calientes toman mis mejillas y su aliento que choca con mi rostro no hace nada por tranquilizarme. Me siento desesperar, pero mi cuerpo tieso no se mueve ni un milímetro.

—Hey, Nat. ¿Qué sucede? ¿Te sientes mal, necesitas que llame a Fernanda o a un médico? —pregunta Damon con un toque de alarma en su voz. Niego con la cabeza, pero no sé si llegó a moverse o solo fue mi imaginación.

—Solo... quiero ir abajo —murmuro con dificultad, apretando los dientes al sentir cada golpe que revivo en mi cabeza. Duele, duele mucho.

—¿Por qué? Aquí está Elle dibujando. ¿Qué te pasa, Nat? Mírame.

Mis manos se aprietan en puños a mis costados y mis dientes se incrustan en mi labio inferior. No, no lo miraré, porque sé que, si abro los ojos, el lugar de mis pesadillas estará frente a mí. No quiero verlo, necesito irme y dejar esta habitación bajo llave otra vez. Ni siquiera sé por qué está abierta. De seguro Fernanda entró para ordenar o algo y se olvidó cerrarla de nuevo con llave.

—Nat, mírame, abre los ojos. Estoy aquí.

Niego con la cabeza con desesperación, dejando caer una lágrima a la vez. Damon posa sus labios sobre los míos; sin embargo, sigo sin hacerle caso. No me muevo, no le correspondo el beso. No puedo.

—Por favor, por favor, Damon, vamos abajo. Por favor. —Mi voz tiembla y posiblemente es casi inaudible.

—Natalie, abre los ojos, Dios, mírame y dime qué sucede.

Tiro mi cuerpo para atrás, intentando alejarme de él y salir corriendo, pero sus brazos me lo impiden al rodear mi cintura. Mis ojos son abiertos sin mi consentimiento y es allí cuando todo se derrumba. Las sombras, las repeticiones de mi pasado son reproducidas como una película en mi cabeza al ver mi antigua habitación. No veo lo que ahora pasa, solo revivo una y otra vez lo sucedido aquí. Son sombras que muestran cada hecho que sucedió, cada cosa que me hicieron. Me echo a llorar, rezando por no ver nada más. Trato de cerrar los ojos, lo intento de veras, pero es imposible cerrarlos y alejar el recuerdo. Sé que Damon está a mi lado, lo siento, pero mis ojos no pueden verlo ni a él ni a su hermana. Para mí, la habitación se encuentra en penumbra, igual que en aquel momento hacía más de un año y medio, casi dos años.

Me sacuden, pero lo dejo pasar. Estoy tan concentrada en poder cerrar mis ojos y dejar de llorar que en verdad no puedo notar nada más.

De un segundo al otro, los recuerdos se evaporan, y me siento caer y perder fuerzas. Caigo sollozando al suelo del pasillo, apretando mis manos en puños e incrustando mis uñas en mi piel. Inspiro todo el aire que parece que ya no tengo en los pulmones, a la vez que los brazos fuertes de Damon me rodean e intentan tranquilizarme.

Escucho la voz de Fernanda que le dice algo a Damon, pero la realidad es que no puedo notar qué es lo que le dice. Mis ojos pueden distinguir de forma borrosa los cuerpos de Damon, Elle y Fernanda que están conmigo en el pasillo. No veo lo que hacen Elle y Fer, pero sé que Damon es el que me sostiene. Es imposible no distinguirlo. Quiero decirles algo, pero mi boca se mantiene cerrada. Siento frío y tiemblo, a la vez que mis lágrimas y sollozos aumentan. El recuerdo de todo sigue en mi mente, vivo y latente, asomándose para atormentarme de nuevo. ¿Por qué todo tiene que sucederme a mí? No lo entiendo, no sé lo que hice para merecer todo lo malo que me pasa. Cierro los ojos y tomo aire con la intención de calmarme. Poco a poco lo voy logrando y, a medida que los segundos pasan, mi respiración se vuelve más normal. Nadie dice nada, me dejo levantar y guiar por Damon hacia el primer piso donde por fin puedo respirar con tranquilidad ni bien me deja en el sillón.

—Te traeré algo de tomar, hija. Solo... quédate allí—dice Fernanda y es lo único que puedo escuchar a mi alrededor. Estoy aturdida. Siempre pensé que algo así me pasaría si alguna vez volvía a esa habitación. Tal y como lo había predicho, pasó. Por algo dejé ese cuarto y me mudé al que ahora habito.

Miro a Damon, con las mejillas sonrojadas y húmedas por el llanto. Este, por su parte, hace que Elle se ponga a dibujar de nuevo para que no nos preste atención y no se preocupe. Debo haberla hecho pasar un mal momento al presenciar mi ataque. Quise detener a Damon, pero no pude siquiera abrir la boca por el pánico. Si tan solo hubiese abierto la boca para decirle otra cosa, aparte de lo que salió por mis labios... ella no presenciara lo que pasó. Pero no fue cosa mía. Me negué a entrar allí. De todas formas, tampoco es culpa de Damon. No sabe el motivo de mi comportamiento ni tampoco sabía que pasaría eso si entraba a esa habitación. No tenía ni idea y sé que ahora se preguntará de todo. Odio esto, odio esta situación de mierda.

—¿Estás bien? —pregunta, mientras se encamina hacia mí y se sienta a mi lado; toma la manta que anteriormente estábamos usando y me la coloca encima para ahuyentar el frío.

—Sí, eso creo.

Miro hacia Elle y me pregunto de dónde habrá sacado las hojas y los lápices. Supongo que quedaron en aquella habitación cuando me transferí al otro lado del pasillo. Recuerdo que apenas había sacado algunos objetos, aparte de mi ropa, ya que todo me recordaba a ese día. Estoy más que segura de que todas las cosas que había hace años en esa habitación siguen allí, como los lápices de colores y las hojas blancas.

—Aquí tienes.—Fernanda me entrega una taza humeante con el olor exquisito a café, algo que ahora necesito con urgencia. Tomo un sorbo y me deleito ante tan espectacular gusto. Los cafés que hace Fer son únicos. Les pone algo más, algo dulce, que lo hace ser uno de mis preferidos. Bueno, todo lo que hace Fernanda es único y delicioso. Esta mujer es perfecta para hacer cualquier cosa.

—Gracias.

—¿Qué fue todo lo de allá arriba, Nat? Pensé que te desmayarías o algo peor. Tan solo... te pusiste dura como una roca y ni siquiera te movías. Me... me asusté. Demonios, estuve a punto de caer con solo verte. —Damon dice, bajando la mirada, indefenso y dolido—. Estabas en otro mundo. Te sacudí, pero ni rastros de estar aquí me dabas.

Niego con la cabeza, no estoy lista para decir mi pasado. Tuve suficiente con lo de arriba.



—Se supone que esperaríamos para contarnos... lo que nos pasó en nuestros pasados, pero apenas paso un día aquí y ya tienes dos ataques. Sé que el de recién tuvo que ver, pero también entiendo que ya tuviste demasiado por hoy, así que no preguntaré.

Asiento de acuerdo con él. Me entiende tan bien. Me conoce y sabe lo que pienso en esta situación. Deduzco que le pasaría lo mismo si nuestros roles estuviesen invertidos, así que ahora me da un respiro, pero las preguntas están allí, en sus ojos azules completamente preocupados. La sombra de enojo está también. Pero sé que no está enojado conmigo. Se enoja por todo lo que pasó, pero que a la vez él no sabe. Si tan solo se enoja por eso, ¿cómo se pondrá cuando sepa lo que me querían hacer?

Cuando se lo diga, lo sabré.

—Te daré tiempo, Nat. El que necesites. Pero necesito saberlo para entender qué hacer o decir. Quiero cuidar de ti y, si eso significa impedir que entres a esa habitación o que algo a tu alrededor te recuerde a... eso, tienes que decirlo para estar preparado.

—Lo sé, te lo diré. Solo... déjame el día de hoy para recuperarme, ¿bien? Necesito... tranquilidad.

Damon asiente y sigo tomando de mi café, mientras veo y escucho correr a Burry hacia el sillón y subirse, para luego acurrucarse al instante en el regazo de Damon, y comenzar a lamerle y jugarle con un dedo de su mano. Me río y veo que primero hace una mueca de desagrado, pero cuando me escucha soltar una risa ante lo tierno que es esta imagen, sonrío levemente, contento de poder animarme, aunque sea con verlo cómo se frustra con Burry.

—Esta pequeña bola de pulgas es muy... mimosa. La odio —refunfuña, intentando quitarse de encima a la perra, pero está tan contenta con Damon que vuelve con rapidez sobre él para seguir jugando.

—Lo sé, la adoro.

—Es entrometida.

—Es tierna y quiere jugar contigo, Damon. No es necesario apartarla.

—No quiero jugar, no sé por qué se empeña en que le tenga algún tipo de cariño. No lo conseguirá nunca por más que sea tu maldita mascota peluda.

—Da igual, lo sé. —Me encojo de hombros, divertida ante tal fortachón frustrándose con una pequeña bola negra juguetona.

—Hija, ¿podrías llamar a alguno de tus hermanos para preguntarle si vendrán a cenar o si se quedarán en el hospital? Me pondré a hacer la cena —cuestiona Fer, interrumpiendo a Damon de decir otra cosa. Me volteo

hacia ella con el ceño fruncido—. ¿La cena? Fer, faltan horas para cenar, ni siquiera almorzamos —digo.

—Lo sé, pero quiero hacer una nueva receta. La vi ayer en un programa de cocina y quisiera intentar. Si no lo logro y me sale mal, ya sé que tengo más tiempo para hacer otra cena distinta.

—Estoy segura de que te saldrá, Fer. A ti te sale todo.

—Eso espero, hija.

—Está bien, los llamaré y les preguntaré. —Tomo mi celular y marco el número de Sam, quien a los dos pitidos me atiende la llamada. De fondo se escucha el sonido que hace la lluvia al chocar contra algo, por lo que sé, en ese momento, que están atascados por la lluvia o en camino hacia el hospital.

—¿Hola? ¿Sucede algo, Natalie? —pregunta. Las voces de mi amiga y Ty hablar animadamente me hace sonreír.

—Solo quería preguntarles si vendrán a cenar o si se quedarán en el hospital.

—Bueno... creo que iremos allí a cenar. Ni siquiera llegamos al hospital. La tormenta nos hizo detener, porque apenas veíamos la calle y no queríamos chocar. Ahora volvimos al camino, era nuestra única oportunidad de volver a conducir y de llegar al hospital antes de que vuelva a llover con fuerza —explica.

—Bien, solo espero que a la vuelta no tengan el mismo problema.

—Yo tampoco, aunque por más que llueva a cántaros volveremos sí o sí a casa. No quiero que Emma esté en una habitación de hospital sombría y deprimente durante mucho tiempo, así que de alguna manera volveremos. Tenlo por seguro. —Asiento, pero luego me doy cuenta de que no puede verme.

—Está bien. Mañana iré al hospital, así que despiértame.

—Bien. Ahora, te tengo que dejar, porque estoy conduciendo y apenas puedo sostener el móvil.

—Ok. Mándale un saludo a Emma.

—Claro. Adiós.

Corta la llamada y dejo el celular en la pequeña mesa que hay junto al sillón. Le sonrío a Fernanda, quien espera con paciencia junto a la puerta de la cocina.

—Sí, vendrán.

Su asentimiento es la única respuesta, y veo que se aleja y entra a la cocina. A la vez, Damon se me acerca más y me abraza, lo que hace que Burry salga de su regazo gracias al movimiento de su acercamiento. Me recuesto con

dificultad en su pecho y, de la nada, como si fuese por arte de magia, mis miedos se alejan, esos que florecieron cuando entré en mi antigua habitación. Agradezco y disfruto al máximo de la sensación de paz que tengo por ahora en mi pecho; Damon hace que todo a mi alrededor desaparezca y se haga invisible.

Sonrío y aprieto sus manos en mi cintura. Adoro tenerlo a mi lado en estas situaciones donde sé que todo de mí se convierte en pesadilla. Damon, a pesar de lo que piense de sí mismo, es mi salvación.



## CAPÍTULO



### Narra Emma

Habíamos tenido que apartarnos a un lado de la calle. La lluvia caía tan fuerte que apenas podíamos ver el camino y, como no queríamos chocar, decidimos aparcar a mitad de camino de ida al hospital. Apenas podía verse algo del paisaje gris gracias a la tormenta. Hacía poco habían sido las nueve de la mañana, pero en esos momentos parecía pasado el mediodía.

El cielo cada vez se hacía más gris con el paso de los minutos y no podíamos siquiera salir del auto para ver dónde estábamos aparcados. Ni siquiera eso podíamos hacer, pero me gustaba el momento que había dentro del auto del padre de mi novio y su gemelo. Ellos hablaban de algo en la parte delantera del auto mientras yo revivía cada uno de los momentos vividos con Sam, recordándome lo especial que es para mí. Sabía que se sentía mal por lo de su padre, por ello decidí no hablar ni sacar un tema relacionado cuando hablábamos por teléfono; intentaba distraerlo luego de unos minutos en los que me comentaba lo que les decía el doctor sobre lo que tenía su padre. Me da pena, pero sé que van a poder seguir adelante.

Con Damon aprovechamos para hacer las maletas y efectuar una visita inesperada para Natalie y obvio... también para los gemelos, pero esencialmente para mi amiga. Ella la estaba pasando mal, Sam ya me tenía bien informada de lo que le sucedía a Natalie. Al ser su mejor amiga y me preocupó, le dije a Damon ni bien me enteré sobre las pequeñas vacaciones sin instituto. Por más que todo esto del incendio de un aula en el instituto fuera algo bien feo, me alegró que hubiera sucedido. Era la única ocasión y posibilidad de viajar aquí. Sabía que a mi hermano no le gustaría que dejase el colegio por más que sus ganas de viajar hacia Natalie fueran inmensas. Quiere que tenga todo y que no lo pase mal; hizo y tuvo que hacer tanto esfuerzo por mí y por Elle que no me gustaría decepcionarlo en nada. Por suerte, no tengo nada con lo que decepcionarlo. Me gusta estudiar, soy inteligente y sé que está orgulloso de eso, así que no hay motivo para generarle ninguna decepción.

Ahora, mientras por fin nos sentamos en una mesa dentro del pequeño restaurante que encontramos a media cuadra de donde aparcamos el coche, recuerdo el momento de mi llegada hoy a la madrugada. Sam había atacado mi boca ni bien me ubiqué entre sus brazos dentro de su cama revuelta en sábanas. Sabía que teníamos pocas horas de sueño, pero ninguno le dio importancia y seguimos con ese beso apasionado que siempre me deja descolocada y hambrienta de más. Me hizo el amor todas esas pocas horas que nos quedaba por dormir hasta tener que levantarnos para prepararnos para ir a ver a su padre al hospital. Supongo que algo parecido habrá sucedido con Natalie y Damon.

Un camarero se acerca y toma nuestro pedido. El ruido de la lluvia al caer y chocar contra las ventanas no hace nada por apagar las voces de los clientes a mi alrededor, mucho menos la de los gemelos que hablan como si la vida se les fuera en ello. Sam mantiene su mano agarrada a la mía y agita la que tiene libre con cada palabra que sale de su boca. Se ve feliz y aún no puedo creer que esa sonrisa en parte sea por mi llegada. No paró de sonreír desde que me acosté a su lado horas antes. Supongo que tendría que estar triste por lo de su padre, pero, hoy por hoy, no tiene nada de tristeza en sus ojos. Estos destellan y dan a saber la felicidad que siente. Se ve emocionado y eso me gusta. Desearía poder hacer que siempre se vea así y no como estuvo cuando me llamó para avisarme que tendría que tomar un vuelo para ver a su padre. En ese momento, cuando me lo contó, sentí que mi corazón se partía con pesar, tristeza y pena. Su voz se escuchaba rota y apagada, y sabía que no podría animarlo con nada por más que lo intentase.

Los gemelos terminan de pedir y el camarero me mira luego de anotar los pedidos de los hermanos. Pido algo liviano, ya que el desayuno de Fernanda me dejó bastante llena y una taza de café para tomar.

Estuvimos horas intentando seguir adelante para llegar por fin al hospital, pero luego de un par de horas después nos dimos por vencidos. No puedo creer que ya sean casi las diez de la mañana y que la tormenta no haya aminorado su ritmo.

El camarero trae mis tostados de jamón y queso junto con mi café, y las porciones de pastel de chocolate que los gemelos pidieron unos minutos después, para luego retirarse y traer lo que falta: las malteadas de banana y chocolate para Ty y Sam.

Agradezco haberme puesto el enorme saco de lluvia de Sam antes de salir de su casa. El frío que hace allá afuera es horrible y con el saquito que pretendía ponerme me hubiera congelado.

Devoro mis tostados lentamente, saboreando y degustando, mientras que a la vez veo cómo la conversación entre los hermanos se acaba para

comenzar a comer sus pedidos. Ninguno habla. La mano de Sam no se despega de la mía ni su sonrisa desaparece en ningún momento. Por alguna razón me siento bien y quiero disfrutar estos días de descanso para pasarlos con mi novio. No es que esté desesperada por llegar de nuevo a su casa, pero las ganas de acurrucarme en su pecho son inmensas, así que, para no intentar convencerlos de volver a la casa, trato de pensar en otras cosas que no estén relacionadas con sus manos o su cuerpo desnudo contra el mío. Es casi imposible, pero logro sobrellevar el deseo.

Justo al mediodía, aprovechamos para volver al camino antes de que vuelva a llover. Nos mojamos un poco en el corto trayecto hacia el auto estacionado, pero a ninguno le importa con tal de llegar al hospital.

Mientras cierro de un portazo la puerta trasera y me acomodo en el asiento, escucho sonar el celular de Sam. No escucho mucho lo que dice, ya que comienzo una conversación con Tyler, quien se ríe y cuenta chistes mientras enciende y arranca el auto. Siempre me cayó bien Ty. Es gracioso y cocina espectacular. La primera vez no me lo imaginé en una cocina, pero mientras iba pasando el tiempo y Natalie me contaba las preparaciones que hacía, empecé a pensar de otra manera. Llegué a conocerlo un poco más con cada reunión amistosa en su departamento que tuvimos cuando podíamos y puedo decir que es todo lo contrario a lo que yo creía.

Quince minutos después, la tormenta comienza otra vez, pero no paramos de nuevo, ya que estamos apenas a dos cuadras del hospital. Sam, cuando corta la llamada que tenía, me dice que Natalie me manda un saludo. Sé que ella me extraña y me necesita, pero por ahora la voy a dejar disfrutar de la compañía de mi hermano, por lo que mientras tanto decidí ir al hospital con Sam para ver a su padre. Natalie necesita su tiempo de descanso. La pasó muy mal, sobre todo sabiendo que Damon estaba enojado y molesto con ella por algún motivo que no tiene sentido. Mi amiga es la que tiene razón, pero por otro lado desconozco la causa por la que mi hermano mayor se enojó, así que no puedo decir nada en su contra.

Sam me abre la puerta ni bien nos detenemos en el estacionamiento del hospital. Me rodea los hombros con su brazo y me abraza a más no poder. Los semblantes sonrientes de los hermanos cambian radicalmente ni bien pasamos las puertas corredizas y nos adentramos en el lugar. Me llevan al piso donde su padre se encuentra, y todo lo hacen sin mediar palabra o cambiar de expresión. La tristeza se nota en el ambiente y me deprime no poder hacer nada por cambiarles la mala cara.

Caminamos por un pasillo hasta que se detienen frente a una puerta blanca. Sam gira la manija y nos hace pasar. La habitación se encuentra sola, sin rastros de doctores o enfermeras. A unos metros de donde estoy parada,

veo postrado sobre una camilla a un hombre pálido y al parecer alto, ya que abarca todo el largo de la camilla. Puedo ver todas sus arrugas, las cuales, por más que no sean muchas, tiene y se le notan bastante. Los gemelos se acercan a su padre y, a la misma vez, hacen una mueca con el labio. No quiero decir nada, no sé si puedo o si debo abrir la boca. Prefiero mantenerme callada para no soltar algo que esté fuera de lugar. Me destrozaría ver a alguno de estos chicos afectados por algo que digo sin querer.

Busco con la mirada algún asiento en el que acomodarme y encuentro uno a mi derecha; sin embargo, antes de poder sentarme allí, la voz de Sam se hace escuchar desde su puesto cerca de su padre.

—Ven, siéntate aquí. —Él palmea sus piernas. Supongo que encontró una silla antes que yo y ahora está sentado junto a su hermano y su padre. Me dirijo allí sin hablar, solo me limito a asentir con la cabeza, tan obediente como en este caso puedo ser.

Ni bien llego a su lado, sus manos toman mi cintura y hacen que me siente sobre su regazo casi por la fuerza, sorprendiéndome. Me dejo hacer, solo para que no se enoje por rechazarlo. Me da vergüenza dar este tipo de demostraciones afectuosas frente a Tyler, quien sin más es el hermano gemelo de Sam. Pero de igual manera no abro la boca para protestar. Amo sentarme en sus piernas y, como ahora al parecer necesita mi afecto, me quedo sentada allí hasta que decida sacarme.

Minutos después en los que ninguno dice nada, apenas nos movemos y respiramos, escuchamos que se abre la puerta. Hace un sonido agudo un poco antes de cerrarse de nuevo; todos nos volteamos para ver de quién se trata. Un hombre petizo, de unos 30 años más o menos, con unos pocos músculos en los brazos y que usa lentes finos, que hacen que sus ojos negros parezcan aún más grandes, se aproxima a nosotros. Lleva una bata blanca y una placa pequeña brilla sobre uno de sus bolsillos superiores; el nombre doctor Staller se hace visible para mis ojos.

—Hola, Tyler, Samuel —saluda, sin notarme.

Cuando sube sus ojos a los míos, me paralizó y algo dentro de mí se tensa por alguna desconocida razón. Intento buscar el origen de esta sensación interna, pero no encuentro nada. Tengo la impresión de que lo conozco de algún lado o quizás lo vi por algún lugar, pero no logro recordar. Mi mente maquina a toda marcha; sin embargo, no hay nada dentro de mi memoria que pueda decirme si lo conozco o no.

Sus ojos negros me recorren por completo y mi estómago de nuevo se contrae cuando veo que estos, por un segundo, brillan, pero enseguida ese brillo desaparece. Me sonrío y me fuerzo para devolverle el gesto, aunque sea mínimamente.



—Hola —me dice—. Soy el doctor Staller, mucho gusto.

—Estira el brazo en forma de saludo aún sin quitar su sonrisa. Me parecen tan familiar; su voz, sus ojos... pero mi memoria no sabe de dónde.

—Soy Emma —respondo asintiendo con la cabeza, sin estrecharle la mano. Este tipo me da mala espina y no me importa si no lo conozco lo suficiente como para decir si es cierto o no.

Al darse cuenta de mi rechazo, con lentitud y cierta inquietud, devuelve su mano al interior de su bolsillo derecho de la bata. Aparto la mirada de sus intensos ojos oscuros y la centro de forma directa en el cuerpo pálido del padre de los gemelos. La tristeza vuelve a mí, haciéndome olvidar del tema del doctor este que me da mala espina, y comienzo a preguntarme si el señor William tendrá los mismos ojos de los gemelos. Así sabría decir de dónde sacaron la hermosura. Por más que está en esta camilla blanquecina y en este estado, se nota que en algún momento de su vida fue muy lindo. Noto que algunas de sus facciones las tienen también sus hijos: la forma de su mandíbula y de sus ojos.

Durante las horas que nos mantenemos allí, dentro de las cuatro paredes del cuarto de hospital junto con el padre de mi novio, veo que el doctor Staller va y viene, tocando y revisando las máquinas o tomando nota en su libreta. Pero durante la mayoría del tiempo, el doctor nos deja en la soledad del silencio que hay a nuestro alrededor. No me importa. Me siento importante al poder estar junto a Sam en un momento de debilidad y angustia. Me limité a decirle cosas lindas y a secar algunas de las lágrimas que se les escaparon de sus preciosos ojos. Lo abracé, lo estreché entre mis brazos y besé sus labios cuando me lo pedía o sentía que lo necesitaba. Odio verlo así, siempre está de un ánimo alegre y feliz, mientras que ahora se ve deprimido, y su aura y luz cada vez se van apagando. Le hace muy mal estar aquí dentro, pero entiendo que quiera estar para su padre. Es importante para él y si eso es lo que quiere, tengo que apoyarlo.

En las buenas y en las malas.



—Hey, Em. Llegamos. —La voz de Sam susurra en mi oído y me remuevo entre sus brazos antes de abrir los ojos y posarlos con pereza a mi alrededor.

La lluvia sigue cayendo, pero a ninguno nos importó viajar horas atrás con la fuerte tormenta de vuelta a la casa de Sam. No fue fácil; creo que tuvimos que parar un par de veces en el camino, a la espera de que la lluvia bajara su intensidad para seguir y no chocar.

Ya es la hora de cenar. El cielo totalmente oscuro, y el frío y gélido viento que azota las ventanas del auto hacen que mi cuerpo tiemble. Me congelo

y solo quiero acurrucarme más en los brazos de mi novio. Ty sale primero del auto ya estacionado frente a la inmensa casa y corre hacia la entrada, mientras que nosotros nos incorporamos con dificultad y salimos del auto minutos después, abrazados y temblando por el frío.

Entramos a la casa, un olor espectacular nos recibe y nos da la bienvenida. Me quedo estática en la puerta; no quiero despegarme del olor exquisito que viene desde algún lugar. Inhalo con fuerza, tan hambrienta como puedo estar a esta hora de la noche. No recuerdo lo que Tyler nos había traído de la cafetería del hospital a las tres de la tarde, estaba tan absorta en mis pensamientos sobre el doctor Staller que no sé en qué momento me acabé mi comida. Ni siquiera recuerdo haberla saboreado, mucho menos ver qué había traído. Solo... me la comí sin prestar atención a nada. En consecuencia, ahora estoy con un hambre de perros.

Quiero ir corriendo a la cocina para comenzar a devorar la deliciosa sustancia que tiene este aroma que parece perfumar toda la casa, pero la mano posesiva de Sam tira de mi cuerpo hacia las escaleras y me lleva a rastras a su habitación. Cierra la puerta detrás de nosotros y se acerca con pasos lentos hacia mí. Envuelve sus brazos a mi alrededor, su pecho contra mi espalda y entierra su rostro en el hueco de mi cuello, inhalando y pasando la punta de su nariz por la piel sensible de mi garganta. Respiro hondo, disfrutando de sus caricias, y levanto mis brazos para envolverlos en su cabeza mientras siento que sus manos agarran el borde del abrigo que tengo puesto y lo va abriendo poco a poco, sensual y provocativamente. Me lo saca cuando termina de desabrocharlo, lo pasa por mis hombros y lo deja caer al suelo. La respiración se me entrecorta cuando sus juguetones dedos acarician mi piel debajo de mi blusa de manga larga, a la vez que su lengua sale y recorre con suavidad la piel erizada de mi cuello.

—Levanta los brazos —susurra y, de suerte, logro escucharlo. Una neblina de deseo me envuelve y sigo sus órdenes para luego sentir cómo va levantando poco a poco la remera y la saca totalmente de mi cuerpo, dejándome solo el sujetador en la parte de superior de mi cuerpo.

El frío de la habitación no hace nada por calmar el repentino calor que me abarca con cada segundo que su tacto se mantiene en mí. Sus fuertes brazos pasan de aquí para allá con dulzura, tocándome y haciéndome sentir cuán cerca me quiere de él, y sus manos divagan hasta encontrarse con la parte delantera que abrocha mis pantalones. La desata y pasa sus palmas hacia mis caderas para comenzar a deslizarlo con una lentitud tortuosa que hace que lo desee aún más. Mis hormonas revoltosas anhelan tenerlo ya desnudo y entrando en mí, pero supongo que ese no es el plan de Sam todavía. Su cuerpo sigue el recorrido de sus manos, bajando a la vez que sus manos

retiran poco a poco la prenda hasta quedar en el suelo. Agachado frente a mí, levanta la cabeza y ve que mi labio inferior se encuentra apretado por mis dientes, en una muestra de deseo y ansias. Me guiña un ojo, tan sexi como solo él puede hacerlo, y se levanta de nuevo para quedar esta vez pegado a mi pecho. Mi respiración acelerada se escapa por mis labios y chocan con los suyos sin poder evitarlo.

Me toma de la cintura, me abraza, me levanta en el aire y hace que mis piernas se enreden a su alrededor al instante. Solo en sujetador y bragas, me lleva hacia su armario y saca alguna de sus prendas de vestir. Me deja en el suelo, con mis piernas temblorosas, y hace de nuevo que levante mis brazos para ponerme su remera. Me queda enorme, pero sabe que amo usar su ropa. Sin embargo, no me pone nada más, sino que se agacha otra vez frente a mí y lleva sus manos hacia los costados de mis bragas, las cuales deben estar empapadas para este momento. Las saca de mi cuerpo y, cuando pienso que va a hacer algo sucio conmigo, me sorprendo al verlo comenzar a deslizar un bóxer negro por mis piernas.

Algo dentro de mí se desinfla al darme cuenta de que no haremos el amor, pero sé que esto para Sam también es una tortura. Noto el bulto en sus pantalones, pero hago como si no me hubiese percatado solo para torturarlo de la misma forma o más que lo hace conmigo. Quiero hacerlo, no me importa cuánta hambre tenga, lo deseo ahora, desnudo y acostado en la cama. No sé desde cuándo me volví así, con estos pensamientos y necesidades de ser tocada por él, pero me gusta en parte ser así y tenerlo para saciarme. Me siento más unida al hacer el amor, al sentirlo contra mí y acariciarme con tanto afecto que hace que quiera nunca despegarme de él ni para ir al baño.

Casi gruño frustrada al sentir su pequeño beso que deposita en mi nariz al levantarse antes de que se dé la vuelta y se dirija a la puerta. «No es justo, quiero algo más que un besito en la nariz.» Eso es lo que me gustaría decir en verdad, pero las palabras no salen de mi boca, tan solo mi frente se arruga y mis labios se fruncen al hacer un puchero, intentando por una última vez convencerlo de no bajar a cenar y quedarnos aquí arriba haciendo cosas sucias y excitantes.

Ni siquiera les hace caso a mis gestos.

Solo abre la puerta y sonrío con inocencia, haciendo un ademán con la mano para que pase primero. «Gilipollas».

Orgullosa y no dejándome vencer por él, me endezco y, con el mentón en alto, paso a su lado y salgo de su habitación sin prestarle atención a su risa divertida.

Para mí no tiene nada de divertido provocarme y dejarme con las ganas. «Lo haré sufrir cuando quiera tener sexo, como ahora me lo hace a mí», decido y sonrío a medias. Sé que no le gustará que le lleve la contraria y que hará todo lo posible por convencerme de que hagamos el amor, pero eso es lo que se gana por ignorar mi deseo. De todas formas, ¿desde cuándo le importa más la comida que yo?

Mientras bajo las escaleras, de nuevo el aroma de «la cosa deliciosa» llega a mis fosas nasales e inhalo con fuerza, intentando adivinar, pero muy a mi pesar, no logro decir de qué se trata. Hay una combinación de ingredientes y aromas que hacen que no pueda distinguir ninguno con exactitud. Mi estómago ruge y pide probar un bocado de lo que sea que Fernanda haya cocinado.

Prácticamente bajo corriendo las escaleras y, cuando llego por fin, casi me choco con mi querido hermano, quien lleva a Elle en sus brazos. Esta sonrío con felicidad, con sus labios rosados, sucios de chocolate y sus manos embarradas con chispas de colores. Me río y saludo con un ademán de mano a los dos antes de seguir caminando y adentrarme en la sala de estar, donde escucho resonar la voz de Nat. No pude verla desde que llegué y estoy tan entusiasmada de abrazarla y hablar como siempre con ella que estoy más que segura de que, si no lo hago ahora mismo, voy a explotar.

—¡Natalie! —grito y corro hacia donde están Fernanda y ella hablando sobre lo que sea que hablen.

Su cabeza se gira rápido hacia mí y sus ojos brillan con felicidad al verme. Intenta levantarse, pero termina cayéndose hacia atrás cuando me tiro sobre su cuerpo, y la rodeo con brazos y piernas, de forma tal que quedo encima de su pequeño y delgado cuerpo sobre el sillón. Escucho la risa de Fernanda mientras se aleja para dejarnos solas. No sé dónde se quedó Sam, pero no me importa. Me siento tan mal por su rechazo que pienso ignorarlo. Siempre intenta estar lo más cerca de mí, sea desnudos o vestidos, y ahora cuando soy yo la que desea eso, él me rechaza. *Ash*, lo odio y lo amo, y a la vez me irrita.

—¡Hey, Emma! ¡Me aplastas!

Me río, pero no me aparto. Comienzo a llenar su rostro con muchos besos. Escucho su risa, y luego un gruñido ronco y bajo. Unas manos grandes y fuertes me agarran de la cintura y me alejan del cuerpo de mi amiga para dejarme en el suelo. Al instante, sin ver a esa persona, sé que no es Sam. Por más que sepa que mi novio es fuerte y tiene las manos grandes, no se compara con mi hermano, quien es mucho más grande, corpulento y fuerte. Creo que nadie puede compararse con Damon.

Me doy la vuelta enojada, porque me ha arruinado mi momento alegre molestando a Nat, y me encuentro a mi hermano que me fulmina con la mirada.

—Puedes abrazar a Nat, pero no le hagas daño —gruñe y no me sorprende con sus palabras. Desde que Nat apareció en nuestras vidas, en la de Damon, se comporta así con todos. No quiere que toquemos a Nat más de lo que piensa que es pasable. Me gusta que sea así de protector, pero hay veces que creo que se pasa un poco de la raya al protegerla de esa forma. Aparte, soy su amiga, puedo hacerle todo lo que quiera a Natalie sin que él me riña.

—¿Qué se supone que le puedo hacer? —pregunto, llevando mis manos a mi cintura—. Peso menos que ella y apenas tengo fuerza como para hacerle algún rasguño. ¿En serio piensas que la puedo lastimar?

Refunfuña algo en respuesta, que en verdad no logro escuchar ni entender, y luego besa castamente los labios de su novia antes de alejarse hacia Elle, quien ya limpia y cambiada con su pijama se encuentra tocando los botones del control remoto de la tele. Sonrío, feliz de haber ganado esta batalla y veo que Nat se incorpora en el sillón. Sus labios se curvan hacia arriba y abre los brazos, en una clara invitación para un abrazo de amigas. Gustosa, me acerco y la estrecho contra mí. La he echado de menos, extraño esos momentos de charla entre amigas antes de que las dosuviésemos novios. Desde ese entonces, nos alejamos sin darnos cuenta y nos la pasamos ensimismadas con nuestras parejas, pero de vez en cuando me gusta hablar de cosas que no se les pueden decir a los chicos antes de hablar primero con sus amigas, aunque en mi caso solo tengo una, dos con Fernanda.

Antes de poder decir algo, un cuerpo delgado y con demasiada piel a la vista aparece junto al sillón. Me separo de mi amiga y me siento a su lado, mirando con el ceño fruncido a esta mujer que nos mira con asco.

—¿Cómo es que puedes abrazar a esa cosa? —pregunta ella, dirigiéndose a mí y señalando a Nat mientras habla. Levanto una ceja, pero no logro decir nada cuando la voz burlona de Natalie se hace presente.

—¿Cómo es que algún chico puede intimar contigo? No lo entiendo.

—Soy sexi, simplemente eso —responde pestañando con rapidez. Su maquillaje, con la luz que hay en la sala, hace que su cara se vea deforme. Intento no reírme, no solo por sus palabras, sino por la pose que hace al decir aquellas.

—No, en eso te equivocas. La palabra es «fácil». Eso eres. Tus chicos no piensan con el cerebro, sino con algo que está mucho más al sur, por eso caen con facilidad cuando algo se les ofrece con rapidez.

No resisto y carcajeo como nunca lo hice. No me gusta lo malas que son la una con la otra, pero me encanta la actitud fuerte que adquiere Nat cuando la enfrenta. No se rinde y contraataca con todo lo que tiene. Aparte, esta chica es la que comenzó a insultar. Yo me hubiese quedado avergonzada y muda si estuviese en el lugar de mi amiga, pero ella, al parecer, no. Nat no se queda callada nunca.

Esta chica se aleja luego de decir una mala palabra hacia nuestras personas, contoneándose cuando pasa junto a Damon y mirándolo como si lo quisiese devorar. Pero este no nota su presencia ni cuando esta mujer roza su codo contra su espalda al pasar por su lado. No sé si eso hace que los celos de Nat florezcan, pero no me impresionaría encontrarme con el cuerpo de la joven descuartizado alguno de estos días. Sé que la causante de ello sería Nat.

—Bueno y... ¿Quién es? —cuestiono, volviéndome hacia ella.

—La hija de Fernanda, Marisa. Pobre Fer, tener una hija así de perra debe ser horrible.

—¿En serio es su hija? Por Dios, juro que nunca me lo hubiera imaginado.

—Sí, yo tampoco, pero es así.

—¿Por qué, si la odias tanto, está aquí?

—Buena pregunta. —Revolotea los ojos y se encoje de hombros, como si su respuesta fuese obvia—. Convenció, no sé de qué forma, a mi padre para trabajar aquí. Supongo que su idea principal era estar en las reuniones de mi padre, llevarles cafés y todo eso a sus socios, para que alguno se interese en ella y así, luego de un tiempo, le pida matrimonio. Algo que nunca va a suceder, porque esas juntas no son en casa, sino en las oficinas o en algún lugar fuera de lo personal. Te lo digo ahora, esa chica es una idiota.

Quiero decirle lo contrario, intentando que no vaya por la vida diciéndole a la gente que le cae mal que es «puta» o «zorra», pero es mi amiga y se supone que tengo que apoyarla en sus pensamientos, así que me callo la boca.

Justo en ese momento, salvándome de este incómodo silencio en el que no puedo decir nada que contradiga a Nat sobre este tema, aparece Fer anunciando la hora de comer. Alegremente me levanto del cómodo sillón y camino con rapidez hacia la mesa, donde todo ya está bien acomodado. La comida huele espectacular. Es una especie de carne en círculo envuelta en algo que no distingo en realidad. Pero la verdad, no me importa lo que es con tal de que esté súper rico, tal y como huele. Sin embargo, tengo que admitir que la comida de Fernanda nunca podría ser fea.

Tiene unas manos mágicas para esto y eso que estoy desde hace menos de un día en esta casa.

—¿Qué es lo que preparaste, Fer? —pregunta Sam, apareciendo de la nada a mi lado y asustándome. No me giro a verlo, pienso ignorarlo en toda la cena e irme a dormir sin ningún tipo de contacto entre los dos. No sé si exagero, pero no me importa.

Noto que se sienta a mi lado, al igual que veo que todos hacen lo mismo alrededor de la mesa, pero solo me limito a mirar a Nat y Fer para ver qué es lo que esta última responde hacia lo que mi novio preguntó.

Siento su mirada sobre mí, la evito olímpicamente y meuerzo para no rendirme al deseo de ver sus ojos tan sexis y deslumbrantes. Sé que si los veo me voy a convencer de perdonarlo de una, pero no vale que lo haga. Siempre hace lo mismo; cuando quiere hacer el amor, nunca me opongo, pero cuando lo incito a empezar, me rechaza, y si lo perdono ahora, no va a aprender que no me gusta que se comporte así.

Fernanda lo mira y sonríe con afecto notable en sus facciones.

—Se llama *tenderloin steak wrapped in bacon*, vi la receta y quise hacerla para sorprenderlos e intentar aprenderla. Es un filete envuelto en tocino con tomate y cebollas, todo cocinado en la plancha. Espero que les guste.

—¿No cenas con nosotros? —pregunto.

—No, me aparté un poco para comer después —responde, para luego mirar a Damon a los ojos, quien está sentado junto a Natalie frente a mí y a Sam—. Ahora te traigo la pasta que me pediste.

La veo alejarse y adentrarse en la cocina. Desde que terminó el anterior campeonato, Rick, el entrenador de Damon, lo puso una «dieta» que hace que todo en él mejore. No digo que mi hermano comiera mal, pero si quiere mejorar y ganar cada campeonato que se le venga encima, tiene que comer toda la comida que necesite y que su cuerpo pide para mejorar, por lo que estoy bien con lo que le dio para comer el entrenador a mi hermano, ya que estando Damon con Nat, sé que podría comer toda la chatarra que se le ponga encima, porque Nat es adicta. Me parece bien que Damon se tome esto en serio y lo ponga en marcha al cambiar de alimentos.

Minutos después, cuando ya comienzo a comer y degustar la delicia que cocinó Fer, esta vuelve con la comida de Damon; un plato de pasta que se ve apetecible.

—¿Cómo les fue visitando a papá en el hospital? —Esa es Nat la que habla y se dirige a nosotros.

—Igual que siempre. Nos quedamos ahí viéndolo postrado en la cama, tan pálido como nunca lo vimos, y viendo que cada tanto el doctor Staller entra y sale del cuarto.

—¿Cómo es ese tal... doctor Staller? —Damon se mete en la conversación, frunciendo el ceño y mirando fijo a su novia.

—Por favor, Damon, solo es el doctor que atiende a mi padre y nos da todos los resultados. No te pongas celoso, porque Nat nunca les presta atención a sus miradas —responde Samuel antes de que Natalie pueda decir algo. Damon gruñe.

—¿Te coqueteó, Natalie?

—Sí —responde de nuevo Sam por su hermana y esta le ruega con la mirada que se calle.

—No —lo contradice, pero no hace nada para calmar la furia que se empieza a notar en Damon—. Solo me invitó a desayunar.

—¿Qué?!

—Solo me dijo que fuera a la cafetería que estaba cerca y que desayune allí. Fui sola, no me invitó a ir con él, solo me dijo que cargue mi pedido a su nombre.

—Y aceptaste —la acusa y me encojo ante el enojo de mi hermano. No me gustaría estar ahora en el lugar de Nat.

—Bueno...

—Creo que tendrían que dejar el tema para después, ¿no creen? Al fin estamos todos juntos y no me gustaría presenciar una pelea cuando se supone que esta semana tenemos que disfrutarla por completo y sin ningún tipo de discusión. Acuérdense que son solo siete días los que se quedarán aquí y vaya a saber cuándo nos volveremos a ver —interrumpe Tyler calmadamente, mientras corta un poco de su filete y se lo lleva a la boca. Hago lo mismo que él; con tanta hambre que tengo, estoy segura de que pediré otra porción si es que hay más.

La conversación se queda allí, no escucho ninguna protesta, ni siquiera alguna palabra. Damon ignora las miradas de súplica de Nat y hace como si ella no estuviese en esta mesa. Mi hermano exagera, pero lo entiendo. Si Sam hubiese aceptado alguna invitación de una chica, lo dejaría sin descendencia.

La comida termina rápido, tan incómoda que casi nadie habla. Yo, ignorando a Sam y Damon, a Nat. Tendría que ser el mejor día de todos, pero al parecer se volvió uno horrible por ahora. Espero que mañana esté todo bien, no me gustaría desperdiciar estas vacaciones, porque tendría que ser todo lo contrario. No vamos a estar aquí mucho tiempo y tendremos que volver luego de que se terminen estos siete días que tenemos por delante. Quiero disfrutarlos, porque luego, cuando esté en la soledad de mi habitación, me arrepentiré de no haberlo pasado de maravilla.



Fernanda nos prohíbe ayudarla a levantar y ordenar la mesa. Algo muy extraño de mí, repito plato y ella se alegra de que no sea la única en hacerlo. Noto ese orgullo que se refleja en su rostro al ver que a todos nos encanta su comida. Porque en verdad está exquisita.

Subo las escaleras hacia la habitación de Samuel sola. Me escabullí sin que se dieran cuenta mientras todos se sentaban frente a la televisión intentando que toda la incomodidad se disuelva al mirar una película, así que aproveché ese momento para ir a agarrar alguna frazada del armario de Sam para dormir en la habitación de mi hermanita, porque sé que, si duermo con él en la misma cama, el deseo y la lujuria ganarían, y me rendiría ante su belleza. Haríamos el amor como si su rechazo nunca hubiese aparecido horas antes.

Cuando la tengo en la mano, salgo de la habitación, cierro la puerta a mis espaldas y me encamino hacia la de Elle, pero el cuerpo fornido que me hace temblar cada vez que me toca aparece frente a mí y me impide el paso. Bajo la mirada, intento esquivarlo y seguir adelante con mi objetivo; sin embargo, nada funciona, porque coloca su mano en mi brazo y de nuevo se niega a dejarme seguir. Frustrada y enojada aún más, me suelto con brusquedad de su agarre y doy dos pasos para salir de su lado.

Pero otra vez me lo impide, toma mi cintura con fuerza, me alza en el aire y hace que quede mi cuerpo frente al suyo, solo que un poco más arriba, ya que me tiene sostenida en el aire como si bailáramos.

—¿Qué quieres?! —chillo, casi pegada a su rostro.

—¡No me ignores; sabes que lo odio!

—No me importa. ¡A ti no te importó ignorarme hace un rato antes de bajar a comer!

—¿Te enojas solo por no tener sexo contigo? —pregunta casi sin poder creerlo.

—¡Me enojo porque me rechazaste, cuando nunca lo hago contigo! —grito y aparto mis ojos de los suyos. Si sigo mirándolo, sé que lloraré. Odio enojarme con las personas, pero esta vez es necesario, lo siento necesario.

Noto que me baja con lentitud, procurando no soltarme cuando me deja en el suelo para que no me escape. La frazada que saqué de su habitación se encuentra tirada en el suelo desde que me levantó en el aire. Intento agacharme para agarrarla, pero me lo impide.

—Déjala allí. No harás nada hasta que nos arreglemos.

—Déjame, Sam. Estoy enojada —y dolida, quiero admitir, pero no le haré saber eso.

—No quiero que estés enfadada, Em.

—Pues piénsalo antes de rechazarme —digo forcejeando para que me suelte.

Suelta un suspiro.

—Lo siento. No pretendía que te lo tomaras así. No lo quise hacer en ese momento porque sabía que, si nos acostábamos, nunca bajaríamos a comer, te mantendría toda la noche en mi cama y ni siquiera te dejaría ir al baño. Pero sabes que odio que no comas y tuve que tomar toda la cordura que me quedaba en ese momento y rechazarte para no tomarte allí —admite y mis ojos encuentran los suyos. Veo en ellos la sinceridad pura con la que habla y algo dentro de mí se rompe. Siempre piensa en mí. No le gusta que no coma o que me saltee alguna comida, siempre cuida que tenga todo y que no me falte nada. Esta vez pasa lo mismo. ¿Por qué no me di cuenta antes? Soy una idiota.

Ahora suspiro yo; cierro los ojos, tomo sus mejillas con mis manos y apoyo mi frente en la suya.

—Lo siento.

—No te disculpes, el que se confundió fui yo. No debí rechazarte así, lo siento.

—Bien, olvidémonos de esto.

—Como la dama desee —deja un rápido beso en la punta de mi nariz y me abraza más contra su cuerpo—. ¿Puedes volver a mi habitación, a mi cama específicamente? —Asiento y sonrío.

—Sí, pero no haremos nada sucio.

—¿Por qué? —parece casi asustado por la idea.

—Es nuestro castigo por ser idiotas. —Suspira, al parecer en un día lleno de suspiros, y su aliento choca con mis labios, haciendo que reconsidere la idea de no hacer nada guarro.

—Está bien, pero mañana sí haremos algo sucio, ¿no es cierto? Amo ser sucio contigo. —Suelto una leve risa y asiento con la cabeza.

—Pues claro.

—Ya estoy contando los minutos.

## CAPÍTULO



### Narra Natalie

Cuando termina la cena, me levanto sin decir nada ni mirar a nadie en particular y comienzo a alejarme hacia las escaleras. Los pasos fuertes y pesados de Damon se escuchan, pero sigo tan ensimismada en mis pensamientos que no le presto atención. Soy una idiota, no debí sentirme de una forma derrotada. Me sentí intimidada, pero no hice nada malo. Casi me largo a llorar por algo sin sentido. No le dije nada a Damon por la simple razón de que no me respondía a mis llamadas, aparte de que desde que está aquí nunca tuve verdaderamente tiempo de hablar sobre algo así.

Pero ignoró todas mis miradas, hizo como si no existiera, mucho menos que estuviese en esa mesa cenando con todos. Estoy enojada por su actitud, por su enojo. Siempre busca algún pretexto por lo que enojarse. ¿Es que nunca podemos estar sin que se enfade por algo? Llego a la puerta de mi cuarto y entro, intentando cerrar la puerta antes de que Damon logre pasar, pero su mano la detiene y entra a la habitación hecho furia.

—¿¡Cómo es eso de que aceptaste la invitación de ese... doctor!? —gruñe Damon en mi cara ni bien la puerta se cierra con un fuerte golpe.

Me enfurezco por la simple razón de que se enoje por esta estupidez. ¡Solo acepté que me pagara el desayuno, no fui a desayunar con el doctor Staller! Tan solo... fue amable conmigo. ¿Por qué se pone así solo por haber obtenido un desayuno gratis?

—Solo me vio mal, me dijo que fuera a una cafetería cercana a pedir un desayuno y que lo cargara a su cuenta, y acepté. ¡¿Qué tanto problema haces, Damon?! ¡No fue conmigo, fui sola!

—¡No tenías que aceptar algo que ofrece otro hombre! —exclama, ignorando todo lo demás que salió de mi boca. Aprieto mi mandíbula y cierro con fuerza mis puños.

—No sabía qué hacer, quería irme y despejarme. ¡Estaba confundida, enojada y triste! Te habías enojado conmigo e ignorabas mis llamadas, mi padre estaba y está en coma, y lo peor de todo es que no podía hablar con

nadie de nada. Estaba deprimida y asustada. ¿Sabes también lo que me causa estar aquí, en esta puta casa? Joder, Damon. Nunca piensas en los demás, pero luego de que te enteras de algo, ¡explotas como un loco! ¡Ten algo de consideración y piensa en lo que yo pasé! —grito.

Nunca me había enojado así con Damon, pero ya me saca de mis casillas al enojarse por una estupidez. Él es el que siempre se enoja por todo y yo, la que se lo perdona, pero esta vez me cansé. En este momento no puedo pensar en nada más que en mi enojo, recordar cómo me sentía en ese momento en el que el doctor Staller me dijo de ir a desayunar a la cafetería más cercana; saber al menos que hay alguien que se preocupa por mí, sin que me conozca, es lo mejor que me ha pasado en ese momento de soledad y tristeza. Me vio deprimida e intentó mejorar algo de mi estado de ánimo. ¿Hay que culparlo por ser bueno? Admito que sigue sin darme buena espina, pero por ahora no hizo nada malo, aparte de invitarme un desayuno y ayudar a mi padre. ¿Eso es algo malo?

—¡Pues no! ¡No sé nada, porque nunca me lo dijiste! No sé lo que sentías al respecto de esta casa, pero ahora me doy cuenta de que es algo por lo que preocuparse mucho. ¡Vi cómo entrabas en un ataque de pánico ni bien pisaste esa maldita habitación al otro lado del pasillo! —Se detiene y sus ojos demuestran un dejo de tristeza—. Pero me gustaría que no recuerdes nada más por hoy, así que cambiaré de tema porque sé que me pondré aún peor al saber algo sobre ese cuarto. —Respira hondo, intentando contenerse. Sus ojos llenos de furia se van relajando con los segundos, a la vez que su respiración vuelve a ser normal. Me mira triste, resignado y eso rompe mi corazón. No me arrepiento de haberle gritado. Ya era hora de hacerlo. Siento cómo algo dentro de mí se relaja al sacar eso de mi sistema y echárselo en cara. Siempre me lo callo todo y eso está mal. Tiene que saber lo que siento y no me gusta que sea siempre el que se enoje—. Natalie, me preocupo por ti, siempre lo hago. Eres lo único que ronda por mi cabeza ¡y vienes y me dices esas chorradas que no tienen sentido! ¡Me importas mucho, joder!

—¡Pero no confías en mí! —le grito en la cara, elevando mis brazos al aire. Su rostro decae y entrecierra los ojos hacia mí con confusión. ¿Es que no entiendo que me lastima al no confiar en mí?

—Sí, lo hago.

—Parece que no, por tus palabras. Necesito que confíes en mí y me creas, Damon —pido, con el corazón encogido y la tristeza que abarca cada parte de mi sistema. No digo que me guste pelearme con Damon, sinceramente odio estos momentos, pero es necesario. Hay veces que intento hacerle entender, pero es tan... Damon, que a veces es difícil hacerlo entrar en razón—. Nunca te engañaría.

—Confío en ti, pero no en él. Dime, ¿se te insinúa?

—No. Sí. No lo sé. —Dudo y veo que los ojos de Damon se oscurecen, pero se mantiene callado en su lugar—. Pero no le presto atención. Créeme, ese día que acepté su invitación solo lo hice para distraerme. Odiaba en ese momento sentirme como la mierda y no hacer nada por mejorar. Acepté la invitación, porque era lo último que me quedaba por intentar. Y te aseguro que tomar aire me calmó bastante.

—Si te toca un pelo, me lo dices y me ocuparé de romperle la cabeza contra el piso. —Su cuerpo comienza a moverse de un lado a otro en mi habitación y mis ojos lo siguen a todos los lugares por los que pasa—. Estoy celoso, joder, odio estarlo, pero es así. Todo me da celos y me enoja verte o imaginar aceptando una invitación de un hombre que no soy yo. Lo siento, Nat. Pero... ¿qué sentirías si una chica me invita a mí?

Lo pienso, pero no necesito mucho tiempo para darme cuenta de lo enojada que me pondría. La imagen de Damon junto a una chica entrando a un bar hace que mi piel queme por la furia.

—¿Ahora entiendes? Solo... me enojé cuando escuché lo que dijeron en la cena —dice, haciendo una mueca con su delicioso labio.

Cierro los ojos y dejo salir un suspiro.

—Bien, siento haber reaccionado así, pero necesitaba decirte aquello. No solo porque lo tenía guardado desde hace días, sino porque hay veces que no escuchas lo que tengo que decirte y hay otras que cuando te digo algo lo interpretas de otra manera. —Damon asiente y se detiene a unos metros de mí. Sus hombros caídos son levantados a la vez que sus brazos se extienden hacia los lados para invitarme a entrar en un abrazo. Lo hago, necesitada de su tacto y cariño.

—Te entiendo. Me lo merecía. Soy un cabrón, lo lamento, Nat. No quiero hacerte sufrir, siempre haré cosas idiotas de las que no me daré cuenta, pero tienes que prometer que me dejaras explicarme y me perdonarás. Nada lo hago con intención, mucho menos si es algo en contra de ti. Intento protegerte de otras personas, pero eres tú la que tiene que protegerse de mis jodidas locuras y ataques. No te podré proteger de ello, no sé cómo hacerlo y lo he intentado, pero siempre que lo intento, termino cagándola más —susurra y yo me derrito.

Pienso que es malo para mí, pero no lo es. Es una maravillosa persona que pelea por lo que quiere, alguien que hace estupideces para no herirse a sí mismo y que se arriesga por las demás personas. Por más que su carácter sea fuerte, también es un hombre bueno, tierno y atento cuando quiere.

—No te menosprecies, muchachote. Eres perfecto para mí.

—No lo soy, pero me gusta que me lo digas. —Baja la cabeza y besa la mía con posesión y cariño, algo que me relaja bastante y hace que desaparezca algo de mi furia—. Lo digo en serio, Nat. ¿Me perdonas? Soy un idiota.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Siempre te perdono todo. Creo que tendrás que ganarte mi perdón esta vez. —Su cara se deforma al ver que le rechazo su disculpa, pero admito que me aprovecho de todo esto para que haga lo que yo quiera. Y creo que estoy bien justificada. Es el exagerado y esta vez la cagó bastante. Merece sufrir un poco antes de ser perdonado.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —digo lo más inocentemente que puedo. Intento decir otra palabra más, pero su gruñido hace que me sobresalte y lo mire con los ojos muy abiertos, asustada por su repentino cambio de humor.

—Dime que no cancelarás el sexo, Nat. No lo hagas. —Su ceño se encuentra fruncido, pero se relaja cuando suelto una gran y ruidosa carcajada, negando con la cabeza. Eso no lo cancelaría ni estando muy enojada con él.

—No, no lo cancelaré. Pero como ya dije, tendrás que tener castigos.

—¿Me pegará, señorita Natalie? —cuestiona levantando una ceja con picardía. Sus ojos zafiro brillan con emoción y se oscurecen poco a poco a medida que su imaginación vuela a lugares que desconozco, pero que no tardo en llegar a darme cuenta de lo que son. Es un perverso.

—No... pero sí tendrás que hacer cosas por mí.

—¿Cuáles? ¿Masajearte? No es problema, amo tu piel y me encantaría tenerte tumbada en la cama con una diminuta toalla que tape tu trasero. —Sonríe y me ruborizo a más no poder. No descarto esa opción, pero sé que ese castigo luego se convertirá en recompensa, ya que no podré durar mucho tiempo sintiéndolo masajearme, y será inevitable que me lance sobre sus brazos y acabemos revolcándonos en la cama, dejando el masaje de lado.

Niego con la cabeza, pero guardo la idea para después.

—No, tampoco. Primero, tendrás que llevar un cartel que diga que eres exclusivamente mío cuando salgamos juntos. Segundo, ¿mañana vas a ir al parque a entrenar, no es así? —Asiente y yo sonrío—. Genial, entonces dejaré que mis hermanos y Emma te acompañen para que elijan tu castigo ese mismo día.

—Oh, no, eso último no pasará. No irás tu sola al maldito hospital donde se encuentra el doctorcito idiota interesado en ti. Eso sí que no —dice, apretándome más contra su pecho y haciendo que mi nariz quede más que enterrada en su pecho. Me separo un poco para poder respirar y contesto:

—Por Dios, Damon. Te dije que no va a pasar nada. No aceptaré otra invitación y solo lo veo pocas veces cuando va a revisar a mi padre.

Muy a su pesar, termina aceptando a regañadientes. Me alegro poder convencerlo. No me molesta que mis hermanos no vengan conmigo, solo quiero que esta vez Damon confíe en mí y que no crea que soy una chica fácil. Sé que pensó eso cuando le dijeron que acepté la invitación del doctor. No puedo evitar encogerme de dolor al pensar que Damon podría pensar que soy una zorra. Puede que no lo haga a propósito, pero me molesta. Supongo que es la primera vez que lo piensa y espero que sea la última. No me gusta que piense así de mí, por más de que no tenga la certeza de que lo haya hecho y que me haya imaginado así.

—Entonces, ya que no cancelamos el sexo... —comienza Damon, tomándome de forma posesiva de la cintura y haciendo que caminemos a la par hacia mi cama, para luego recostarnos.

—No tendremos sexo hoy, Damon —lo interrumpo, mirándolo a los ojos, para darle a saber que hablo muy en serio. No todo lo podemos solucionar con sexo. Ayer lo hicimos luego de hablar de algunas cosas, pero no siempre tiene que haber sexo luego de una charla seria. Me niego.

—¡Pero dijiste que no se cancelaría! —se queja, haciendo sobresalir su labio inferior en un lindo y tierno puchero. Algo que lo hace ver muy comestible y adorable.

—Y no se canceló, solo que hoy no quiero hacer nada de cochinas. —Me encojo de hombros y sonrío a la vez que lo veo poner los ojos de cachorro.

—¿Estás segura de no querer hacer nada de cochinas conmigo, Natalie?

—Sí, estoy segura.

—Bien.

Se incorpora en la cama y, en un rápido movimiento, se coloca sobre mí para dejarme inmovilizada debajo de su cuerpo. Su cara, a milímetros de la mía, es iluminada por la luz de la habitación, pero gracias a la posición en la que está, puedo ver con dificultad cómo sus ojos se van oscureciendo, no de furia, sino de lujuria. Cosas totalmente diferentes.

Su sonrisa aparece en cuestión de segundos y algo en mí me hace pensar si en serio pienso cancelar el sexo por hoy. No lo puedo pensar ni siquiera unos segundos, ya que con rapidez sus labios se pegan a los míos. No es para nada tierno, es agresivo y demoledor. Mi piel comienza a hormiguear con ansias y sé que, dentro de poco, si sigue así, me arrepentiré de mi decisión anterior.

Junta su parte baja con la mía y gimo en su boca sin poder contenerme. Me siento en el cielo, relajada, pero a la vez necesitada. Aun así, las pocas

neuronas que me siguen quedando me fuerzan a alejarlo de mí un poco y negar con la cabeza, sin prestarle atención a mi respiración agitada ni a sus manos juguetonas que comienzan a deslizarse debajo de mi remera.

—Damon, lo digo en serio. Hoy no —digo y vuelve a hacer un puchero con sus labios hinchados.

—Pero quiero hacer cosas contigo.

—Lo haremos, pero hoy, justo hoy, no. —Lo escucho refunfuñar y maldecir antes de salir de encima de mi pobre y acalorado cuerpo, y colocarse de nuevo a mi lado.

Sonrío y me volteo a verlo. Es tan hermoso que siempre que me lo quedo mirando embelesada me pregunto cómo es que quiso estar conmigo desde un principio. Es perfecto y ni siquiera le llego a los talones. Siento a veces que es pura mentira que me quiere, pero sé, dentro de mí, que siente mucho más de lo que me dice, solo que tiene miedo al igual que yo y lo entiendo. Es difícil para él confiar en otras personas, mucho más encariñarse tanto y decir un «te quiero» o «te amo». A las únicas personas que conozco que se lo dice, las muy pocas veces que lo he escuchado, fue a sus hermanas y a su primo, Finn. Obvio, también a mí. Pero veo a veces lo difícil que le resulta decírlas. Solo en nosotros confía lo suficiente para encariñarse. Y lo amo por eso, por ser fuerte y enfrentar todo de la manera en que lo hace. Superó a su manera lo sucedido con su madre, y mucho más que no sé. Es fuerte y no hablo de su físico.

Nos dormimos sin hacer nada de cochinadas. Estoy agotada. El peso de todo el día cae sobre mis hombros ni bien nuestra conversación termina. Me alegra que no haya sido una discusión larga. Solo fueron un par de palabras, pero que surtieron efecto y nos hirieron a los dos. Algo que en parte es bueno, ya que me doy cuenta de que pudo entender mi punto. Solo de esa forma puedo hacerlo entrar en razón.

Al cerrar los ojos, acurrucada entre sus brazos, dejo mi mente en blanco, sin querer pensar en el cuarto que por alguna razón estaba abierto sin motivos ni tampoco sobre la pelea entre nosotros. Me dejo llevar por el sueño y el cansancio, y me quedo dormida entre los brazos de mi amado, al cual, a pesar de sus acciones estúpidas, siempre lo perdonaré.



—No, no... ¡No!

Me despierto sobresaltada, con el corazón que late a mil por hora en mi pecho, al escuchar gritar la voz de Damon. Me volteo hacia su lado y, con la poca luz de la luna, puedo notar el sudor que corre por su cara y cuerpo. Aterrorizada por verlo agitarse y moverse descontroladamente, intento



tocarlo, pero antes de poder hacer algo, suelta un gruñido y mueve con violencia su puño hacia su estómago como si se protegiera.

Me acerco rápido y coloco mis manos sobre su pecho desnudo. Todo el calor y el sudor que desprende ante tal pesadilla son mucho. Parece como si tuviera fiebre, pero sé que no la tiene. Solo está así por una maldita pesadilla.

—Damon, despierta, por favor. —Lo sacudo levemente, pero no hace nada por reaccionar a mi toque. Soy yo ahora la que se desespera. Quiero que despierte y me vea para que se tranquilice.

Me acurruco a su lado y beso su mejilla sudorosa sin importarme nada. Al instante, sin esperármelo, caigo de espaldas contra el colchón con un Damon desenfrenado sobre mí, con sus esbeltas piernas cubiertas por el bóxer a cada lado de mis costados y una de sus manos a centímetros de mi cabeza. Sin embargo, logro ver que la otra se mantiene elevada con gesto de ataque. Me aterro sin poder evitarlo. La luz de la luna que se cuela por las cortinas de mi habitación me deja ver las contraídas facciones de Damon. Parece furioso y la mueca que hace con su boca, ojos y frente me da a saber que sigue viviendo en el sueño. Sus ojos se mantienen cerrados y no sé si despertará antes de hacer lo que sé que va a hacer de forma involuntaria.

Desesperada, cuando ese momento llega, levanto mis manos y tomo su brazo que con rapidez se dirige hacia mí para pegarme un puñetazo. Logro impedirlo con las pocas fuerzas que me quedan y dejo salir un sollozo angustioso por el miedo. Sin embargo, sé que mi resistencia no puede durar mucho. Tiene demasiada fuerza y sé que cuando más ponga su poder en su brazo, quedará destrozada bajo su cuerpo.

—¡Damon! ¡Soy yo, despierta! —grito con desesperación. Mis brazos débiles comienzan a cansarse de sostenerlo y mi cuerpo debajo de él pide que lo saque. Es mucho más grande que yo y me hace mal que todo su peso se centre en un lugar, en este caso donde se encuentra sentado sobre mis piernas.

—¡Déjala! —grita él, pero no logro descifrar a quién se lo dice en el sueño. De todas formas, no tengo tiempo de pensarlo, ya que su fuerza se intensifica y gimo de dolor al sentir cómo poco a poco mi brazo disminuye su poder y comienza a acercarse su puño a mi cara. Lloro y ruego que despierte lo antes posible.

—¡Damon! —En mi último recurso, grito y logro soltar una mano de su brazo para darle una fuerte cachetada que lo deja confundido durante unos pocos segundos, hasta que abre sus ojos y comienzo a llorar con más intensidad, llevando mis brazos a su cuello y acercándome a él; me niego a alejarme y dejarlo en esta situación. No tiene la culpa, su sueño la tiene.

—Nat... —gruñe casi con dolor que tiñe su voz gruesa y agitada.

Respiro su aroma mientras mis manos se aferran al cabello de su nuca y lo atraigo más a mí; lo necesito lo más cerca posible. El dolor en mi pecho es enorme, siento miedo por él, por mí, por su pesadilla. No quiero pensar en lo que habrá soñado, pero sé que es oscuro y asqueroso. Sorbo mi nariz y dejo que las lágrimas sigan cayendo por mis mejillas y aterrizando en el torso desnudo de Damon. Su cuerpo está tenso y no dice nada, solo se limita a recorrerme con sus manos para inspeccionar si tengo alguna herida o contusión, o algo por el estilo. Pues no, no tengo nada, solo un corazón dolido.

Su pecho sube y baja con respiraciones aceleradas; yo estoy igual. No puedo respirar con normalidad. El pecho me duele, todo me duele y me tiembla con fuerza. Estoy débil, pero no dejo de abrazarlo. Entierro mi rostro en su cuello surcado de sudor y lo beso allí sin importarme nada. Quiero consolarlo de alguna manera, trato de que se sienta bien y se olvide de su mal sueño. Sin embargo, parece afectarle mi pequeño beso, ya que gruñe sonoramente y me acerca más a él, para dejarme tirada de nuevo en la cama debajo de él. Y me besa, algo que no espero en lo absoluto, haciéndome temblar y gemir de la forma en que solo él puede hacer. Cierro mis ojos y me estremezco cuando sus labios presionan con más intensidad sobre los míos. Llevo mi mano hacia su mejilla y la otra la mantengo en su nuca, jugando con su cabello húmedo por la transpiración.

Entreabro mis labios, haciendo que el inferior se pierda entre los suyos y dejando que pase su lengua. Mordisquea y me hace jadear con pequeños toques. Entreabro aún más mis labios y le dejo paso a su lengua, aquella que está necesitada por mi toque.

—Te necesito, Nat —dice y asiento comprendiendo su pedido. Me necesita y lo único que ahora puedo hacer para ayudarlo es dejarle hacerme lo que quiera. Me dejo yacer, le permito que haga lo que quiera conmigo. Si lo necesita, pues así será. Estaré siempre para él. Necesita mi tacto y afecto, lo tendrá sin dudar.

Sus manos se detienen a mis costados, justo a la altura de mis caderas y, sin miramientos, comienza a deslizar con facilidad mi pantalón de dormir hasta quedar fuera de mi cuerpo. Eleva sus manos de nuevo y las pasa por debajo de mi cuerpo hasta llegar a mi trasero, posa una mano en una de mis nalgas y aprieta con fuerza, lo que hace que suelte un gemido entrecortado y eleve mis caderas hacia él. Damon vuelve a gruñir y comienza de nuevo a tomar mi boca en un feroz beso que hace que todo me dé vueltas. Suelta un gran gemido y mi respiración se acelera con solo escucharlo. Me saca la remera, dejándola en el olvido, y juguetea con todo lo que tiene a mano. Mordisquea

y lame todo lo que se le antoja de mí. Disfruto a pleno lo que me hace. Él, de seguro, estará mejor cuando terminemos y espero que pueda tener un mejor sueño que el anterior.

—Eres hermosa, Nat —susurra con su voz gruesa y ronca, y mi corazón se agita mucho más con sus palabras.

Me desprende de mi ropa interior y la única prenda que lleva puesta en el cuerpo también desaparece a la par de la mía para dejarnos completamente desnudos. Sin dejar de besarme, estira su mano hacia la mesa de noche y busca algo. Se coloca la protección con rapidez antes de entrar ya con impaciencia de una estocada dentro de mí. Casi chillo, pero su boca me lo impide. Parece desesperado, afectado por la pesadilla y necesitado de mi tacto. Parece enloquecido por olvidar.

Me aferro una vez más mientras se mueve dentro de mí con rapidez y fuerza. Se me dificulta tomar aire, y mi piel arde y hormiguea a la vez. Toco su piel empapada, la recorro con mis uñas a la vez que siento que todo me da muchas más vueltas. Me vuelve loca en cuestión de segundos y comienzo a implorarlo de manera mental que no se detenga. Me toca, me recorre y me usa para olvidar durante la siguiente hora. No se detiene hasta estar cansado y muy satisfecho. Por mi parte, no tengo nada para quejarme. Me siento relajada y no solo por llegar varias veces a la liberación, sino por el hecho de que pude ver cómo, luego de darme un beso casto en los labios, Damon se duerme con una leve sonrisa en sus labios. Al instante sé que no soñará cosas malas por hoy, lo hará conmigo y con lo que acabamos de hacer, así también lo haré ni bien caiga en un sueño profundo.

Así me dejo llevar por el cansancio y quedo a los segundos dormida entre los brazos de Damon.



El sonido del despertador de mi celular me levanta a las seis y media de la mañana. Mis ojos se abren con pereza y cansancio, y por un momento las ganas de ir al hospital desaparecen. Sin embargo, casi al instante me arrepiento por mis pensamientos. Solo por tener sueño no faltaré. Sería una mala hija si lo hiciera.

Me volteo y me quedo mirando a Damon. Ya no tiene la misma expresión de terror de ayer, sus facciones reflejan cuán bien la pasó luego... bueno, eso. Me alegro de haber podido reconfortarlo y hacer algo que lo hiciera tranquilizar. No me importaba si solo me pedía que lo abrazara, que lo besara o, en este caso, le diera sexo para hacerlo despejar la mente. Sinceramente, solo quiero que esté bien y, si es necesario quedarme todas las noches despierta para darle

amor y sexo, pues no tengo problema. No puedo decir que no lo disfruto, todo lo contrario. Adoro lo poderosa que me hace sentir tener aquel poder.

Le doy un beso suave en los labios antes de irme a dar una ducha rápida y bajar a la cocina. No quiero despertarlo, porque sé que intentará convencerme de quedarme. Él tiene planes y yo tengo los míos. Irá al parque con Elle y es obvio que haré que mis hermanos y Emma vayan para que le hagan ese castigo que dije ayer. Haré como si no me hubiese afectado tanto el suceso de ayer, a Damon no le gustará que lo recuerde. Sé que se arrepiente de estar a punto de pegarme, pero no fue su culpa, fue el sueño el que dominaba su cuerpo y mente.

Bajo las escaleras con rapidez y me adentro a la cocina, donde mis hermanos se encuentran platicando, ya vestidos para irse al hospital, al igual que yo.

Los saludo con una sonrisa y me siento frente a ellos. En ese momento, Fer entra con su genuina sonrisa y me saluda con la mano.

—Buenos días, Natalie. ¿Cómo dormiste? —pregunta ella. Me quedo pensando en qué responder, pero sé que no le puedo decir nada de lo sucedido, así que le devuelvo la sonrisa y me encojo de hombros.

—Bien, ¿y tú?

—A la perfección. ¿Quieres el desayuno?

—Claro, gracias.

—No hay de que, te prepararé tu leche chocolatada y tus tostadas.

Me acomodo en mi asiento en una posición mejor y apoyo mis manos sobre la mesa, recargando mi mentón en una mientras espero a que mi desayuno esté listo. Mis hermanos comen tranquilos, a excepción de la mirada de Ty, la cual es todo lo contrario a tranquila.

—¿Qué fueron esos gritos que vinieron de tu cuarto anoche, Nat? —pregunta y me alarmino sin saber qué responder.

Aclaro mi garganta.

—Tuve una pesadilla; siento haberte despertado. —Hago una mueca y ruego que Fer se apure con mi desayuno para no seguir mintiéndoles a mis hermanos.

—No se pelearon Damon y tú, ¿no? Anoche tus gritos sonaban mucho peores que el de una pesadilla.

—Oh, no, con Damon está todo bien. En serio, no pasó nada. Solo era una horrible pesadilla. Me desperté llorando. —En parte no es mentira; solo que no fui yo la que la tuvo, sino Damon. Sí lloré, sí grité y sí me aterró. Segundos después, Fer deja la bandeja con mi desayuno frente a mí.

—¿Me pasas la mermelada? —le pregunto a Sam, quien se encuentra junto al tarro de esta sustancia rojiza y deliciosa que tanto me gusta untar sobre mis tostadas.

—Claro —contesta; con pereza y desgana me pasa mi pedido. Rápidamente preparo la tostada a mi gusto —con mucha, mucha mermelada encima— y me la llevo a la boca para darle un gran mordisco.

Le doy un sorbo a mi chocolatada y me atrevo a hablar.

—Chicos, hoy pueden quedarse. Iré sola al hospital.

—Los dos, al instante, levantan la cabeza y me miran confusos.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Ty llevando un poco de tocino a su boca con el tenedor.

—Bueno, hoy irán con Damon al parque y le harán algo muy humillante. Pueden hacerle lo que quieran; eso sí, tiene que ejercitar también. Rick, su entrenador, lo matará si no lo hace.

—¿Podemos ir con Emma? —Es Sam el que habla ahora.

—Claro, y también irán con Elle. Cuídenla bien y no dejen que se acerque nadie a tocarla. Saben que si alguien no deseado y desconocido la toca, ella grita, ¿no es así? —Los dos asienten y sonríen a la vez. Es verdad lo que digo. Damon me dijo una vez que en bastantes ocasiones en las que las personas quisieron tocar a Elle, comenzó a gritar como si la estuviesen matando. Me congelé ni bien me lo dijo y me sentí especial al saber que esa niña tan tierna permite que me acerque.

—¿Por qué quieres que le hagamos algo? ¿Por qué no lo haces tú?

—No puedo faltar de nuevo al hospital; me sentiría fatal. Aparte, sé que a ustedes, por más que me cueste admitirlo, a veces tienen unas ideas espectaculares para las bromas, mucho más cuando las piensan juntos.

—¡Qué halago! —Los dos se ríen—. Está bien, lo haremos.

—Genial —digo y le doy un mordisco a mi deliciosa tostada.

—¿Tienes alguna sugerencia o quieres que le hagamos algo aparte? —pregunta Tyler, terminando de comer su desayuno, consistente en muchas frutas y un café.

—No, háganle lo que quieran. —Me río y recuerdo que hoy me llevará a cenar a algún lugar—. Hoy me llevará a cenar a vaya a saber dónde y allí tendrá que hacer lo que le diga. —Mis hermanos se miran cómplices.

—¿Le dirás que vaya vestido de mujer? —cuestionan a la par y yo niego.

—No, no es nada de eso. Es algo simple, que me dejará bien a mí; llevará un cartel que diga que es solo mío y que no está disponible para ninguna otra mujer. Eso es suficiente.

—Oh, bueno, si te conformas con solo eso, está bien —habla Sam, dando por terminada la conversación.

Termino con rapidez mi desayuno y me despido de mis hermanos antes de irme al hospital en un taxi. No sé conducir, no tengo el carné, así que no me puedo llevar el auto de mi padre al hospital. Sin embargo, no me importa. Me gusta no tener que preocuparme sobre si llevo o no las llaves en el bolsillo o si ya se me perdieron, o también si lo dejé estacionado en un lugar correcto o no. Mucho menos quiero pensar en si me lo robarán o no. Son muchas cosas de las que tengo que hacerme cargo al tener un auto propio o ajeno, así que prefiero tomar un taxi y listo.

Llego media hora después al hospital, y me encuentro con el doctor Staller revisando los cables y las máquinas conectadas a mi padre. Me saluda con una sonrisa radiante cuando nota mi presencia, pero apenas puedo devolverle una mueca desagradable al recordar la discusión con Damon ayer a la noche, así que casi evito mirarlo y me acerco a la silla cercana a la camilla de mi padre.

De todas maneras, al parecer no entiende que no quiero hablar.

—¿Cómo estás hoy, Natalie? —pregunta y me encojo de hombros sin mirarlo.

—Supongo que bien —digo cortante, dejando la mirada pegada en mi pálido padre, quien sigue en la maldita misma posición desde el primer día en el que lo vi en esta habitación.

—¿Qué hiciste ayer? No te vi en el hospital.

¿Me estuvo buscando o solo lo pregunta casualmente para entablar una conversación conmigo? La imagen de Damon que me dice que el doctor Staller quiere ligar conmigo aparece en mi mente y, sin poder evitarlo, hago una mueca de asco. Damon es mucho mejor, nunca lo dejaría y mucho menos por el doctor encargado de mi padre.

—No vine, es por eso —respondo segundos después sin saber qué más decir. No pretendo hablar con él, pero noto que intenta mantener una conversación conmigo. Sin embargo, estoy enojada al recordar la pelea de anoche; lo único que quiero ahora es ignorarlo y dejarlo hablando solo.

—¿Te sentías mal y es por eso por lo que no viniste? —Quiero gruñir frustrada, pero no quiero que se enoje, porque no sé si es una persona capaz de lastimar a otra solo por ser rechazado. No quiero que mi padre empeore por la mínima razón de que el doctor Staller se olvide de darle... lo que sea que le da.

—Algo así —miento.

—Me alegro de que al parecer hoy estés mejor. —Siento cómo me sonrío y me encojo más en mi lugar, queriendo que me deje sola de una vez.

—Gracias.

Es lo último que digo y por fin se retira luego de unos minutos de hacer vaya a saber qué. Lo único que me importa es que mi padre se mejore gracias a lo que hace. No puedo esperar para verlo abrir los ojos y despertar, quiero que me vea, que vea cuán destrozada me dejó al hacerme pasar por esto.

Las horas son tediosas y estoy tentada en llamar a mis hermanos o a Damon para ver cómo va todo esto del castigo. ¿Qué habrán elegido mis hermanos para torturarlo? No quiero ni imaginármelo. Son malos cuando se trata de venganzas o bromas, así que sé que esto se lo tomaron muy en serio. De seguro Damon querrá matarlos por hacerlo pasar vergüenza, pero se lo merece.

Vuelvo a casa más temprano de lo que pretendía. Damon me mandó un mensaje hace unas pocas horas para decirme que nos encontraríamos en casa, ya que se tenía que dar una ducha antes de que vayamos a comer.

El día es una mierda lluviosa, pero me encanta. El color gris pinta el cielo y el frío predomina sobre las calles. Para mi suerte, el taxi con el que viajo de vuelta a casa tiene calefacción y me mantengo calentita todo el viaje de vuelta. Por la ventana puedo apreciar que, a pesar del frío que hace, los niños juegan fuera de sus casas sin percatarse de lo gélido que está el clima.

El taxi se detiene frente a la entrada gigante de mi casa, y le pago la tarifa al taxista antes de bajarme y cerrar la puerta del auto. Mi pelo se revuelve al instante y corro hacia la entrada cuando noto que algunas gotas de lluvia comienzan a caer poco a poco. Abro la puerta y escucho sonar la música de la radio por toda la casa. Fer limpia la sala con la escoba, moviendo sus caderas mientras canta alguna canción desconocida para mí. Es bastante vieja al parecer, pero tiene linda melodía cuando la escucho en detalle. Ella no se percata de mi presencia hasta que se me caen las llaves al suelo y el sonido alcanza a escucharse más alto que la música de la radio.

Fernanda se voltea hacia mí y me sonrío. Me saluda con un beso en la mejilla antes de comenzar a limpiar de nuevo junto a su baile alegre.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunta.

—Bien, supongo. Fue igual que siempre. Mi padre todavía no despierta y cada vez estoy más desesperada por verlo abrir los ojos.

—Hey, no te preocupes. Mejorará pronto y volverá a estar aquí. No hay que deprimirse. Sabemos que por ahora no sufre ningún riesgo y que se pondrá bien. Eso es lo que dijeron los doctores, ¿no? Pues hagámosles caso.  
—Asiento ante sus palabras.

—Tienes razón —conuerdo y la veo dejar de barrer para luego ir a la cocina. La sigo mientras me saca mi abrigo y lo cuelgo en una percha cercana antes de sentarme en una silla. Se mueve por la cocina con agilidad y amor. Sé que ama mucho este espacio en el que puede pasar todos los momentos que guste cocinando.

—¿Quieres tomar una leche chocolatada, un té o café con galletas?

—Claro, una leche chocolatada está bien para mí. Obvio, con las galletitas.

Comienza a prepararme mi pequeña merienda mientras me limito a hablarle sobre todo lo que pasó ayer. La pequeña pelea con Damon y luego su castigo que todavía no sé de qué se trata. Nos reímos al imaginarnos a mis hermanos haciéndole cosas feas a Damon sin que pueda defenderse, ya que, si lo hace, me enojaré por no dejarse hacer por mis hermanos. Tiene que hacer sí o sí lo que digan sin quejas ni peros, sino sí que se quedará sin sexo, por más que algo dentro de mí me ruegue por cambiar de opinión.

—Damon y los demás no llegaron aún, ¿no? —pregunto.

—No. Me llamaron hace una hora para pedirme que te diga que estarán aquí en media hora. —Se encoje de hombros y sonrío—. También me dijo Damon que no haga cena para él ni para ti. Tiene pensado salir contigo, así que me pidió que te des un baño caliente en este tiempo en que no está, que a las siete y media te recogería.

—Pues me dijo que nos encontraríamos aquí, porque se tenía que bañar.

—Supongo que se bañará, pero no en tu baño. —*Touché.*

—Mmm... puede ser —digo y tomo el último sorbo de mi leche chocolatada, y muerdo lo poco que me queda para terminar mi galleta con chispas de chocolate. Están deliciosas y, si no fuera por el motivo de ir a cenar con Damon dentro de una hora, me comería todo el plato de galletitas que hay sobre la mesada—. Guárdame un poco más de tus galletitas, Fer. Mis hermanos se las comerán todas y no me dejarán nada.

—Bien.

Le doy la última sonrisa antes de encaminarme hacia las escaleras e ir hacia mi habitación. Estoy emocionada por ir a esta cita con Damon. Hace bastante que no tenemos una formalmente y me llena de ilusión tener una de nuevo. Siempre se comporta de la mejor manera y me gusta que sea atento. No fueron muchas, pero las pocas cenas que tuvimos fueron todas especiales.

Abro la puerta con la intención de irme directo hacia el baño, pero algo sobre mi cama llama la atención y volteo mi cabeza en esa dirección. Me encuentro con una caja bastante grande y cuadrada. No tiene nota por lo que veo y saca la tapa con mucha intriga y emoción. Solo veo papeles de



colores por todos lados; con manos temblorosas, busco y sigo buscando más al fondo para encontrar algo más que papeles. Para mi suerte, no tardo en tocar algo suave, que al parecer es un tipo de tela. La saco y coloco el precioso vestido azul sobre la cama. Sinceramente, por más que no me guste usar vestido, tengo que admitir que este es una preciosidad. Por lo que veo es bastante largo, supongo que hasta el piso, con un escote redondo bastante disimulado. La prenda es simple y sin detalles extra. Tiene todo lo necesario para parecer perfecto a mis ojos.

Acaricio la tela y sonrío soltando un suspiro. Estoy segura de que es de Damon y solo por eso lo usaré.

Con alegría, me encamino al baño, tan preparada para la cita como puedo estar.

